

CUENTOS COLIMOTES

Cuentos Colimotes

(DESCRIPCIONES, CUENTOS Y SUCEDIDOS)

POR

Gregorio Torres Quintero



MEXICO

HERRERO HERMANOS SUCESORES

OFICINAS GENERALES:
PLAZA DE LA CONCEPCION, 5 Y 7

TALLERES DE ARTES GRAFICAS:
4a DE COMONFORT, 44

1931

ASEGURADA POR EL AUTOR
LA PROPIEDAD LITERARIA
CONFORME A LA LEY.

DEDICATORIA

Estos cuentos y descripciones se han escrito en un período de cuarenta años. Los primeros pertenecen a mi época estudiantil; los demás a diversas fechas, algunas recientes. Los más antiguos se publicaron en revistas periódicas, como "El Liceo Mexicano". Diez de ellos son inéditos. Los escribí al calor de los recuerdos, sin intención de formar con ellos un todo congruente. Mas ha resultado por fuerza que, siendo mis recuerdos naturalmente *localistas*, todos ellos se refieran a una corta región del Pacífico. Creo por eso que tienen fisonomía local, o como se dice: *sabor local*. Son legítimamente *cuentos regionales*. Y tienen sus ribetes de *folk lore*.

Discípulo, aunque humilde, del eximio maestro

DON IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO,

cuyas enseñanzas escuché en mi época de estudiante y cuando formé parte de la antigua Sociedad Literaria "El Liceo Mexicano", junto con González Obregón, Luis Urbina, Angel del Campo, Fernández Granados, Antonio Peña, Heriberto Barrón, Balbino Dávalos, Ezequiel A. Chávez, Alberto Michel, Rubén Campos, José María Bustillos, Pepe Rivera, Guillermo Vigil, Jorge Landázuri, Esquivel Obregón, etc., he podido llegar a creer que estos cuentos son una manifestación de lo que el Maestro predicaba con el ejemplo y la palabra: *literatura nacional*.

Por esta razón, a aquel indio amado, por bueno y patriota, dedico este volumen, como un filial homenaje a sus altos méritos.

México, 1930.

Gregorio Torres Quintero.



1.—Un Drama Salvaje

Corre el Armería entre márgenes risueñas cubiertas a trechos de palmas y plátanos, de milpas, hortalizas y ondulantes arrozales, de limoneros o tamarindos en flor, formando toda aquella magnificencia vegetal una sucesión variada y pintoresca, sinuosa, rica, brillante, con toda la gama del verde, modulada con tonos blancos, rojos, amarillos, azules, según las flores que yerguen sus cálices en los erectos pedúnculos, según las aves de bello plumaje que baten las alas, según las chozas que asoman entre el frondaje sus techos pajizos.

Así corre el Armería cuando, después de haber cruzado el Estado de Colima, se acerca a su desembocadura en el Océano Pacífico. Sus aguas son cristalinas y se deslizan suavemente en un lecho de arena menuda; atesoran variedad de peces, que el hombre y las aves se encargan de perseguir y atrapar, y no sólo ellos, por desgracia, sino esos horribles y enormes reptiles, esos parduscos saurios, de piel acerada, de dorso espinoso, cubierto de placas romboidales, de cola po-

derosa, de largo hocico, rugoso, con mandíbulas que parecen aspas, armadas de marfilinos dientes, capaces de machacar el hierro, de ojillos pequeños, verdosos y fascinadores; esos lagartos, en fin, llamados *caimanes* y cuyas cuevas están entre las raíces de los mangles, de las higueras o de los carrizales. De día, la sierra de su dorso, sus ojos y narices prominentes que surgen del agua, denuncian su presencia; de noche, su fuerte almizcle, que la brisa difunde por las márgenes del río, advierte el peligro a la niña o al mozalbete que van a llenar sus cántaros a la orilla.

Frente a los jacales que el pescador, el horticultor, el labriego o el dueño de ordeña han plantado en las húmedas riberas, hay una o más piedras anchas, en declive hacia la corriente, que sirven de lavaderos; allí las mujeres, hincadas en el césped o sentadas, metidas las piernas en el agua, se inclinan sobre la ropa que jabonan, restregan y golpean, produciendo un ruido que se percibe y cuya naturaleza se comprende aun a larga distancia, mayormente si son varias las lavanderas y si son muchachas que platican, ríen y cantan.

Una mañana, a esa hora en que el sol comienza a calentar (y en la costa, el sol calienta mucho), hallábase la mujer de un pescador, semidesnuda, en la ardua tarea de lavar la ropa de su marido y de sus hijos. El mar no estaba lejos del jacal que habi-

taba la familia, y desde allí podía verse de cuando en cuando, hacia la boca del río, la fugaz aparición de las espumas marinas que saltaban como copos de crujiente y blanca seda, al romperse las olas y chocar con la rápida corriente fluvial que se precipitaba por el declive de la arenosa playa. Multitud de garzas, espátulas, cocochas, toscanos, gaviotas, tijeretas, tildíos, revolaban sobre la boca del río o esmaltaban las márgenes, pescando sardinas o camarones y mezclando su vocerío con el rumor y el trueno de las olas.

El pescador, acompañado de sus hijos, por allá andaba, recorriendo la playa del mar, arrojando su atarraya sobre el inquieto líquido.

Con la mujer habiase quedado el niño pequeño, de seis meses de edad, que dormido yacía junto al río, próximo a la madre y bajo la sombra espesa de un limonero. Ella cantaba aquellos sonos de la costa, que guardan, a pesar de los años, el sabor de la tierra. Era un diálogo tierno, inspirado en las apacibles tardes costaneras, bajo un dosel de palmas y a la vista de la azulada extensión marina, que se perdía allá lejos, entre nubes de púrpura y de nácar.

El

Soy pescador de los mares,
De los mares pescador;
Nací al pie de los palmares,
De los mares al rumor.

Ella

Mi cuna estuvo también
Junto a la orilla del mar,
Mecida en dulce vaivén
A la sombra del palmar.

El

Te encontré bajo las palmas
Donde la tórtola anida,
Y se unieron nuestras almas,
Palmerita de mi vida!

Ella

Lo recuerdo, no lo olvido:
Era una tarde muy bella!
Hicimos los dos un nido
Bajo la luz de una estrella.

El

Una conchita pesqué
Pescando en dulce quietú;
La abrí y una perla hallé;
¡Esa perla fuiste tú!

Ella

La palmerita, de entonces
A tus brazos se ha amarrado
Con cadenita de bronce:
¡Cuánto nos hemos amado!

La pescadora cantó la última estrofa
con tierno acento enamorado, como si al-
gún grato recuerdo se hubiese despertado en

su memoria. Recogió la ropa con ambas ma-
nos, entre grandes copos de jabón, la levan-
tó y la dejó caer sobre la piedra, producién-
do un trueno.

En el mismo instante el niño lanzó un la-
mento.

La madre alzó los ojos y quedó casi para-
lizada de espanto: un caimán había toma-
do al niño entre sus mandíbulas y se apre-
suraba a volver al río. La pobre mujer, fue-
ra de sí, logró incorporarse y correr en auxi-
lio de su hijo; pero el animal, en rápida fu-
ga, saltó al Armería llevándose su presa y
perdiéndose bajo el cristal agitado de sus
aguas. Ella miró al cielo, oprimiéndose las
sienes; llegó a la orilla y sin vacilar penetró
en el agua, andando primero a grandes zan-
cadas.

El caimán salió a flote un poco lejos, le-
vantando el hocico, donde el niño, muerto
ya, era sólo un despojo ensangrentado. La
pescadora, con fuerza y velocidad inauditas,
se lanzó a nado sobre el horrible monstruo,
el cual se sumergió; ella también; y por un
momento sólo la inquietud y turbación de las
olas daban indicios del drama que se des-
arrollaba debajo de ellas.

Ambos reaparecieron en la superficie. El
anfibia llevaba aún su presa en las podero-
sas mandíbulas. La madre en dos braceadas,
llegó hasta él, de frente, con la temeridad de
su inmenso dolor y de su locura, logrando
asir el cuerpo del niño. El caimán soltó su

presa para atacar a la pescadora; pero ésta, sabiendo este género de luchas (el caimán no ataca sino superficialmente), se sumergió con su tesoro, nadando entre dos aguas con toda la energía de sus piernas y del único brazo que le quedaba libre. El animal, agitando la cola de rabia, observaba con sus ojillos vidriosos, en todos sentidos, esperando ver reaparecer a la pescadora; ésta surgió aspirando el aire con ansia, en ese instante el caimán se dirigió hacia ella, como disparado por una gran fuerza; pero la mujer cortando a un lado, se zambulló de nuevo. Por un rato el ataque y la defensa se hicieron así, hasta que el escaso fondo del río ya no permitió a la madre nadar, sino correr; y ya casi muerta de cansancio, de dolor y de angustia, pudo aventar al niño hasta la orilla, sobre la pequeña yerba, pero en aquel momento el sanguinario reptil la derribó de un colazo y la cogió de un pie.

Bien pronto desaparecieron los dos bajo las turbadas olas del Armería, que siguió corriendo hacia el mar, allá donde la espuma, semejante a vellones de seda blanca, saltaba con plácido rumor y donde las hileras de garzas, en giro acompasado, simulaban collares de perlas suspendidos de los rayos del sol.

Una hora después del lamentable suceso, volvieron a su jacal el pescador y sus dos hijos. La mañana había sido buena y venían

con tres sartales de lisas, barbillas y robalos.

Cuando después de escrupulosas pesquisas sólo encontraron en la orilla del río el cuerpo destrozado del niño, con las horribles señales que en él habían impreso los dientes del caimán, y vieron las huellas del reptil y de la mujer debajo del limonero, y hallaron intacta la pieza de ropa extendida aún sobre la piedra, comprendieron que allí había acontecido algo muy horrible y muy triste.

Pero les era imposible reconstruir en su imaginación lo que allí había pasado. Miles de preguntas se hacía el pescador y a ninguna le daba contestación satisfactoria. Una vaga idea se paseaba por su cerebro diciéndole: "Tu mujer ha sido arrebatada por un caimán".

Recogido el cadáver del niño, ordenó a sus hijos lo tendieran en un *tapeixte*, lo cubrieran de flores campesinas y lo cuidaran.

Entretanto, él tomó su machete y se puso a amolarlo. En aquella ocupación, el volcán que ardía en su cabeza y que amenazaba estallar, encontró fácil alivio, por las cuencas de los ojos: las lágrimas se le saltaron, en gruesos hilos, y más de alguna gota sirvió para alimentar la piedra.

Después se dirigió a la orilla del río, machete en mano. Vanamente intentaron sus ojos escudriñar el cauce, en busca del asesino de su familia. Subió y bajó el río, tor-

nando a subirlo y bajarlo por algún tiempo, inquieto, nervioso, impotente, desesperado. Sentóse por fin en una piedra que él mismo había colocado cerca de la del lavadero y en la cual otras veces había conversado con su mujer, de sus penas, de sus hijos, de su amor, de sus ilusiones, de tantas cosas!

Así transcurrió buena parte de la tarde.

El sol comenzó a volverse rojizo.

Una brisa, cargada de emanaciones salinas, rizaba la superficie del río, formando innumerables facetas donde la luz jugueteaba en mil puntos movibles que se encendían y se apagaban como un avispero de estrellas fugaces.

¿Qué es aquello que parece trozo de palo podrido, resto de un antiguo naufragio, que empujan las olas del río?

¡Es un caimán!

El pescador, clavando en él los ojos, pensó: “¿Será ese?”

El trozo se acercaba, pero con una lentitud de perezoso minuterero, apenas perceptible: diríase efectivamente que era un despojo de las selvas lo que allí flotaba. Así pensaría otra gente, no nuestro pescador que, oprimiendo entre su mano la cacha córnea de su machete, decía para sí: “¿Será ese?”

El animal venía hacia el limonero. Llegó al fin, sacó lentamente la cabeza, luego el cuello, después las garras; y exploró el terreno.

El pescador no esperó más. Los resortes de sus piernas se desataron y de un salto prodigioso se plantó en el agua. El reptil se sumergió, para ocultarse, pero el hombre le cortó la retirada.

El combate que entonces se entabló fué como aquellos de que nos hablan las leyendas antiguas, entre dragones que lanzaban llamas y caballeros que tenían talismanes; pero éste era real, y como real, terrible, grandioso, épico. El agua no era profunda. El anfibio estaba en su mejor elemento; el pescador no; sin embargo los movimientos de éste no eran del todo embarazosos.

El reptil esgrimió su dentada cola en el aire, como su mejor brazo, como su mejor espada, dando un violento giro. El hombre paró el golpe con su machete. Cola y acero chocaron como dos mazas de armas.

Fulguró el machete a los rayos del sol y viósele caer como una centella sobre la cabeza del saurio. Este lanzó un chillido, un resoplido espeluznante, quizás de dolor, porque un velo de sangre se agitó en el agua; abrió el inmenso hocico, extendiendo las negruzcas aspas y mostrando las hileras de dientes, sus puñales de marfil, y acosó a su adversario, casi irguiéndose, agitando y abriendo sus garras delanteras, como abanicos de navajas. El hombre, ágil y fuerte, esquivó el ataque como si esquivara el embiste de un toro, como si fuese un matador de toros, descargando pesado mandoble sobre

el monstruo. El agua saltó en chisperos hirvientes, hasta las hojas de los árboles. Un colazo resonó en seguida sobre el pecho del hombre, como hachazo en duro tronco. El pescador tambaleó un instante, sus oídos zumbaron y una ráfaga negra pasó por sus ojos. Ese instante de derrota fué rápido. Al punto se rehizo, y apenas era tiempo: otra vez las inmensas mandíbulas se abrieron, como tenazas de cíclope, para triturarlo como una nuez. Por ellas, por entre ellas, metió la punta de su machete; los dos enemigos se aproximaron entrando el acero hasta el puño, hasta la mano, que quedó prendida entre los poderosos resortes de aquellos maxilares y entre los dientes que los erizaban. Sobrevino una agitación en que hombre y reptil aparecían y desaparecían en el agua, entre chorros, olas y chisperos de agua, de sangre y de cieno, hasta que poco a poco fué cesando.

El caimán había muerto.

El pescador jadeaba. Tenía el pecho cruzado de heridas que las garras del caimán le habían hecho. Sus cabellos y rostro estaban ensangrentados, su mano estropeada. Pero... una mirada de triunfo iluminaba su semblante!

Con gran trabajo sacó al animal, lo contempló un momento, y de súbito, desenvainando el machete del cadáver, le abrió el vientre a grandes tajadas. Rugió de furor cuando encontró señales, restos de su espo-

sa, mezclados con pedazos de lienzo ensangrentado y cabellos enmarañados.

Sentóse en la piedra, con la cabeza entre las manos, contemplando la tumba que había profanado...

En ese momento, una canoa descendía por la corriente del río. El remero cantaba:

Una conchita pesqué
Pescando en dulce quietú;
La abrí y una perla hallé:
¡Esa perla fuiste tú!

La palmerita, de entonces
A tus brazos se ha amarrado
Con cadenita de bronce:
¡Cuánto nos hemos amado!

El pescador, alzando la frente dolorida, con voz apenas perceptible y en medio de un hondo suspiro, murmuró el último verso de la canción lejana:

—¡Cuánto nos hemos amado!



2.—El Guarda Virreinal

Y así habló Ñor Julián dirigiéndose a su auditorio de campesinos:

—Hace como veinte años, tenía yo una contrata de leña y estaba obligado a entregar determinado número de *cuerdas* cada semana. Entre mis leñadores, tenía uno que me era muy adicto y que me ayudaba mucho. Yo lo veía como a un amigo. Se llamaba Juan. Una tarde, después de recorrer el bosque en vías de inspección, descansábamos, sentados ambos en una peña, allá por las faldas del volcán de Colima que quedan por el lado de la hacienda del Jazmín. De repente, Juan lanzó un grito de terror y se me abrazó, todo tembloroso y frío.

—¿Qué tienes?—le pregunté azorado.

Mas él nada podía contestar. Lo calmé, dándole valor; y vi hacia donde tenía antes los ojos dirigidos; mas nada hallé.

—¿Qué has visto, Juan? Yo nada veo.

—Sí: allí está!

—¿Qué cosa?

—¡Un espanto!

—No hay nada, Juanito; cálmate: ha de haber sido figuración.

Y cuando se le hubo pasado un poco el susto, nos retiramos de allí, dándome algunos detalles de la espantosa aparición.

Por la noche conté el suceso a un vecino de la Hacienda, viejo amigo mío, llamado Daniel.

—Esa aparición es cosa vieja, amigo Julián, me dijo. ¿No te dió tu leñador algunas señas del espanto?

—Sí: me dijo que tiene el aspecto de un guarda, pero no como los de ahora, y que lleva un mosquete de boca ancha. Pero no está seguro de si tiene o no cabeza.

—¡Cabalmente! Y eso es lo que desde luego produce el terror entre los que lo encuentran. ¿Y no te dijo que en seguida se monta en el mosquete, como si fuera en un caballo de juguete, y vuela hacia un rincón del cerro?

—¡Sí! ¡Eso mismo me dijo!

—¡Pues ya lo ves: es la misma aparición que ha aterrorizado a leñadores y cazadores desde tiempo inmemorial.

—Entonces, esto que ha pasado hoy, ¿no es ilusión de Juan?

—Si fuese ilusión, no lo ha sido de él solo, sino de muchos. Pero vamos a ver, mi buen Julián: ¿te acuerdas bien del sitio en que tal cosa ocurrió? ¿Podrías precisarlo?

—Ya lo creo que sí, le contesté; pero, en último caso, Juan podría ayudarnos.

—Es difícil que Juan acceda a volver a aquel punto; ninguno de los que han visto la aparición, ha consentido en volver.

—Sin embargo, probaremos, respondi a Daniel. Pero, después de todo, ¿cuáles son tus proyectos?

—Voy a ser sincero contigo. Según las *relaciones* que corren por aquí, ese guarda era efectivamente un *guarda del rey*, pues la historia se remonta hasta la época de los vireyes. Y dicen las crónicas tradicionales que ese guarda, que antes había sido un hombre honrado, se puso un día de acuerdo con los contrabandistas, a quienes perseguía, es decir formó parte de la cuadrilla, pero apareciendo siempre como guarda, para disimular y proteger los contrabandos. Los beneficios de los malhechores aumentaron; y desde entonces dieron en almacenar sus mercancías y también en esconder sus riquezas, en una cueva del cerro, por ellos solos conocida. Así pasó mucho tiempo, hasta que los demás guardas comenzaron a sospechar del traidor. Este algo malició, y procuró abandonar la complicidad de los contrabandistas. Pero también éstos maliciaron que algo tramaba en contra de ellos. Así sucede con los que andan en malos pasos y se ven comprometidos: pierden con unos y con otros. Pero los contrabandistas llegaron a aclarar bien la traición del guarda: supieron que los quería entregar para salvarse él. Y un día lo mataron. La cabeza del infeliz fué el

único despojo que se conoció, pues un día unos leñadores la encontraron colgada de un pino, balanceándose, como un horrible nido de calandrias. Pero los demás guardas se reunieron y juraron vengar a su compañero; y desde entonces diéronse tal afán en la persecución, que en una bella mañana sorprendieron a la cuadrilla entera, aprehendiendo a todos, los cuales fueron ahorcados en los árboles del monte.

—Por lo que veo, dije yo; hay interés por saber dónde está la cueva, en la que se cree existen grandes tesoros.

—Has adivinado, Julián. Por eso te preguntaba que si podrías volver al sitio en que tuvo lugar la aparición.

Yo le dije que sí. Y a mayor abundamiento, logré que Juan nos acompañara, manifestándole que no temiera nada, pues que iba con nosotros. Además iba bien aleccionado: le dijimos que si volvía a ver al guarda, que se fijara bien hacia dónde se dirigía y en qué parte desaparecía.

Al llegar a la peña, Juan nos dijo:

—¡Allí está! ¡Allí está!

Levantó el brazo para señalarlo, pero cayó luego desmayado.

Mientras yo atendía al pobre leñador, Daniel se puso a examinar el terreno hacia donde el brazo de Juan se había levantado.

—Está bien, me dijo; mañana volveremos. Llevémonos a este pobre.

Lo cargamos entre los dos hasta bajar a

un arroyo; allí lo sentamos y le humedecimos la cabeza con agua fresca. Volvió en sí.

—¿Te acuerdas de algo?—le preguntamos.

—Sí, nos respondió: me hizo señas hacia un árbol de grandes flores amarillas, que se ve a la mitad del cerro.

—He visto el árbol, dijo Daniel.

A la mañana siguiente, mi amigo y yo emprendimos la subida del cerro. Parecía que nosotros éramos los primeros en andar por allí, pues no se descubría atajo ni vereda. Nuestro objetivo era el árbol de flores amarillas. Por fin, llegamos a él a eso del medio día. Estábamos casi muertos de fatiga. Nos sentamos al pie del añoso árbol. Lo que creíamos ser flores amarillas de él, lo cual hacía que no lo reconociéramos, eran grandes ramos de *ingerto*, de un gran parásito que cerca de sus cumbres crecía, muy ramoso y lozano. El árbol era un olivo antiquísimo. Cuando hubimos descansado, hicimos una exploración en torno, y nada encontramos.

—Me subiré al árbol, dije yo; quizás desde arriba se descubra algo.

Y trepé hasta el *ingerto*. Desde allí me puse a observar hacia el cerro, y, con gran asombro, descubrí la boca de una cueva. No pude contenerme, y grité:

—¡Una cueva!

—¿En dónde?

—¡Detrás de una peña!

Me bajé precipitadamente, y ambos subi-

mos hasta la peña, jadeantes, casi sin aliento y muy emocionados.

¡Allí estaba la cueva!

Nos sentamos a la entrada, anhelantes. La idea de encontrar allí los tesoros de los contrabandistas nos tenía deprimidos, en lugar de alentados: ¡tanto así era el peso de aquel pensamiento!

Por fin, nos animamos y entramos en ella. El corazón nos hacía: ¡tun! ¡tun! ¡tun! La luz del sol, a esa hora, penetraba felizmente bastante lejos, y alumbraba una grande estancia, de techo elevado. Había luego un arco natural que daba acceso a otro departamento. El piso de ambas salas era suave, de polvo fino. Nos asomamos a la segunda sala. La luz refleja era bastante para aclarar los ángulos inferiores de un vasto departamento, cuyo techo se perdía en las lobregueces de un fondo negro, impenetrable, en donde pululaban los murciélagos. Escudriñamos los rincones y recobecos. Sólo había restos de costalera y de madera de empaque, todo cubierto por una gruesa capa de polvo. Algunas botellas y botijas se veían regadas. Pero de tesoros y de mercancías, nada advertimos. En el primer salón, encontramos bastante servicio de cocina: ollas, cazuelas, jarrros, metates, molcajetes, cucharas, hasta leña y ceniza entre unas grandes piedras ennegrecidas por el humo.

Ese día nos conformamos con el encuentro de la cueva.

Al día siguiente, muy temprano, volvimos a ella. Ahora llevábamos palas y zapapicos, y nos pusimos a remover pacientemente la tierra. Mi zapapico, más afortunado, golpeó de improviso sobre algo que parecía madera. Daniel y yo nos pusimos a escarbar con mucho cuidado, y pronto descubrimos una caja.

—¡El tesoro!—pensamos.

Y con aquella idea fija en la mente, y pensando ya en lo felices que íbamos a ser con tantas riquezas, redoblamos nuestro ardor. Descubrimos la tapa completa. Y de un golpe de zapapico, después de haber hecho la señal de la cruz, la hice pedazos.

¡Dios mío! ¡Allí estaba un esqueleto! Tenía unos cuantos girones de ropa de paño azul y rojo, y unas botas de vaqueta casi deshaciéndose. ¡Y no tenía cabeza! Y allí a un lado, un mosquete de boca ancha.

—¡El guarda!—exclamamos con terror.

A mí se me enchinó el cuerpo y a mi compañero se le pararon los cabellos como si fueran cerdas.

Cuando el susto de aquel fúnebre hallazgo se nos aminoró un poco, mi amigo dijo:

—Si hay dinero, debe encontrarse debajo de esta caja.

¡Pusimos manos a la obra! Movimos la caja y debajo hallamos una capa de carbón.

Se nos heló la sangre, pues nos acordamos de lo que se dice: que cuando uno se mues-

tra demasiado ambicioso, el dinero se vuelve carbón.

—¡Tú tienes la culpa!—me dijo Daniel.

—¡Yo, no!—¡Serías tú el ambicioso! —le repliqué.

Y al fin, tristes y desalentados, nos alejamos de aquella siniestra cueva....

—¡Y no volviste a ella, Ñor Julián?—preguntó un viejo rancharo.

—¡Jamás!

—Y de tu amigo, ¿qué fué?

—Más tarde supe que se había ido al extranjero y que por allá se daba la gran vida.

—¡Pues te la pegó! ¿No crees tú que los que entierran dinero saben la abusión del carbón? Pues si yo enterrara dinero, para engañar a los que lo quisieran sacar, pondría encima de él una gran capa de carbón...

—¿De modo que tú crees que debajo de aquel carbón....?

—¡Estaba el dinero, Julián!



3.—La Barranca del Muerto

I.

Entre los Estados de Jalisco y de Colima, y sirviendo de lindero, existe una barranca, bastante profunda, que se llama la barranca del Muerto. Es compañera, mejor dicho, es hermana de las famosas barrancas de Beltrán y de Atenquique, de gran renombre por su profundidad, pues todas tres, lo mismo que otras más, se han formado en las faldas del volcán de Colima a consecuencia de las corrientes que desde tiempos geológicos han descendido de la titánica montaña.

En mis años mozos tuve que pasarla varias veces a caballo, bajando y subiendo por sus callejuelas en zig-zag. Hoy pasa el ferrocarril a buena distancia, así como pasa lejos de las demás barrancas, buscando los menores obstáculos; y aun cuando la locomotora sigue por un camino notablemente pintoresco, el viajero moderno ya no goza de las sublimes bellezas de las hondas cañadas, en donde los jilgueros elevan perennemente su divina música alegrando los boscosos declives.

El nombre de la barranca del Muerto se remonta a más de un siglo y entra en la categoría de los nombres legendarios.

II.

Al otro lado de la barranca, ya en el Estado de Jalisco, se encuentra inmediatamente el pueblo de Tonila.

Un día, un pastorcillo de este pueblo, que cuidaba sus cabras en las laderas de la hondonada, distinguió con gran sorpresa a un hombre sostenido milagrosamente por los bejucos que iban desde el paredón de la barranca a un altísimo árbol.

El lugar era inaccesible y el pastorcillo no comprendía cómo aquel hombre hubiese caído allí, pues parecía muerto. Los bejucos le formaban una especie de hamaca, y él estaba atravesado en ellos, con un pie colgando. Imposible verle el rostro. Vestía traje elegante de la época, de color negro. Era, pues, persona distinguida. Y no daba señales de vida: estaba inmóvil, suspendido en el abismo.

A pesar del susto que recibió con aquel hallazgo macabro, el pastorcillo púsose al cabo a reflexionar: él conocía palmo a palmo todos aquellos sitios, todos aquellos árboles y todos aquellos breñales; había arrasado por las arrugas de aquellos paredones persiguiendo ardillas, iguanas o conejos, o poniéndoles trampas... ¡y nunca había visto aquella red de bejucos ondulantes!

Entróle miedo (la cosa no era para menos) y huyó de allí con sus cabras a la cabaña de su padre, a quien le dijo embargado de emoción:

—¡Padre! ¡Allá está un muerto!

Y el chiquillo contó lo que había visto.

El padre fue al sitio siniestro; contempló por largo rato al muerto misterioso y no pudo concebir cómo era que estaba allí. Era necesario, después de todo, dar parte a la justicia, pues bien pudiera ser que se tratase de un horrendo crimen.

Avisadas las autoridades del pueblo de Tonila, éstas se trasladaron a la barranca. Muchas personas las siguieron al tener noticia de caso tan inusitado y misterioso.

Cuando toda aquella gente llegó a donde el muerto estaba, nadie acertaba a comprender aquello.

—Ese hombre, decían, no puede haber caído allí ni desprendiéndose del borde de la barranca.

—Se necesitaría, agregaban otros, que un cóndor lo hubiese arrojado o depositado en esa hamaca de bejucos.

—Pero la cosa se hace más impenetrable, observaban los de más allá, si tenemos en cuenta lo que dice el pastorcillo y confirman los leñadores: que esos bejucos nunca han estado allí.

—Parece, entonces, dijo uno que había permanecido callado, que esto es obra del demonio.

Al oír aquello, todos se santiguaron.

—Pero en tal caso ¿quién será ese desgraciado?

Después de éstos y otros variados comentarios, se planteó el problema de cómo bajarlo. Las opiniones fueron varias; pero casi todas daban lugar a proyectos impracticables, hasta que, al fin, un atrevido propuso subirse al alto árbol y deslizarse por los bejucos; llegaría así a donde el muerto estaba; lo amarraría y lo descolgaría valiéndose de sogas agregadas.

Así se hizo.

La operación fué verdaderamente emocionante.

Cuando el cadáver bajaba, amarrado de las arcas, suspendido desde tan gran altura y sostenida la soga con mano férrea por el hombre valiente que como un mono actuaba en los movibles y delgados bejucos, todos los corazones latían con fuerza.

Por fin, el muerto llegó al suelo.

Todos querían verlo, y se apiñaban al redor.

El desgraciado era joven y de buena presencia. Tal vez, un criollo. Su barba era negra, compuesta de espeso y aristocrático bigote y de ancha y brillante piocha: Pero... ¡cosa rara! ¡no estaba pálido! ¡Tenía labios rojos y mejillas rosadas! Sus ojos, sí, estaban cerrados, velados por largas pestañas negras, y parecían del que sólo duerme.

Cuando alguno hizo esta última observación, que a todos aterró, dijo el juez:

—Todo este asunto se complica cada vez más. ¿Qué envolverá todo esto? ¿Quién será este joven? ¿Cómo ha venido a parar tan misteriosamente en esos bejucos? Llevémoslos el cadáver, o lo que sea, al pueblo para que allá lo examine debidamente el médico.

Cuando el médico del pueblo examinó al extraño personaje, dijo en medio de la admiración de todos:

—Este hombre está vivo. Ha perdido el sentido en quién sabe qué atroces circunstancias que es imposible adivinar. Déjenme lo aquí para atenderlo. Quizás vuelva a la vida. Pero si vuelve, no sé si recobrará el uso de su razón o quedará loco. En realidad, éste es un caso desesperado.

III.

El enfermo fué manifestando con el transcurso de los días algunos movimientos, todos reflejos, inconscientes. No abría los ojos, lo cual desesperaba a todos. Dábanle cucharadas de leche, alternadas con algunos tónicos adecuados.

Y así se cumplieron siete días.

Al amanecer del séptimo día, el enfermo abrió los ojos. ¡Qué ojos tan azorados! ¡Miraban hacia todos lados con pavor! Se incorporó en el lecho, y al darse cuenta de que estaba acompañado, preguntó con débil voz:

—¿En dónde estoy?

El bueno y solícito médico que lo cuidaba, respondió con tono cariñoso y benévolo:

—Está usted entre amigos.

—Pero es que todo me es extraño: esta casa, esta cama, estos muebles; ustedes mismos. Mi mente se confunde. ¿A ver? ¡Quiero recordar! ¡Pero no puedo! ¡No me explico...!

—Cálmese, joven, volvió a decir el médico. No haga esfuerzos. Es necesario que se serene su espíritu. Después hablaremos. Ya nos dirá usted lo que tenga que decirnos. Y nosotros, igualmente, le explicaremos todo lo que desee.

IV.

Y llegó el día de las explicaciones.

El joven habló así:

“Soy de México, de familia noble. Mis padres ya murieron. Heredé una cuantiosa fortuna; pero, cegado por el atolondramiento de la juventud y de los locos amores, me consagré a gozar de mi riqueza sin preocuparme de las cosas serias de la vida. El placer, el placer, cualquiera que éste fuera! Constantemente vivía en fiestas y devaneos. Gastaba mi dinero inconsideradamente. Jugaba; y como la fortuna es loca, unas veces ganaba grandes caudales, otras los veía desaparecer como el humo entre las volubles cartas de la baraja o las vertiginosas vueltas de la vorágine que se llama ruleta. No

era propiamente un borracho; pero en las fiestas que daba, solía beber hasta perder el juicio, cometiendo algunos graves errores de los que después me arrepentía, pero ya sin remedio. Las mujeres, al par que los hombres me explotaban escandalosamente.

“Pero poco a poco fui comprendiendo la mala vida que llevaba. Me di cuenta de que los que se llamaban mis amigos, no eran tales, sino sanguijuelas que me extraían la sangre. Había creído que era amor el que me brindaban las mujeres; pero en realidad era amor comprado, valorizado en oro o en diamantes. Tuve conciencia del vacío en que mi vida se desarrollaba, sin rumbo y sin objeto, y quise volver sobre mis pasos. Hice mi balance, y vi que me quedaba muy poco dinero. ¡Había dilapidado una inmensa fortuna! Con aquel poco dinero me presenté en la casa de juego, con la esperanza de doblarlo, de triplicarlo, de decuplicarlo, de centuplicarlo, como otras veces había ocurrido, y luego retirarme de mis falsos amigos y de mis falsos amores. En realidad, llevaba buenas intenciones. Era firme mi resolución. Pero en pocos minutos, todo lo perdí. Con aquel dinero íbanse mis esperanzas todas, mis ilusiones de regeneración, mis sueños de nueva vida!

“Negros pensamientos me asaltaron tan luego que me vi perdido.

“¡Pensé hasta en el suicidio!

“Levantéme de la mesa con el alma des-

trozada. ¡Mi postrer ilusión se había convertido en cenizas!

“Fuíme al jardín en busca de aire. Me sentía sin aliento. Y cuando me vi solo, abandonado (ya era pobre), sin amigos y sin amantes, me invadió la más atroz desesperación. ¡Tuve malos pensamientos! ¡Ideas infernales! ¡Propósitos sacrílegos! Una ola negra subió de mi corazón a mi cabeza, y exclamé colérico:

“—¡Siquiera me llevara el diablo!

“Y no supe más de mí.

“¿Qué paso? ¡No lo sé! Cuando abrí los ojos, me vi entre ustedes, en este pueblo lejano y apartado.

“¿Cómo vine aquí? ¡Misterio!

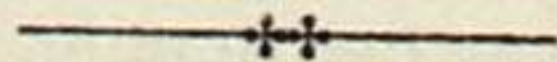
“¿Por qué estoy aquí? ¡Mayor misterio aún!

“¿Quién me castigó? Pero también ¿quién me salvó? ¡Aquí anda la Providencia Divina!

“La historia que ustedes me han contado de cómo me encontraron, me dice que Dios se dolió de mi desesperación y me perdonó.

“¡Bendito sea!

“Y desde hoy prometo ser bueno, humilde y trabajador, y dedicarme al servicio de Dios y de los pobres!



4.—La Piedra de Juluapan

I.

Al noroeste de la ciudad de Colima y a distancia no muy larga, apenas la suficiente para que los montes se vean azules, se eleva un cerro largo, bastante elevado, llamado de Juluapan, en cuya falda y casi en la mitad del flanco, se levanta una enorme roca que, por la escasa distancia, no se alcanza a colorear bien de azul. Dicha roca se destaca sobre el fondo índigo de la montaña como una erguida e inmensa catedral.

Tan notable peñón es de aquellas cosas que no escapan a la mirada de nadie; y yo, desde muy niño, lo contemplaba con cierto místico respeto por las relaciones fabulosas que tocante a él corrían de boca en boca entre los rapaces de mi edad. No guardo recuerdos precisos de todo lo que entonces oí decir; pero hay uno que ha persistido imborrable al través del tiempo, y a él me voy a referir.

Al pie del cerro existe un pueblo de indios, llamado también Juluapan. Y me de-

cían (cosa que es aún corriente en aquellas regiones) que la piedra queda exactamente arriba del pueblo, a gran altura, y que para evitar que ruede hacia el villorrio y aplaste a toda la población, los indios la tienen sujeta con cables y aun con cadenas. Que esa precaución data de tiempo inmemorial; y aun me decían que esa amenaza sempiterna era en señal de castigo por no sé qué graves crímenes cometidos contra los dioses por los moradores, en épocas lejanas. La tradición, al llegar allí, se obscurecía, se borraba, más bien se truncaba, dejando en el alma del oyente el peso de un gran misterio.

Y yo, al contemplar desde lejos la inmensa roca erguida, me imaginaba las enormes cadenas, los nudosos cables, gruesos como troncos de árboles, largos como centenares de varas, tirantes como cuerdas de arpa, sosteniendo el gigantesco monolito, pero comenzando a podrirse por lo viejos...

—¿Qué será del pueblo y de su gente si la piedra cae?—me preguntaba interiormente.

Y sentía oprimirse mi alma de niño al pensar en la tremenda catástrofe.

—¿Pero por qué no se van los indios de allí?—preguntaba a los compañeros de mi infancia. ¿Por qué no se van a otra parte?

—Porque no pueden: el castigo consiste en que allí han de estar, con la piedra encima, amenazando caer eternamente. Y no saben si ha de caer de día o de noche.

Y nunca pude penetrar la razón de aquello.

II.

Cuando crecí, siendo adolescente, hice un viaje a caballo hasta más allá del cerro de Juluapan. Al ir caminando hacia la roca, no podía apartar la vista de ella. La creencia infantil de las cadenas y cables ya no tenía ningún valor lógico. Y sin embargo, la persistencia de la imagen primitiva, tal como se formó en tiempos tan impresionantes, era tan vigorosa a ratos, que parecía alentar aún dentro de mí como en mi infancia, pues involuntariamente, cuando toda la roca se me presentó detalladamente en toda su majestad, mi vista anhelante buscaba inútilmente las cadenas o cables, tirantes como cuerdas de arpa y gruesos como troncos de árboles...

Y pasé por el pueblo de Juluapan.

Los indios, indiferentes a la existencia de la piedra, se dedicaban tranquilamente a la operación de preparar las hojas de la palma real que habían de servir para la fabricación de sombreros. Por donde quiera, en la falda de los cerros, la vista descubría la grácil palma real moviendo sus grandes y flotantes abanicos. Los indios cortaban las hojas antes de que se extendieran, antes de que abrieran sus abanicos, antes de que los

rayos del sol las tiñeran de verde, para que, al ser secadas en los patios de las cabañas, conservasen el nitido color blanco de sus dobleces virginales. Por eso son tan blancos los sombreros que se fabrican con ellas.

Dejé el pueblo a mi espalda. Pero de tiempo en tiempo volvía irresistiblemente la vista para contemplar, allá arriba, la roca inmensa, verticalmente elevada, mostrando sus enormes fracturas y su áspera cresta.

La roca, sin embargo, no estaba suelta para que hubiese dado lugar a aquella leyenda: salía del cerro como un brote peñascoso, elevándose a gran altura. Estaba clavada en el flanco de la montaña, y apenas si en su parte superior se divisaba una que otra planta, como higueras silvestres, magueyes y cactus.

III.

Más tarde, siendo hombre, volví por aquellos lugares, y me detuve en un pequeño rancho, casi inmediatamente abajo de la piedra. Desde el corredor de la cabaña del propietario, se distinguía perfectamente el enorme peñasco.

Y naturalmente, la conversación giró sobre aquel accidente del cerro. Nadie había podido subir hasta él, por lo fragoso del terreno, y en realidad nadie sabía cómo era ni qué había en ella.

Estaba entre las personas que acompaña-

ban al propietario, un individuo por demás interesante. Era un viejo indio, ilustrado, leguleyo, hábil y algo poeta. Nos divirtió buen rato con sus pláticas pintorescas y con la recitación de sus poesías humorísticas. Pero al llegar al asunto de la piedra, asumió seriedad, y nos dijo:

—Ustedes pensarán todo lo que quieran; pero esa piedra está encantada. Allí hay encerrados grandes tesoros que datan desde los tiempos anteriores a la era cristiana. Esa piedra no es más que un templo, quizás una pagoda india, cuyas puertas están cerradas para nosotros los mortales y pecadores. Pero en un día del año se abren y se oye el rumor de las plegarias. Yo he visto el humo del incienso elevarse en las mañanas, muy blanco y sutil... Además, yo he visto allá arriba algo más interesante que eso...

—Este hombre, me dijo el propietario, se pasa las horas muertas viendo la piedra.

—¿Y qué ha visto Ud.?—le pregunté sintiendo un tanto picada mi curiosidad.

—Pues he visto a una mujer vestida de blanco y con una mitra en la cabeza, llegar hasta aquel pico de la derecha. A mí me parece que es una sacerdotiza. Y permanece allí muchas veces hasta que el sol se mete.

—Cuando has creído ver eso, habrás estado bajo la influencia del alcohol, le observó el propietario.

—Nada de copas: en mi pleno juicio. Y lo más notable es que me hace señas.

Nos reímos de buena gana. Pero el leguleyo se mosqueó.

—Ustedes no son capaces de comprender, nos dijo en tono solemne, la sublimidad de esa piedra y el gran misterio que encierra.

IV.

Los años pasaron. Y un día me dijeron:

—¿Sabe usted por qué se hizo rico el dueño de la hacienda del Platanarillo?

Contesté que lo ignoraba.

—El dueño de esa hacienda, situada, como usted sabe, al dar vuelta al cerro de Juluapan, en la cañada del río San Palmar, era antes un pobre maestro de escuela. La madre de él había hecho en cierta ocasión un señalado favor a un bandido de los que operaban en los linderos de Jalisco y Colima; creo que le curó una grave herida que había recibido en una de sus tantas correrías. Pero como el que anda en el peligro, en él perece, como dice la fábula, una noche, casi moribundo, llegó a caballo al jacal de la señora. Comprendiendo que iba a morir, le reveló la existencia de un tesoro en la piedra de Juluapan. No se sabe si el tesoro era producto de sus latrocinios o de otro origen, pues hay que decir que el tal bandido era perfecto conocedor del cerro y de todos sus rincones. El bandido murió. Y el hijo de la señora, siguiendo las indicaciones del difunto, encontró el tesoro en una cueva de la piedra de Ju-

luapan. Dejó la maestría y compró la hacienda.

V.

Pero aquella piedra ha seguido siendo centro de creencias fantásticas. El dicho del leguleyo ha tenido, según parece, casi su completa comprobación.

La relación es estupenda. Y aun se citan nombres.

La relación se remonta a tiempos muy viejos; a un siglo antes de Jesucristo.

Se habla de un rey mexicano llamado *Ix*, nombre que en azteca significa *Ojo*, que gobernaba en el antiguo reino de Colimán. Era rey poderoso que ejercía completo dominio sobre una rica y vasta comarca. Su capital era ciudad brillante y hermosa, llena de soberbios palacios y suntuosos templos, y rodeada de altas murallas con jardines colgantes, como los de Babilonia. La corte de aquel rey era lujosa, como las cortes de oriente.

La fama de *Ix* y de su pueblo llegó hasta las remotas tierras asiáticas, lo cual no es difícil comprender, si se tiene en cuenta que por aquellos tiempos las flotas del Celeste Imperio cruzaban frecuentemente las vastas regiones del Grande Océano y llegaban hasta las costas americanas, a comerciar y a veces a guerrear.

Pues bien, en cierto día de aquella edad remota, llegó a *Xaláhuac* (hoy Salagua), rada

situada en un ángulo de la bahía de Manzanillo y que más tarde sirvió de astillero a Hernán Cortés y a otros exploradores españoles, una flotilla en que venía un prócer chino de muy elevada alcurnia. Su nombre era Wang Wei.

Sabedor *Ix* de la presencia de aquel noble personaje en las costas de sus dominios, acudió a darle la bienvenida y a ofrecerle la debida hospitalidad en su corte. El magnate chino aceptó la invitación con agrado, y fue atendido en Colimán con todas las exquisitas consideraciones correspondientes a su rango.

Al salir un día de paseo, Wang Wei miró hacia el cerro de *Xoloapan* (Juluapan), fijando su vista en la gran peña que de un punto de su falda se destacaba imponente.

—¿Qué es aquello?—preguntó a *Ix*. ¿Es algún templo? ¿Es acaso una tumba?

—No es ninguna de las dos cosas, respondió el rey. Pero vuestras preguntas me están indicando que bien puede llegar a ser, eso que veis, alguna de las dos cosas, o ambas a la vez. Es una piedra que existe desde que nació el mundo. Mis más remotos antepasados la vieron siempre allí.

—¿Habéis pensado en la muerte, amigo *Ix*?

—Soy demasiado joven para pensar en ella.

—La muerte no es propia de los viejos: acecha también a los jóvenes y aun a los niños. Os preguntaba esto, porque se me ocurre una idea: aquella piedra, tan notable a la vista, sería un buen monumento para guardar

el sepulcro de un rey del país tan poderoso y magnífico como vos.

Después de algunos días de grata permanencia en Colimán, Wang Wei volvió a sus naves. Antes de irse, hizo traer de su buque insignia un riquísimo regalo, consistente en joyas de oriente en que abundaban las perlas y los diamantes, y lo entregó a Ix con amistosas palabras. Ix correspondió a aquel presente con otro de joyas del país y con el regalo de diez bellísimas esclavas.

No fué aquella la única vez que Ix y Wang Wei se vieron: su mutua amistad se fortificó con nuevas entrevistas en el transcurso de los años. Wang Wei, como Gran Almirante del Celeste Imperio, recorría con sus poderosas flotas el Grande Océano y gustaba de visitar de cuando en cuando a su amigo Ix.

Este debió de haber tenido muy en cuenta la sugestión relativa al sepulcro, pues la tradición expresa, mejor dicho, documentos auténticos, que cuando murió fue embalsamado su cadáver y luego inhumado en un magnífico sepulcro abierto en la roca de Juluapan. En la cámara mortuoria, que era grande y suntuosa, encerraron muchos objetos de la pertenencia del rey, juntamente con grandes tesoros, entre los cuales se contaban los regalos de joyas orientales que le diera su amigo.

¿Qué cómo se ha sabido todo esto?

Dícese que en un museo de Europa, el conde de San Dionisio encontró una lápida grabada con caracteres chinos, en la cual, des-

pués de graves estudios que duraron meses, encontró noticias de la tumba de Ix y de la entrevista que este rey tuvo con Wang Wei, almirante chino. De la tumba se decía en la lápida que estaba señalada por una gran piedra al noroeste de Colimán, en el cerro de Xoloapan. Además, se hablaba de una rica cripta, de ricas galerías y de magníficos tesoros.

Pero las señas de la situación de la tumba parecían al descubridor y descifrador de la lápida sumamente vagas. ¡Una roca al noroeste de Colimán y en un cerro. Hay tantas rocas al noroeste de un lugar, que juzgó imposible identificar el sitio en que Ix había sido sepultado con sus tesoros.

Además, el antiguo Colimán desapareció hace muchos siglos, y la Colima actual no ocupa el lugar de la antigua corte de los reyes colimotes.

Y el conde de San Dionisio acabó por no dar importancia práctica a su descubrimiento.

Pero al regresar a Europa de un viaje que hizo al Perú, resolvió visitar de paso nuestro país, desembarcando en Manzanillo y viéndose obligado a detenerse en Colima por pocas horas. Y sucedió que al asomarse por una ventana del hotel en que se alojaba, su vista fué inmediatamente atraída por la gran piedra de Juluapan, que se destacaba imponente sobre el obscuro índigo de la famosa montaña.

—¿Qué es aquello? —preguntó al camarero.

—Es la piedra de Juluapan.

Un rayo de luz entró en su cerebro.

Vinole el recuerdo de la lápida y de la versión esculpida en caracteres chinos. “Tal vez Juluapan y Xoloapan son la misma cosa. Tal vez el que mandó grabar la lápida juzgó inútil dar señas precisas de la tumba, puesto que la piedra es de aquellas cosas que llaman desde luego la atención por sí solas”.

La roca, además, estaba al noroeste de Colima.

Después de serias reflexiones, se convenció plenamente de que aquella era la piedra de que hablaba la relación china. En consecuencia, se dirigió de incógnito al cerro legendario; y allí, ayudado de algunos indios, hizo cuidadosas exploraciones en la piedra y en torno de ella. Los indios creían que el extranjero lo hacía todo por simple curiosidad. Pero el resultado fue completamente satisfactorio: el conde francés halló la cripta en donde reposaba la momia de Ix. Tres galerías adyacentes y que se comunicaban con la cámara real, estaban materialmente llenas de objetos artísticos y de gran valor. La momia tenía múltiples collares de riquísimas perlas; y a su lado, en el propio sarcófago, había varios Códices bien conservados. En uno de ellos había, junto a los jeroglíficos aztecas, caracteres chinos, a manera de traducción. Leyendo éstos, supo de Wang Wei y de su

amistad con Ix, según se ha expresado ya. Los demás Códices hablaban de templos, tumbas y ciudades sepultados bajo tierra; pero con señas precisas, y bajo cuyas ruinas se certifica la existencia de tesoros arqueológicos de gran valor.

Para no hacerse sospechoso, de la tumba de Ix sólo tomó las riquezas más fácilmente transportables, y volvió a su patria, Francia, donde realizó algunos de los raros ejemplares recogidos, obteniendo en poco tiempo una fortuna de 20 millones de francos.

Gozó de sus riquezas por varios años, siempre con la esperanza de volver a Juluapan. Pero sintiéndose gravemente enfermo y previendo su próximo fin, legó el Códice de la entrevista a la Academia de Ciencias, a fin, de que no perdiese el mundo la noticia de Ix y de su tumba legendaria. Los otros Códices, por la revelación que hacen de riquezas incalculables, los donó a un sobrino suyo, heredero del título de nobleza.

Y el conde murió con la sonrisa en los labios y la mirada del alma fija en la enhiesta piedra de Juluapan...

¡Oh brillante rey Ix, que pensaste dormir tranquilamente bajo tu egregia tumba de colossal peñón, en donde sólo pueden anidar las águilas! ¡Quieran los dioses tuyos y los de tus antepasados que nadie más penetre en tu mansión sagrada a turbar tu sueño de gran rey!

5. El Guapo

I.

La tarde desfallece de calor y se reclina con languidez en el ocaso.

¡Qué esplendoroso incendio de colores, de nubes y de girones de cielo, invade con sus gigantes llamaradas el vasto horizonte que será, dentro de poco, la tumba del sol!

El mar, elegantemente rizado, retrata en sus ondas azules el rubor purpurino del crepúsculo. Sus olas corren mansamente a la playa, y allí se extinguen, exhalando un suspiro, como el náufrago exánime que espera hallar la vida y sólo halla la muerte en el arenal inmenso. Una suave brisa, cargada de emanaciones salinas, recorre la líquida superficie y lleva un soplo sobre la cálida tierra, soplo dulcísimo que es para ésta lo que el rocío de agua refrescante es para el viajero sediento, desmayado a la vera del camino.

Allá tras de los médanos, de suaves y redondos contornos, ornados de escasas plantas rastreras (encajes verdinegros sobre fondo azul), se extienden los algodonaes de la Hacienda, que ya empiezan a rendir sus blancas primicias.

La airosa malvácea muestra ramas flori-

das, bellotas tiernas y en sazón y otras ya reventadas, convertidas ya en capullos, que dejan salir por sus anchas dehiscencias la esponja nivea del cándido vellón que encierran.

Parece que sobre el extenso jardín ha caído abundante nevada....

Por los callejones del risueño plantío caminan los pixcadores rumbo a la Hacienda, inclinados, llevando en sus espaldas canastos enormes, rebosantes de capullos nuevos, todavía adheridos a su tostado casquillejo.

Algunas mujeres y niños van también en su compañía, y cantan todos a coro los sonecitos de la costa, sones alegres y retozones, como los tangos españoles, cuyo sabor tienen, sin duda por provenir de ellos y haberse aclimatado tiempo ha en nuestras tierras calientes del Pacífico.

El sol, como un inmenso globo de fuego, ha tocado ya con su borde la superficie del mar. Aquella roja esfera no parece distante, y aun creeríase que podríamos ir en un barquichuelo movido a remo, a contemplar su solemne descenso en el seno de las salobres aguas. De súbito sumérgese un segmento, y vése luego que el mar comienza a beberse poco a poco el áureo disco.

El sol desaparece. Sin embargo, su luz refulge en las nubes, y alumbrará todavía por algún tiempo el espejo ondulante del mar, la playa sin límites y los médanos azules.

Es la tumba del sol semejante a la tumba

de los inmortales: después del sepelio brilla sobre ella luminosa auréola.

II.

Ya la noche, recamada de estrellas, ha pasado sobre la tierra y ha caminado sobre la mar hasta más allá del horizonte.

Un hombre avanza por las calles enarenadas del caserío perteneciente a la Hacienda. Viste calzón ancho de manta, algodón de la misma tela, caído libremente, sin fajar; chaqueta de gamuza café-obscura; sombrero de palma, de anchas alas, *alacranado*, es decir levantado por la parte posterior solamente; lleva un sarape sobre el hombro izquierdo encubriendo un machete de cacha de cuerno y de ancha y filosa hoja, colgado también del mismo hombro por medio de una correa que pasa al través de la cacha. Sus pies calzan zapatos fuertes de vaqueta amarilla, en los que aun descansan las pesadas espuelas del vaquero.

Se aproxima a un cercado de palos y escucha por un momento. Busca luego en el suelo una piedrecilla y la arroja sobre el techo de zacate de una casa que está en el interior.

Es una señal, sin duda.

A poco una sombra blanca se dibuja al través del cercado y una voz suave pregunta muy quedo:

—¿Eres tú? ¿Qué andas haciendo?

—Yo soy y ando buscándote.

—¿Pero no ves que si saben que estás aquí, te agarran?

—¿A quién? ¿A mí? Para eso les ha de sudar un diente!

—Por Dios, vete! He oído decir que tal vez esta noche llega el amo y con él vendrá ese...

—Ese re.....milgado del hijo del Administrador que tiene que pagármela muy pronto. Ya consiguió que me corrieran, levantándome el falso que me levantó, pero no ha de conseguir jamás que yo deje de quererte, ni menos que tú dejes de quererme.

—No, jamás. Yo no seré más que tuya!

—Eso quería que me dijeras, y eso será, *tope en lo que topare!* Vengo a decirte que estoy trabajando en los quebraderos de coquito de aceite de D. Vicente, que mi nuevo amo parece apreciarme y que me ha prometido adelantarme el salario de cinco meses para que me case contigo. Yo no podía guardarme esta noticia por más tiempo. Aquí me tienes, pues, para saber si estás en lo dicho.

—Estoy, Alejo. Pero necesitas pedirme por la buena.

—¡Pos claro que sí!

Los ojos negros de la joven brillaron de placer por entre los maderos de la cerca; las manos de los enamorados se estrecharon con pasión; se repitieron mutuas ternezas...

Un cohete subió silbando en el corral de la

Hacienda, y a su estallido sucedieron los bor- donazos de un arpón.

—¡Ya llegó!—exclamó ella. ¡Y va a ha- ber fandango!

—¿Vas tú?

—Si mi padre se empeña... ya ves que no puedo desobedecerle.

—Pues mi deseo es que no vayas... te lo ruego...

—¡Aurelia!, gritó por dentro una voz. ¿Dónde estás? ¡Oye el fandango! ¡Ha veni- do el amo y es necesario ir!

—¡Qué caray!, exclamó con desesperación Alejo. ¡Yo no quiero que te vea ese...!

—¡Aurelia!, gritó de nuevo la voz.

—Allá voy, padre!

Los enamorados se despidieron con un beso.

—¡Vete, mi Alejo!, dijo ella. ¡Vete, mi vi- da!

III.

Frente a la gran casa de la Hacienda, y en el extenso espacio que a guisa de plaza ocupaba el centro del caserío, estaba el lu- gar del fandango.

Un *arpón*, de gruesos bordones, un *guita- rrón*, una guitarra de cinco cuerdas, un vio- lín y un pistón, componían la música.

Frente a los músicos, que estaban senta- dos en una larga banca, y a distancia de unos cinco o seis metros, se había colocado la *ta-*

rima de madera, donde debían zapatearse los sones.

La concurrencia era ya grande.

El fandango, por lo mismo, estaba anima- disimo.

—Aurelia! Mírenla! Allí viene con Ñor Jo- sé!, dijeron algunas voces.

Con efecto, la joven llegaba en compañía de su padre.

A la luz de los hachones de ocote que alumbraban el recinto, todos pudieron con- templar a su sabor a aquella belleza coste- ña, de trigueña tez, ojos negros y pequeña boca. Su negro y abundante cabello, peina- do en dos trenzas, le caía sobre su espalda hasta las corvas. Gruesos hilos de cuentas de oro y de corales adornaban su cuello. Su ca- misa escotada, sin mangas, cubierta de bor- dados negros, era finísima. Un rebozo de bo- lita cubría un tanto cuanto la desnudez del escote. La enagua era de gasa y los zapati- tos de raso negro.

—¡Que viva la reina del fandango!, gri- taron algunos jóvenes.

Otros palmotearon.

—¡Que toquen el *maracumbé* para que lo baile!, dijeron otros más allá.

—¿Pero quién la acompaña?

—¡Yo!, dijo un charro de bota fuerte y pistola al cinto que se presentó de improvi- so.

Era Juan José, el hijo del Administrador de la Hacienda.

La música preludió el són mencionado y el charro subió a la tarima.

Pero Aurelia no se movía de su asiento.

—¡Anda!, le ordenó Ñor José. ¡Anda a bailar!

—¡No puedo!, respondió ella, ¡Me siento mareada!

En tanto, la música proseguía tocando el *maracumbé* y el charro manifestaba mala catadura. El desaire, es verdad, no era para estar de plácemes.

—¿Vienes o no?, preguntó cenizo de cólera.

—Dice que después bailará, dijo alguien.

El charro se bajó con paso rápido de la tarima y acercándose a Aurelia prorrumpió con ademán violento:

—¡Si no bailas conmigo, te juro que mato al hombre con quien bailes! Y en cuanto a mí, no creas que ha de faltarme compañera! ¡Ea!, gritó volviéndose a la concurrencia. ¡Una que baile conmigo!

Una mujer subió a la tarima.

Y a poco, era de ver al charro zapateando el són, más bien de cólera que de entusiasmo. ¡Y vaya si repiqueteaba bien! Su estado nervioso se revelaba en la agitación de sus piernas. De buena gana hubiera querido patear allí mismo al hombre que ocupaba los pensamientos de Aurelia, pues no dudaba que la negativa de la muchacha obedecía a

que seguía en su capricho de querer *al otro*.

Concluyó el *maracumbé*.

Juan José, amostazado, fué a pasearse junto a los músicos y desde allí dirigía miradas coléricas a la que a todo trance quería hacer suya.

Otros sones se tocaron y bailaron.

El guitarrero salpicaba de cuando en cuando el baile cantando algunas coplas.

Palmero, sube a la palma

Y dile a la palmerita

Que me está doliendo el alma!

Que mi amor la sollicita!

Un pato con tanta pluma

No se pudo mantener,

Y un escribano con una

Mantiene moza y mujer.

Juan José se acercó a Aurelia y le dijo:

—Espero que ya te sentirás bien y que podrás bailar. Dame el són que sigue.

—Anda, hija, dijo Ñor José. Siempre te has lucido en los fandangos. No te metas a ridícula. Baila con el señor.

—¿Ya ves? Tu padre te lo ordena. ¡Ven!

Juan José casi arrastró a la joven hacia la tarima.

La música preludiaba un alegre són en esos momentos.

El charro ejecutaba apenas el primer compás, cuando se oyó un rumor entre toda la concurrencia.

—¡El Guapo!, exclamaron.

Alejo acababa de entrar en el espacio iluminado.

Llevaba en su diestra el reluciente machete y en la siniestra el sarape enrollado.

Lanzó un grito terrible, un verdadero alarido de salvaje. Y dijo:

¡Un alacrán en el viento
Desparrama su ponzoña!
¡Ande con tiento, charrito,
Que la vida no retoña!

¡No me asusta su pistola
Y no me mire tan feo!

¡Ujuy! Nos haremos bola,
Pues yo nunca me pando!

¡A mí no se me anda el cuero
Ni se me arruga la carne!

¡Los pelos si se me bullen!

¡Pero ha de ser por el aire!

—¡Siga el fandango!, gritó Juan José, y echen fuera a ese soflamero!

—Si sigue el fandango, ha de ser *pa* mí, replicó el Guapo. Pero *pa* usted, mire!

Y sin quien lo pudiera impedir, cortó con su machete las cuerdas del arpón y de la guitarra.

—¡Ya sucedió!, gritaron algunas mujeres.

Juan José, encolerizado en exceso por aquella burla atroz, sacó violentamente la pistola e hizo fuego sobre su rival. Pero el Guapo, que ya esperaba aquello, se puso a hacer girar, tanto su machete como su sarape, como si fueran rehiletos, formándose una

especie de atmósfera de defensa, y, al mismo tiempo, y mientras se sucedían los disparos, daba saltos desordenados, de un lado a otro, como un loco, y todo para evitar que su contrario hiciera puntería.

—¡Eche balas, hijo de un tal, que para mí son albóndigas!, gritaba, lanzando carcajadas, que parecían alaridos.

Muchas gentes corrieron.

Por fin sonó el último disparo.

Eso esperaba Alejo, quien, a pesar de sus gritos y saltos, los iba contando.

—¡Hora, talísimo, exclamó, yo podía cortarle la cabeza de un machetazo! Pero no soy cobarde como Ud. ¡Agarre machete *pa* que estemos parejos!

Juan José cogió un machete que le dieron y paró el golpe que le dirigió el Guapo.

—¡Defiéndase bien, charrito, porque ahora me las va a pagar todas juntas!

El choque de los machetes arrancaba fúlgidas chispas.

—¡Avisenle al amo, exclamó Juan José. Y díganle lo que está pasando!

—¡Ah, cobarde! ¿Quieres que me apresen? ¡Pos toma!

Juan José recibió un terrible machetazo en la cabeza que lo hizo caer como un plomo.

Durante esta rapidísima escena, que contemplaban mudos los demás rancheros, entre quienes tenía el Guapo muchas simpatías, y Juan José muchos rencores, Aurelia y su padre se habían alejado. Además, las

luminarias de ocote habían sido derribadas adrede, y reinaba en la plaza la mayor obscuridad.

—¡Vete!, dijo al Guapo un amigo. ¡Detrás de la cerca está mi caballo!

Alejo montó y se lanzó veloz por el camino que seguían Aurelia y su padre.

IV.

—¡Ñor José!, profirió al alcanzar al padre de su novia. Bien sabe Ud. que yo soy honrado y trabajador. Mi único *defeito* es que no me sé *rajar* ni me dejo *babosear* de *naiden*. Perdone el momento, pero no hay otro *pa* pedirle la mano de Aurelia. Ella y yo nos queremos mucho, y deseamos ser felices. ¿Me la da Ud.?

—¡Vaya un modo de pedir a una muchacha, a caballo y con machete!

—Sí; pero para Ud. no tengo caballo ni machete. Ud. es el padre de mi novia, y lo respeto. ¿Me la da, Ñor José?

—¿Acaso eres tú el cura para pedirla?

—El cura vendrá mañana con Ud. Lo que yo quiero saber esta noche, antes de que me agarren, es si Ud. me la da o no, porque de aquí depende mi destino.

—Pero, antes que todo, no me has dicho en qué quedó el pleito. ¿Lo mataste?

—Yo creo que no, porque al darle, *cantié* tantito el machete. Pensé que si ahora lo

mato, no me caso con Aurelia. Eso será después, si me busca ruido. Esta noche quise demostrarle que soy más hombre que él y que me merezco a Aurelia mejor que el más planchado. Y quiero que viva para que vea que me casé con Aurelia.

—De todos modos, necesitas esconderte.

—¡Sí, qué caray! Pero sólo después que le hable al señor cura!

—Hija: ¿de veras quieres a Alejo?

—¡Mucho!

—¡Bueno, Alejo! ¡Pos es tuya!

—¡Gracias a Dios y a Ud.!, exclamó jubiloso el Guapo.

—¡Ahora, vete, Alejo de mi alma! ¡No sea que te agarren!, exclamó ella.

—¡Para eso, primero les ha de sudar un diente! ¡Ujujuy!

Dijo y espoleó su caballo. Brincó unas trancas y desapareció rápidamente al través de un corral.

¡Iba radiante de dicha a buscar al señor cura!

6. La Laguna de Alcu zahue

I

Cuéntase que en remotos tiempos, o al menos en épocas que no han sido registradas por la cronología, existía una ciudad importante, allá en la costa, reclinada indolentemente en un valle ameno, al pie de cerros siempre cubiertos de bosques, en medio de praderas floridas, bajo un cielo despejado y siempre azul, y en el seno de una atmósfera perennemente tibia, pero sin los extremos y rigores de un calor excesivamente tropical. El mar distaba pocas leguas de allí; y de noche, en esas noches serenas en que el aire corre blandamente entre el follaje, se solía escuchar, claro y sonoro, el lejano trueno de San Telmo. ¿Qué era aquel trueno? Las viejas decían que era el hervor del *cazo mocho* en el infierno cuando los diablos le atizaban la lumbre; pero las gentes mejor informadas decían que en los acantilados de la costa había una honda cueva y que las olas del mar, cuando soplabla la borrasca, caían enormes y pesadas sobre la boca, produciendo un profundo estampido como el de cien baterías de cañones tronando juntas.

¿Cómo se llamaba aquella ciudad? Nadie

lo sabe. ¿Era ciudad india o ciudad española? Nadie lo ha sabido tampoco. Si su nombre terminaba en *tlan* o en *cingo* o era de santo, son cosas que han quedado en el misterio de la leyenda. Sólo se sabe que era una ciudad agrícola y comercial, y que a ella acudían los arrieros hasta de regiones remotas para llevar y traer valiosas mercancías.

Entre los jóvenes alegres y parranderos de aquella ciudad había uno que se distinguía por su audacia y desvergüenza; y como era rico, todas sus fechorías, que en general eran irreparables injurias al honor de las mujeres, quedaban impunes, que en todos tiempos y en todos lugares, los jueces no conocen más justicia que la del dinero.

¿Cómo se llamaba aquel dechado de lujuria?

La leyenda es tan impenetrable que ni esto ha logrado saberse. Pero el tal aparece en el cuento como la personificación del vicio.

Hastiado ya de aventuras dentro de los muros de la propia ciudad, extendió su acción hacia los distritos rurales; y en sus correrías por el campo, logró conocer a la hija de un noble y rico ranchero, bella como un sueño de ángel. Era una flor campesina llena de fragancia. En ella sus padres habían cultivado la dulce miel de la virtud. Para ellos, la bella niña era toda su fe y toda su esperanza.

El joven libertino la asedió sin descanso.

Rondaba la hacienda de día y de noche, como alma en pena. Mas no lograba hablar con la campesina flor. Entonces se valió de una astuta vieja para hacerle llegar sus palabras amorosas; y tan eficaces fueron los servicios de la bruja (pues bruja debería ser tan diabólica criatura), que al cabo de breves días, la niña sintió en su corazón el veneno del amor, perdiendo el tino del bien pensar, que es tanto como perder los ojos y quedarse ciego.

En consecuencia, consintió en escaparse con el fogoso galán. ¡Iría con él hasta el fin del mundo!

Escogieron para la fuga, la noche más sombría: una noche sin estrellas. El libertino enamorado (en esta vez de veras enamorado) se dirigió al corral de la hacienda montado en un poderoso corcel. La niña estaba allí, subió a la cerca y se arrojó ansiosa y suspirando en los brazos de su amante. El caballo arrancó al paso por el pedregoso camino y bien pronto ni los ladridos de los perros del rancho llegaron a sus oídos.

Pero la fuga de los enamorados no había pasado inadvertida. Un muchacho ladrón que había saltado al gallinero para robarse los huevos, vió toda la escena. Temeroso de avisar al amo, porque equivaldría a denunciar su sucia conducta, se quedó largo tiempo perplejo. Por fin, venció en él el buen deseo, y *tope en lo que topare*, fue a despertar al amo.

—Señor, señor!—le dijo. Su hija se ha escapado con ese joven mal encachado que todos los días viene de la ciudad!

Todo en la hacienda fué alboroto desde ese instante. Por todas partes ruido de frenos y de espuelas. Hachones de ocote ardiendo. Y el chirrido ronco de los goznes de la gran puerta que se abrió con estrépito.

Un galope de varios caballos llegó hasta el oído de los fugitivos. Algunos gritos airados rasgaron el aire nocturno. Hasta un tiro agujereó el espacio.

—¡Nos persiguen!—exclamaron los jóvenes.

El brioso caballo, al sentir en sus flancos el golpe nervioso de las espuelas, emprendió veloz carrera. Saltaba peñascos y matas como empujado por el viento del mal; copioso sudor mojaba su espesa crin; su aliento se escapaba rápido y humeante de su nariz como si brotase de las válvulas de una máquina loca.

El cielo estaba negro, las montañas sombrías y sólo a intervalos sin medida se oían los graznidos de las lechuzas, como imponiendo silencio a los manes de la noche. Por fin, las luces de la ciudad comenzaron a distinguirse en la lejanía como trémulas estrellas. ¡Eran un faro de esperanza para los fugitivos!

Pero la distancia entre perseguidos y perseguidores se acortaba cada vez más, y ya se distinguían con claridad las secas pisadas

de los caballos al herir los guijarros del camino.

En el colmo de la desesperación, el raptor lanzaba terribles juramentos; y sintiendo que su caballo desfallecía, se acordó del Genio del Valle, espíritu maléfico que habitaba en aquellas montañas, potentado del mal siempre dispuesto a comprar almas y a derramar mercedes.

El joven lo invocó ardorosamente. El Genio del Valle oyó la voz y apareció en seguida en el espacio envuelto en una luz de pálida y siniestra fosforescencia.

—¿Qué me quieres?—gritó con ronco acento.

—Me persiguen! Te doy mi alma! Ayúdame!

El espíritu se detuvo en la cima de una montaña, inmenso, silencioso, extendiendo los brazos y tocando con la cabeza la bóveda del firmamento. Y luego desapareció dejando tras de sí jirones de luz fosforescente.

Un ruido sordo se dejó oír inmediatamente por lo alto del valle. Era un horrisono zumbido que fue creciendo con rapidez. Parecía que se agitaban los montes. Deslumbradores relámpagos brillaron y algunos bruscos truenos hicieron retemblar aquella atmósfera llena de ruidos.

Se desataron los vientos y se abrieron los senos de la lluvia.

Una violenta tempestad se desencadenó con furia.

De los flancos de las montañas se precipitó un torrente en vertiginosos remolinos arrastrando rocas enteras y llevándose todo lo que encontraba al paso. El ángel maldito agitaba todos los elementos.

Todo aquel mar revuelto fue a ponerse entre fugitivos y perseguidores como una barrera infranqueable.

El crimen había vencido.

—¡Maldita seas, hija ingrata!—gritó el padre en un raptó de santa cólera.

Entonces se oyó una carcajada espantosa; y el silbido de unas alas metálicas que cortaban el viento con hórrida velocidad, cruzó el espacio trágicamente.

Era el Genio del Valle que se alejaba, satisfecho de su obra.

II.

El padre de la fugitiva y sus compañeros habían visto en la cima del monte al inmenso fantasma. El terror penetró en sus venas.

—¡Es el Genio del Valle! —exclamaron temblando.

—¡El Espiritu del Mal!

—¡El protector de los malvados!

—¡El que ayuda a los que le venden su alma!

La tormenta estalló, como quedó dicho. La explosión de rayos era continua. Inmensas cataratas se desprendieron de los montes arrastrando árboles y rocas. En un ins-

tante los perseguidores se vieron rodeados de remolinos de agua enfurecida.

—¡Dios Santo! ¡Ayúdanos!

—¡Dios Misericordioso! ¡Ampáranos!

Y entonces, a la luz de un relámpago, divisaron la boca de una cueva. Era un abrigo que sin duda Dios les deparaba en aquel trance. Otro relámpago, y franquearon aquella boca para entrar en una espaciosa caverna de piso enarenado.

Afuera continuaba la tempestad con sus mil ruidos. El agua corría por los cerros como una loca. Se oía el rodar de los peñascos y el resquebrajamiento de los árboles. La batahola era indescriptible.

Por fin todo cesó. Ya sólo se oía el gotear apacible de las hojas de los árboles. De todo aquel correr de agua, ya sólo quedaban arroyuelos murmuradores entretenidos en placida charla.

El alba se anunció con plateada luz.

El día amanecía radiante.

El hacendado y sus compañeros, con el alma oprimida, a pesar del bello albor de la mañana, salieron de la cueva con el intento deliberado de dirigirse a la ciudad.

¿Qué cueva era aquella en que se habían abrigado? No recordaban haberla visto jamás. Volvieron la cara para contemplarla; mas ¡oh sorpresa! ¡Había desaparecido!

—¡Milagro!—dijeron.

Pero aun les faltaba la sorpresa más grande.

Al doblar un recodo del camino y extender sus miradas hacia la hondonada en que se reclinaba la ciudad, un grito de admiración y de estupor se escapó de sus gargantas...

¡La ciudad no estaba allí!

III.

La voz de la leyenda cuenta que al concluir aquella noche trágica desapareció la ciudad. En su lugar amaneció una fresca laguna cubriendo la extensión del valle.

De la sepultada ciudad, ni un solo vestigio sobrevivió. Ni un muro derruido, ni un techo destrozado, ni un madero flotante. Ni las torres de la iglesia con su elevada cruz asomaban sobre la superficie líquida. La laguna parecía datar de muchos años atrás. Grandes árboles en la orilla. Extensos y sonoros tulares. Bellas islas cubiertas de cañas y flores. Nidos en las ramas. Bandadas de pájaros en el aire. Palmípedas y zancudas en las márgenes. Insectos susurrantes entre las hojas.

¡Así nació, alegre y azul, la gentil laguna de Alcu zahue!

Sin embargo, debajo de aquella belleza, nadie podía apartar el pavor de su leyenda. Bella laguna, pero con la belleza de Lucifer! Laguna luminosa, pero con el fulgor del infierno! Debajo de sus cristales, alentaba el diablo!

Cuentan las gentes sencillas que en torno de la laguna se escuchan ruidos extraños; y a veces el toque de una campana que llora tristemente al morir la tarde.

Dicen que cuando la noche envuelve el vaso lacustre con su manto de tinieblas, se oyen rumores vagos en la orilla, quejumbrosos ayes que causan espanto.

Dicen que cuando el viento del medio día agita las ramas de los árboles, gimen las hojas y los reptiles se desvanecen.

Dicen que a la media noche se ven formas blancas en los tulares y luces en las pequeñas islas.

Aseguran que cuando esos pálidos fantasmas se pasean por la orilla, se oyen ruidos de cadenas y blasfemias horribles.

Cuentan que otras veces se escucha en los contornos el llanto dolorido de niños martirizados.

Refieren que allí van los renegados a entregar su alma al Genio del Valle en cambio de riquezas; pero que dejan sus espíritus encadenados. Son sus cadenas las que producen ruidos siniestros entre el bosque. El Genio deja a sus esclavos gozar de los placeres del mundo, pero los marca con algún defecto físico o enfermedad incurable y asquerosa; y cuando mueren, van a morar en el fondo del lago, en la antigua ciudad que alienta todavía debajo de las aguas.

Por eso es que de noche nadie se atreve a cruzar aquellos parajes, temiendo encontrar-

se con las brujas que han hecho de aquel sitio el centro de sus conciliábulos, o con las legiones de desesperados que en un momento de insensatez entregaron el alma al diablo, o quizás con éste mismo, eterno tentador con ofertas de riquezas y poderío.

Atraído por el misterio de esa laguna pintoresca, cuando yo he pasado por sus márgenes sombrías, he sentido erizarse mis cabellos en contra de mi voluntad. ¡Hay algo innato de superstición en la naturaleza humana! Y poniendo espuelas a mi caballo, me he alejado al galope de aquellos lugares pavorosos...

7. La Ciudad Encantada

I.

No hace mucho tiempo que el sol se ha levantado ahuyentando con su naciente calor las medrosas nieblas que cabalgaban encima de las montañas o yacían soñolientas en el fondo de los vallecillos.

Por todas partes la alegría y la vida han sucedido a la triste tranquilidad de la noche. Las gotas de rocío, después de haber descansado muellemente en los cálices de las flores, ya empiezan a transformar su líquida naturaleza en almas vaporosas para flotar nuevamente en el seno de la atmósfera.

Desde las suaves colinas de florida falda, podría tenerse la preciosa contemplación de un paisaje costeño, de colores húmedos todavía por las lágrimas de la aurora, porque no ha mucho tiempo que la naturaleza los ha puesto allí, tomándolos de su paleta inmortal, y el calor del nuevo día aun no ha podido secarlos.

Encerrado entre montes boscosos y elevados, se extiende un pequeño valle, selvoso y fértil. En su mitad, las fuentes y las frecuentes lluvias han dado nacimiento a una laguna de aguas permanentes, de aguas límpidas,

tan cristalinas como las de un arroyo. El azul del cielo se refleja allí con sus estrellas. En su seno viven multitud de peces de extraña hermosura, y en sus márgenes, defendidas por espesos tulares, se divierten las garzas blancas y morenas buscando su alimento.

Este pequeño lago es la fantástica laguna de Alcuzahue.

Ya empiezan a brillar sus cristales al ser heridos por el sol, retratando las copas de los árboles. En sus ondas se ven duplicadas por la imagen algunas pequeñas islas, dispersas en su superficie como aves acuáticas de rizado plumaje: parecen esmeraldas engastadas en un espejo de lapislázuli o las cabañas arboladas, las encantadas chozas en que habita por la noche el Genio de la Laguna. Por todas partes el verde se mira bajo todos sus matices y el viento murmurador lleva en sus alas el perfume de mil flores.

II.

El cielo está puro y transparente; la tibia luz del sol ha dado nueva vida a la mañana; diáfana la atmósfera, se inunda de armonías con el gorjeo de las aves, el susurro de las hojas y los dulces sollozos de los carrizales.

Hace un momento el ancho camino que pasa al pie de la colina, estaba desierto, ni una sola alma lo transitaba; ahora no, un arriero lo llena con sus cantos.

Es el tiempo de la cosecha, época en que los inmensos algodones que pueblan nuestras costas, rinden cariñosamente su cándido vellón. Por eso el arriero se ha dado prisa y dirige sus mulas a las haciendas algodoneras.

Es un joven como de veinticinco años; poca barba; de color moreno; ojos de árabe. Lleva fino sombrero de palma con gruesa toquilla de plata, chaqueta de cuero amameyado, ancho calzón de manta, manchadas chaparreras de piel de tigre y gruesas botas de vaqueta amarilla. Monta un caballo roano de dorada crin. En su silla plateada se ven estas letras iniciales: P. R.

Así, pues, le llamaremos Pablo Rodríguez, porque va tan entretenido arreando sus mulas, que sería un crimen preguntarle por su nombre.

Va muy alegre, silbando de cuando en cuando algún sonecito costeño o bien gozándose en murmurar los versos chispeantes de la Malagueña o del Pasajero; y otras veces, que es lo más frecuente, levanta su tapojo, hinca la espuela al caballo y grita a las mulas palabras estimulantes, en las que campean vocablos non santos, de esos que aprendió a decir cuando era caponero.

Casi no cambia de esta rutina. Una que otra vez mezcla a sus cantos algún grito delgado, muy semejante a ese chillido con que hace preceder el huaco su triste carcajada y que es un alarido prolongado y salvaje que

las montañas repiten, hasta que se pierden sus trémulos ecos en lontananza. Tales voces, cantos, gritos y alaridos son para demostrar ánimo en el caminante. ¿Quién no ha oído decir que algunos viandantes cantan de miedo?

Una media hora ha caminado de esta manera y parece no variar de método. Pero, mirad! Ha parado su caballo y se ha puesto en actitud de escuchar.

Muy claramente el sonido de una campana ha venido en alas del viento.

—¡Habrás visto cosa! —murmuró preocupado. ¡Habrás visto cosa más extraña! O yo estoy loco o me he extraviado con estas malditas mulas!

Volviendo a seguir su camino, tendió sus miradas en diferentes direcciones. Eran miradas interrogadoras. Preguntaba a las cosas si eran las mismas que había visto otras veces; aquella roca, aquel árbol, aquel cerro, este arroyo, aquella cruz sobre un montón de piedras que señala el lugar de un asesinato. Sí, todo es lo mismo. Y vuelve a cantar:

Quisiera ser poderoso
Para tenerte en el *aigre*,
Que ya que yo no te gozo,
Que no te gozare *naiden!*

Y siguió silbando el sonecito por algún tiempo.

Pero nuevamente se dejó oír la campana.

—Esta sí que no es ilusión, pensó el arriero.

Y parándose en los estribos, sondeó el horizonte. ¡Nada!

Y sus miradas volvieron a interrogar. Pero ahora todo le fue extraño: rocas, árboles, cerros, monumentos. Estaba hundido en sus perplejidades, cuando por tercera vez llegó a sus oídos el son de la campana. Subióse a una eminencia del camino, y desde allí descubrió con extrañeza una espaciosa población de entre cuyas casas sobresalían dos torres blancas con sus cruces de hierro en sus cúspides.

¿Qué población será esa?

Un repique de campana se dejó oír, alegre y clamoroso.

—Ahora me estoy acordando, se dijo, que es domingo, día de oír misa. Iremos a la iglesia. Sería un pecado oír la llamada y no acudir al templo como buen cristiano. Luego sabremos qué población es ésta.

No tardó en hallarse dentro de la ciudad. Le parecía todo aquello tan nuevo, tan raro, tan extraño, que sintió un vago terror al verse en aquella calle de edificios nunca soñados. La arquitectura era desusada, como muy antigua. Casas anchas y bajas, de enormes zaguanes cubiertos de rejas o claveteados de gruesos chapetones de hierro. El pavimento de la calle era de extensas losas, muy gastadas por el paso de las carretas, cuyas huellas estaban marcadas con hondos

surcos. La indumentaria de los habitantes estaba enteramente fuera de moda; y él mismo se veía entre toda aquella gente como un ente ridículo. Pero nadie se fijaba en él. Así llegó hasta la plaza y hasta la iglesia, arreando sus mulas. No sabía qué hacer. Tenía miedo de preguntar.

En la plaza había muchos puestos de comercio. Los vendedores atronaban el espacio con sus gritos. Una multitud endomingada hormigueaba en el mercado. En eso, observó un gran movimiento por un costado de la plaza. Era un cortejo fúnebre. La gente se apartaba como si el cadáver fuese de alguno que hubiera sido atacado por la peste. Hasta los chiquillos corrían como huyendo.

Pudo en él más la curiosidad que el miedo.

—¿A quién llevan a enterrar?—preguntó a otro jinete que estaba a su lado.

—A la hija maldita que huyó con su amante del hogar paterno. Cuando vinieron, nos trajeron la maldición, y desde entonces estamos condenados a no salir jamás de este lugar.

—No comprendo a Ud. Allí llevan a la hija maldita.... ¿Quién la maldijo?

—Su padre. Huía ella con su amante. Ya iban a ser alcanzados, cuando el raptor se acordó del Genio del Valle, y le vendió su alma a cambio de su protección. Se descargó una tormenta; llovió a torrentes; un mar se

interpuso entre el padre y la hija. Entonces aquél maldijo a la desdichada.

—¿Y ella ha muerto, dice usted?

—De puro dolor.

—¿Y el joven?

—Ahí va detrás. Como vendió su alma, el Genio del Valle le ha marcado con una asquerosa llaga en la nariz. Esa llaga fue siempre repugnante a la joven, haciendo que la ilusión del amor se le desvaneciese en un día.

—Pero decía Ud. que nadie puede salir de aquí?

—Los primitivos habitantes de aquí no podemos. De los forasteros, sólo los que vienen entre semana están en grave peligro de quedarse, porque entonces el diablo anda suelto y les ofrece tentaciones sin cuento, una vida continua de placeres...

—¡A cambio del alma!

—¡Justamente! A cambio de lo más noble y bello de la naturaleza humana. Pero los que vienen en domingo no sufren sus asechanzas, al menos si salen antes de las doce del día.

—De manera que yo....

—Ya lo ha oído. Faltan quince minutos para las doce!

El arriero ya no quiso oír más. Un rayo de luz le iluminó la flaca memoria; recordó vagamente algo que había oído con relación a la conversación que acababa de mantener. Pero no podía precisarlo. Lleno de temor,

juntó sus mulas, las excitó con las palabras menos santas que encontró en su vocabulario de caponero y salió con ellas al trote por la calle de corte antiguo que había recorrido anteriormente.

Le palpitaba el corazón con violencia. ¿Era miedo o ansiedad? Las dos cosas seguramente. Le parecía que las cabalgaduras tenían pegados los pies en el pavimento y que no avanzaban ni un ápice. Y sintió que el corazón se le hacía pedazos cuando oyó que el reloj de la iglesia comenzaba a sonar los cuartos de las doce. Un grito desesperado a sus mulas y un golpe de espuelas a su caballo lo pusieron fuera de la ciudad. ¡Apenas el reloj había dado diez campanadas! Las otras dos sonaron cuando el arriero estaba afuera.

¡Y allá va trotando por el quebrado camino como si el diablo lo persiguiera!

Al llegar a la parte más alta del sendero, tornó la vista hacia atrás para asegurarse de su libertad.

¿En dónde está la ciudad con sus torrecitas blancas?

La mujer de Lot se volvió estatua de sal cuando vió a su ciudad envuelta en llamas. Pablo Rodríguez no recibió prohibición de tornar la cara, y miradlo! ¡Se ha quedado como petrificado, su color ha palidecido y sus dientes castañetean!

¿Por qué corren las mulas asustadas?

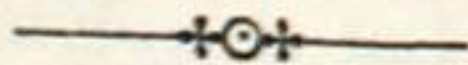
¿Por qué el fogoso caballo se ha encabritado lleno de inquietud?

Detrás de ellos se extiende callada, sombría, aterradora, recostada al pie de las montañas y ceñido por su cordón de extensos tulares, la fantástica, la pintoresca laguna de Alcu zahue. El viento apenas riza su superficie; los carrizales producen ruidos extraños, y la brisa ligera del estío hace temblar las cañas secas y los juncos silbadores.

Las aguas de la orilla están agitadas y temblorosas todavía, como si ellas hubiesen sido la puerta por donde el arriero y sus mulas hubieran salido. Temblaban murmurando no sé qué palabras de misterio.

—¡Dios mío!— exclamó con débil voz el arriero. ¡He estado en la ciudad encantada!

Sintió que el mundo giraba a su derredor, y cayó al suelo sin conocimiento. Su caballo, abriendo al aire la nariz y extendiendo la cola, se lanzó desbocado entre los árboles de la selva como una fantástica visión.



8. Perdido en la Montaña

I.

Siendo director de la escuela de niños de Manzanillo, recibí órdenes para pasar a hacer los exámenes de las escuelas de Armería, Tecomán e Ixtlahuacán.

Para ir de Tecomán a Ixtlahuacán, tenía que tomar por caminos no bien transitados, muchas veces por veredas y en ocasiones por espacios cubiertos de hierba. Había hecho ese camino una vez en compañía de un rancharo, y me creía capaz de repetirlo sin contratiempo.

Ahora, un buen hombre de Tecomán me dió las señas del camino con todo lujo de detalles.

—Si Ud. recuerda bien lo que acabo de decirle, me aseguró el buen hombre, llegará a Ixtlahuacán *a la sin jiérrale*.

Y partí solo, montado en un mal caballo, poco después del medio día.

Un amigo de Manzanillo me había prestado una pistola de cilindro, que ahora llevaba orgullosamente al cinto. Aquella arma me daba valor y confianza. Me sentía completo. Además, en aquel entonces tenía veinte años, estaba enamorado, e iba a ver a mi

novia. Si el Inspector hubiera sabido que la directora de la escuela de niñas de Ixtlahuacán era la dueña de mi corazón, no me hubiera comisionado para hacer el examen de su escuela. Pero no lo sabía, y graciosamente me proporcionó la oportunidad de ir a verla. Era un grato anticipo, pues nuestra dulce esperanza era vernos en Colima en el período de vacaciones.

Llevaba, pues, alegre el corazón. Y tanto más alegre cuanto que ella ignoraba que yo era el comisionado oficial para verificar los exámenes de su escuela.

¡Iba, pues, a darle *palomazo!* Y esta sola idea me regocijaba hasta hacerme llorar de gozo. Hasta me imaginaba de mil modos la sorpresa que iba ella a llevar al verme de improviso, vestido de charro, tocando en la puerta de golpe de su corral y gritando: —¡Ave María!

A buen paso recorrí las calles enarenadas de Tecomán, pueblo de indios nahuas, como todos los del Estado. Ixtlahuacán, hacia donde me dirigía, era, asimismo, pueblo de indios, de costumbres casi primitivas.

Un grupo de muchachas indias entraba en el pueblo llevando, unas, chiquihuites de ciuuelas rojas, y otras, pequeños haces de leña en la cabeza.

—¡Adiós, señor! —me dijeron con su atiplada voz. (Alguna de ellas, sin duda, me había conocido en los exámenes de las escuelas).

—¡Adiós! —les respondí alegremente.

Y héteme ya en el camino que me había de llevar a la casa de mi novia! Mi pecho se ensanchó; y alzando mi voz juvenil en la soledad del camino, canté los versos de un *son* que había oído en el pueblo, entre cuyas estrofas estaba la siguiente:

¡Qué bonitas las inditas
Del pueblo de Tecomán!
¡Si parecen lechuguitas
Acabadas de cortar!

II.

El sol estaba próximo a ocultarse cuando llegué a la famosa laguna de Alcu zahue.

En todo el camino no había encontrado alma viviente. Un monólogo casi no interrumpido había sido toda mi conversación. Hablaba conmigo mismo. ¿De qué? De mi novia. ¿De qué se puede hablar a los veinte años teniendo novia? Caminaba largos trechos hablando en voz alta. ¿Quién me había de oír? Las urracas eran las únicas parlanchinas que de tiempo en tiempo me salían al paso. De pecho blanquecino, negro collar, dorso azulado y larga cola blanca y azul, desarrollaban su gracioso copete y su cola en forma de abanico, y volaban delante de mí charlando unas con otras, como niñas traviesas. Una que otra ardilla negra sal-

taba de rama en rama arqueando su esponjada cola. Alguna vez, una manada de tejonos huía medrosamente quebrando bajo los árboles la abundante hojarasca.

De las ideas alegres pasaba casi sin transición a las ideas tristes. La ausencia a que mi novia y yo estábamos sujetos, me tenía el alma un tanto ensombrecida. Mi memoria retrospectiva me traía pasadas imágenes de escenas dolorosas, e involuntariamente al paso tardo de mi caballo, me ponía a cantar una canción melancólica, muy en uso en aquel tiempo:

Lejos de ella, cuán cansada
Y cuán triste es la existencia!
Y las horas de su ausencia
Cuánto tardan, cuánto tardan,
En pasar!

Dile, oh luna, que la adoro,
Que le mando mis cantares;
Que mis penas y pesares,
Nunca, nunca; nunca ella
Los sabrá!

Los ecos de mi voz se perdían en el profundo bosque, y me quedaba por algún tiempo, silencioso, sintiendo el dolor de la ausencia en el alma, hasta que algún ruido me hacía recobrar la conciencia de mi soledad. Bandadas de gárrulos pericos se levantaban de algún árbol para posarse en otro más lejano y continuar allá su boruca; parvadas de pardas codornices corrían delante de mí por

el mismo camino, irguiendo la encopetada cabeza; y algunas veces el cuerpo negro y brillante de alguna serpiente gigantesca se dejaba deslizar por el tronco de un árbol para huir rápidamente entre la hierba.

Despierto de mi pena, me ponía a recitar versos, propios y ajenos. ¿Quién no es poeta a los veinte años?

Pero al verme, como dije más arriba, en las márgenes de la laguna de Alcu zahue, a eso de las proximidades del crepúsculo vespertino, mis pensamientos comenzaron a sentir la influencia del lugar y de la hora.

Caminaba exactamente a la orilla del lugar fantástico. A mi derecha se extendían sus aguas, ahora sin brillo, verdes y oscuras, interrumpidas por manchas de espesos tulares aquí o de silbantes carrizales acullá. Algunos árboles copudos crecían en sus márgenes.

A mi izquierda, la selva impenetrable. En largos trechos, caminaba debajo de una continua bóveda de verdura.

Todo comenzaba a ponerse sombrío.

El graznido monótono de las asustadizas cocochas, que surgían de entre los tulares para internarse entre las espadañas, me hacía volver la cara hacia la laguna, hacia la cual no quería dirigir mis ojos por un miedo instintivo que yo mismo me reprochaba, pero que no podía vencer.

Durante la tarde, jamás pensé en el peligro de aquellas soledades. Ahora, cierto mie-

decillo a las cosas reales me invadía el alma. Me acordé que los tigres solían vagar por allí. Un encuentro con el *cotón pinto*, como dicen los rancheros, no me habría sido agradable. Sin embargo, llevaba pistola. La palpé con cierta satisfacción, y me sentí valiente. Hasta ese momento, no había pensado en tirarle a ningún habitante de la selva. ¿Para qué? Mi pistola iba bien guardada en su funda, e iba bien. Rendía culto a aquella leyenda de las espadas toledanas: "No me saques sin motivo ni me metas sin honor". Pero con la aproximación del crepúsculo y con la presencia de la laguna de Alcuzahue, bajo la impresión de la soledad y bajo la influencia sombría que invadía mi espíritu, me sentí agresivo. Quise hacer alarde de acometividad. ¿Quería demostrarme yo mismo que no sentía miedo? Era seguro. En consecuencia, sentí muy vivo el deseo de hacer fuego sobre el primer bicho que me saliera al paso, y éste fue, ay!, una confiada chachalaca que estaba posada en una rama saliente, a muy pocos pasos delante de mí, sobre el camino. Detuve el caballo, y silenciosamente saqué la pistola; la preparé y apunté al ave. Estaba seguro de matarla. Pero por más esfuerzos que hice, oprimiendo el llamador, no logré el disparo: el gatillo estaba atrancado. La chachalaca huyó entre el ramaje, y yo me quedé con la pistola preparada. Quise dispararla al aire; varias veces apreté el llamador... ¡imposible!

Era una vieja pistola con las muelles descompuestas.

¡Y yo que iba tan campante y contento con mi pistola de cilindro!

Temeroso de que se disparara sola, me desceñí el cinturón, y bien guardada en su funda, la colgué de la cabeza de la silla.

Este incidente hizo que se me cayeran las alas del corazón. Me sentí solo, Mi compañera era la pistola; ella me daba valor; era mi guardián, mi égida, mi ángel tutelar. Ahora, ya no servía de nada; antes bien, me asustaba, pensando que con cualquier movimiento del caballo, podía irsele el tiro, porque así son las pistolas malas: disparan cuando quieren.

Las armas no sirven nunca contra los fantasmas; menos contra el diablo. Al contrario, es éste el que carga las armas, y hasta algo más, pues dicen que en cierta ocasión, una vieja se mató con la funda de una pistola. Sin embargo, pocos momentos antes, cuando aun mi pistola no salía de su funda, iba bastante sereno. Pero después del incidente de la maldita chachalaca, el desdén se trocó francamente en miedo.

¡Todo el peso de la leyenda se me vino encima!

III.

El sol se había ocultado. El cielo estaba todavía iluminado en su parte alta, y su pálida luz hacia contraste con lo sombrío del

bosque. Temí la llegada de la noche. Espoleé mi caballo, lo azoté sin piedad; pero el pobre bruto no salía de su tardo paso. No podía decir en aquel momento lo que *el soldado de la libertad*, de Fernando Calderón, decía su corcel:

¡Vuela, bruto generoso,
Que ha llegado
El momento venturoso
De mostrar tu noble brio...!

La noche cerró, noche oscura, de tinieblas profundas. Las estrellas del cielo brillaban como inquietas lentejuelas; pero no alcanzaban a alumbrar ni ligeramente el interior del bosque. Brillaban más los *alumbradores* (luciérnagas) y las *saltamatas* (cocuyos). Los primeros trazaban rayas intermitentes en el negro de la noche; las segundas, con sus dos linternitas permanentes, dibujaban líneas continuas en el aire. Y eran tan numerosos esos insectos fosforescentes, especialmente los alumbradores, que sus rayas luminosas se entretrejan de mil maneras, figurando mallas, telas de araña, historiadas rúbricas, subiendo y bajando, apareciendo y desapareciendo, en líneas discontinuas, en constante agitación, como chispas fúnebres. Tal cosa sucedía, tanto en el interior del bosque, como en la superficie de la laguna, arriba, abajo, en torno mío.

¡La atmósfera parecía saturada de fuegos fatuos!

Y sin embargo, aquellos garabatos luminosos no hacían mas que agravar la negrura de la noche.

Por fin, llegué al término de la laguna, y la dejé a mi espalda. Experimenté cierto alivio, como si en realidad hubiera escapado de un peligro serio. Ni ruido de cadenas, ni ayes lastimeros, ni horribles blasfemias, ni blancos fantasmas. Nada había percibido. Pero danzaban en mi cerebro.

Espoleé y azoté a mi caballo; pero el pobre parecía insensible a mis estímulos. Lo dejé andar a su agrado. Y acabé por pensar que el bruto era en realidad mi único compañero. La pistola había muerto; pero él estaba allí, y me llevaba en su espalda resignadamente. ¡Pobre animal! Le hice caricias y le hablé cariñosamente. El advirtió el cambio. ¡Caricias en lugar de azotes! El resultado fue que se puso a caminar con cierto contento. Estaba tan oscura la noche, que yo no veía el suelo. Y confié en el buen instinto de mi caballo. El y yo éramos dos, y desde que hice esta reflexión, comencé a pensar y a hablar en plural!

Al cabo de algún tiempo, me di cuenta de que el camino ascendía, lo cual me causó inquietud, pues era contrario a mis recuerdos e instrucciones. Y el camino no sólo ascendía, sino que se iba haciendo cada vez más estrecho. Y luego tuve la conciencia de que habíamos ascendido de un modo considerable, pues en una vuelta del camino, ad-

vertí, allá abajo, la laguna de Alcuzahue, escarabajada por las mil rayas de las luciérnagas.

No cabía duda; nos habíamos perdido. Bajar del cerro era inútil. ¿Para qué? ¿Cómo encontrar el buen camino en medio de aquellas tinieblas? De hecho seguíamos un sendero, un sendero escabroso, haciendo zigzag en la montaña. A alguna parte tenía que ir. Allá iríamos.

¡Adelante!

Por fortuna el caballo daba muestras de gran fortaleza. Pacientemente subía, como agarrándose con sus pezuñas en la pedregosa cuesta. Algunas veces el camino se hacía tan estrecho, que mis rodillas tocaban las rocas y los estribos se me atoraban en el angosto pasillo, o bien las ramas me azotaban sin delicadeza o las espinas me herían.

En uno de tantos golpes, perdí un estribo.

Y de repente, la pistola se disparó.

El caballo y yo nos quedamos helados de terror. ¿Estaba él herido? ¿Estaba yo herido? Porque vivos sí estábamos; de eso no había la menor duda. El, inquieto, nervioso, agitado. Yo, con los pelos de punta.

Pasó aquel momento trágico, y seguimos subiendo, subiendo, por aquel camino de águilas. Cuando veía dos saltamatas a distancia horizontal de pocos centímetros, posadas en algún punto de la profunda obscuridad, se me figuraban los fosforescentes ojos de un tigre en acecho; y el corazón me

latía fuertemente. ¿Con qué defenderme de la fiera?

IV.

Por fin, me ví en la cresta de un cerro. Que habíamos llegado a la cima, era claro, porque al otro lado divisé luces en el plan. Un viento fresco acarició mi frente torturada. El caballo resopló de contento. Después de mi salida de Tecomán, no había encontrado un sér humano. Ahora los adivinaba allá abajo. Tal vez era un pueblo, pues las luces se agrupaban en una corta extensión.

Y oí ladrar unos perros.

Comencé a bajar. El caballo se sentía reanimado. Yo mismo me sentía con nuevo aliento. A medida que bajábamos, el pueblo crecía a mis ojos y se oían más claros los ladridos de los perros.

El canto de un gallo impresionó muy agradablemente mis oídos.

¿Qué lugar sería aquél? ¿Qué ranchería? ¿Qué congregación? ¿Qué hacienda? ¿Qué pueblo?

Lo que fuese! Allí encontraríamos albergue, y algo con qué calmar nuestra hambre y nuestra sed. Y descansaríamos. En aquel tiempo, aun no era dueño de reloj, y no sabía, por tanto, qué horas serían, aun cuando pienso que, aun llevándolo, no habría podido consultarlo en aquellas terribles tinie-

blas. Nunca he fumado, ni entonces ni hoy, y no he acostumbrado a traer fósforos. Pero me imaginaba que no estaba lejana la media noche.

Por fin, llegamos al plan y entramos de lleno en un ancho camino. El poblado estaba delante de mí, a cien o doscientos metros.

Avancé palpitante de alegría y de curiosidad.

Una sombra se dibujó en el camino. ¡Era un hombre!

¡Al fin un sér humano!

Al encontrarlo, casi grité:

—¡Amigo! ¿Cómo se llama este pueblo?

—¡Ixtlahuacán, señor!

Ni las gracias pude darle.

De la sorpresa, estuve a punto de caerme del caballo. Yo me creía a cien leguas de ese pueblo.

Dí gracias a Dios, y exclamé:

—¡Ixtlahuacán! ¡Ixtlahuacán! Tú eres la tierra prometida!

9. La Ciudad de las Palmas

I.

Colima es designada comúnmente con el poético nombre de la Ciudad de las Palmas, debido a las muchas que crecen en sus huertas.

No es una ciudad india, sino española. No la fundaron los conquistadores sobre las ruinas de la antigua capital del reino de Colimán, sino en el sitio que hoy ocupa, en un punto abundante en ríos, y en una derivación de los volcanes del mismo nombre, y a un poco menos de quinientos metros de altura sobre el nivel del mar.

Por el centro de la ciudad pasa el río de Colima, entre huertas y fábricas y bajo numerosos puentes, de los cuales, el Viejo y el Zaragoza son los más importantes y notables.

El río divide la ciudad en dos barrios, siendo el oriental más alto que el occidental. Por el centro del barrio oriental pasa un río abovedado, que se llama Río Chiquito, que hace veces, aunque sólo parcialmente, de gran colector de los desechos; pero que ya ha reventado, en épocas de abundantes aguas, abriendo enormes barrancas detrás de la Catedral y del Palacio del Gobierno.

Por la extrema orilla oriental, corre el río del Manrique, sobre el cual se han echado tres buenos puentes. El barrio aquel llámase también "El Manrique", y es el más típico de la ciudad, en vista de que sus habitantes conservan aún sus rasgos coloniales.

Por la orilla occidental, corre el río de Pe-reyra, después de pasar por Villa de Alvarez, Villa que en mi niñez no se llamaba de ese modo, sino Los Martínez. Hoy la villa toma su nombre del primer gobernador que tuvo el Estado.

La ciudad es muy limpia, con sus casas pintadas a la cal de diversos colores, que se cambian cada dos años; y sus calles están esmeradamente empedradas con piedra de río, redonda y azul.

Son sus habitantes proverbialmente lim-pios.

Un Obispo de Colima, Monseñor Silva, juz-gaba que la Ciudad de las Palmas no tenía suficientes cocoteros para recibir tan bello nombre; y una vez aconsejó a sus fieles, que siempre que les fuera factible, sembraran una palma en el corral de sus casas; y enco-miaba la medida diciendo que el aspecto de la ciudad sería, en verdad, verdaderamente encantador.

Tenía mucha razón el ilustre prelado.

De eso hace ya más de treinta años.

Si los fieles hubiesen acatado *fielmente* aquella encomiable iniciativa, ¡cuánto más linda fuera la Ciudad de las Palmas!

II.

Los techos de las casas son, en general, de teja roja, que dan a la ciudad un sello pin-toresco, en medio del verdor de sus árboles y de sus elevadas palmeras.

Un mal entendido gusto estético de sus go-bernadores se ha desencadenado en contra de estas bellezas típicas de una ciudad tro-pical. Piensan que la teja afea las casas en vez de embellecer, y han fomentado, a veces obligado, la construcción de casas de *corniza*, para ocultar la teja, si la hay, o con terrado, si la quitan definitivamente. Esto ha pasado en el primer cuadro de la ciudad.

Las casas de terrado son calurosas, impro-pias de aquel clima, y se hacen insoporta-bles en tiempos de calores.

No saben mis paisanos que en España do-minan los tejados rojos, dando a las villas y ciudades su típico encanto. Allá muchos tem-plos y catedrales muestran sus tejados ro-jos.

Y en donde quiera que se construyen ca-sas de alegre aspecto, en nuestro país, lo primero que se busca, para darles la nota buena y característica de la vieja España, es un techo de teja aquí, o un torreón cua-drado con su techo rojo, allá, como los de los árabes, tal como se ven en Granada, en Sevilla o en Toledo. En la primera de estas ciudades, adjunta a la catedral, está la capi-

lla donde reposan los restos de los reyes católicos, Fernando e Isabel, así como los de Juana la Loca y de Felipe el Hermoso, y de algún infante. Y bien, esas veneradas capillas, de notable riqueza, tienen techos de teja.

¡Y qué dirían mis paisanos si supieran que el palacio de los reyes de Italia, en Roma, denominado el Quirinal, famoso por su riqueza y lujo extraordinario en el interior, tiene sus techos de teja!

Cuando yo recorría en viaje de recreo las viejas regiones de España e Italia, al contemplar por dondequiera, sea en villorrios o en grandes ciudades, la teja roja de sus techos, ¡cómo me latía el corazón acordándome de mi ciudad natal! Al pasear por las calles de Córdoba y al asomarme al interior de sus casas, ¡cómo se me figuraba recorrer las calles colimotas, aquellas calles que tanto recorrí en mi lejana niñez! ¡Y cómo me dolía el corazón al pensar que las casas de la Ciudad de las Palmas iban poco a poco despojándose de su típico encanto!

Si los colimotes (no digo los *colimenses*, porque esto es un neologismo sin mérito, y lo genuino y original es aquéllo, como se dice *chipriotas* a los de Chipre), si mis paisanos, lejos de combatir los tejados, los perfeccionasen, haciéndolos más elevados, con más pendientes y con varios planos, y hasta con diversidad en el tamaño de las tejas, y hechas de mejor barro; en una palabra, si

mejorasen los techos de teja haciéndolos *artísticos*, ¡cuánto ganaría la ciudad llamada Colima y por antonomasia la Ciudad de las Palmas, convirtiéndose en un importante centro de turismo!

Es notable ver en el Estado de California, Estados Unidos, cómo se han popularizado los que allá llaman "Spanish Bungalows", lo cual, simplemente traducido, significa "casas al estilo español". Allá también dominan, de un modo extraordinario, las casas construidas según "el estilo misión", que no es otro que el que emplearon en sus casas los antiguos misioneros españoles. La Universidad de Palo Alto es toda ella un edificio completamente de estilo propio español.

Y aquí en México, tenemos una ciudad que todo el mundo ha llamado colonial, la de Taxco, Gro., que todo el mundo alaba. El Gobierno de aquel Estado ha expedido un decreto ordenando que no se hagan modificaciones en los edificios de la ciudad de Taxco para que conserve estrictamente su porte colonial.

III.

El barrio oriental se divide en barrio alto y barrio bajo. La Caja del Agua está construida en la parte alta, y de ella se desprenden los tubos para abastecer de agua a sólo una parte de la población oriental. Contra-

riando el sistema métrico, aun se llaman en Colima *pajas de agua* las medidas del precioso líquido.

Pero las casas que no reciben pajas de agua para sus fuentes, deben contar forzosamente con su *pozo* para el agua de servicio. Son pozos de diversa profundidad, unos muy hondos, otros medianos y otros superficiales, de dos metros o algo menos de diámetro, bien ademados en parte con piedra brava. Todos llevan arcos de cal y canto, o a lo menos dos gruesos horcones, para sostener el carrillo, por el cual pasa la sogá para subir y bajar el cántaro.

En el barrio occidental, que es bajo, hay también *pajas de agua*, aunque en menor número. Proviene de la fábrica de hilados "La Armonía". Y se han establecido en varios puntos *alcantarillas* socavadas en los muros de las casas. Los pozos son allí excelentes. Es un barrio muy bien dotado de ojos de agua potable. Dos son famosos: *el Posito Santo* y *el Charco de la Higuera*. El primero es privado y el segundo público.

Es posible que en un tiempo haya existido una higuera creciendo al lado del Charco de su nombre. Hoy no hay nada. Ese Charco estaba en una plaza rústica, y a él acudían por agua todos los vecinos del rumbo con sus cántaros de barro. Hoy es un pozo común y corriente, que ha quedado dentro de un jardín público. Su agua es magnífica y transparente, y es casi superficial.

Junto al río de Colima, por la parte oriental, existía un manantial constante de agua buena. Se llamaba *El Amial*, nombre azteca. *Ameyalatl* significa *manantial*. Y yo recuerdo haber ido muchas veces a llenar allí mi cántaro.

El servicio de agua, tal como se ha descrito, es incompleto, deficiente y está aún por hacer. Hay, pues, *aguadores* en Colima. Cargan el agua en burros. En una armazón especial, hecha de tiras de madera, colocan tres cántaros grandes por cada lado, que cierran con tapones de cuero. Y la proporcionan por *entregos* en ciertas casas, aun teniendo pajas de agua, y a otras muchas, que pueden pagarla, tomándola, en tiempos pasados, unas veces del Amial y otras del Pocito Santo o del Charco de la Higuera. Hoy la toman del Pocito Santo únicamente.

IV.

Hay cierta diferencia entre el barrio oriental y el occidental. El oriente es el *centro*, donde están el Palacio de Gobierno, las oficinas públicas, la Catedral, el Correo, las mejores casas de comercio, los almacenes, las plazas públicas, los mercados, los jardines.

En el occidental no hay más plaza que la del Charco de la Higuera, con un jardín, y

hoy hermoseado con el templo gótico de San José.

Los nombres de barrio oriental y occidental no existen. Y cuando se quiere decir barrio occidental, la gente dice: “el otro lado del puente”. Ese barrio se considera inferior con relación al otro. Cuando yo volví a Colima con mi título de Profesor Normalista, de México, el Gobernador me encomendó la fundación de una *escuela modelo*. Después de unos días de reflexión y de búsquedas, expresé al Gobernador que había elegido una casa “al otro lado del puente”. El se sorprendió. “¿Al otro lado del puente?” —exclamó. —“Sí, señor”. —“Pero de este lado del puente hay mejor vecindario”. —“Ya mi compañero fundó aquí la suya. Prefiero el otro lado del puente, precisamente porque lo veo abandonado. La gente es pobre. Y me decido por esta gente”. —“¡Muy bien! Me alegro mucho de ello. ¡Hágalo en seguida!”

V.

El río de Colima, que posee cinco puentes, ha crecido muchas veces, causando inundaciones, principalmente, en el barrio occidental. La más famosa inundación es la del año de 1865, tiempo del Imperio y que ha hecho época. Muchas gentes dicen: “Yo nací cuando la inundación”. “Yo tenía tres años cuando la inundación”. Etcétera.

El agua ha pasado por encima del Puente

Viejo y ha anegado los barrios bajos de la Palma Gacha, las Cabezas (donde yo nací) y el Agua Fría.

De niño, yo llegué a ver el río crecido, llenando todo el ancho cauce, de extremo a extremo, de agua hirviente y revuelta, y pasando por los arcos del Puente Viejo, casi cubiertos completamente. La *creciente* llevaba toda clase de objetos: vigas, barriles, cajas, botijas, ramas, animales, basura; y pasaba arremolinándose por los arcos, saliendo disparada como bravo torrente por el lado opuesto. El puente no temblaba. ¡Qué puentes hacían los antiguos! Y aquel Puente Viejo sigue aún en pie.

Pero ahora ya no hay *crecientes* del río. Todo se ha acabado.

El río de Colima, que alimentaba grandes estanques para mover las fábricas de hilados de San Cayetano, la Armonía y la Atrevida, se ha empobrecido. Hoy no vale nada. De ello tienen la culpa los dueños de las haciendas de arriba, que la cogen para sus siembras, dejando apenas pasar un hilillo de agua, que apenas sube al tobillo en tiempo de secas y a la rodilla en tiempo de aguas. Las márgenes, antes llenas de vegetación y de lindos prados, de rincones hermosos, de baños bajo enramadas de palma o plátano, todo eso ha ido desapareciendo con la disminución de aguas. Y llegará el día en que la gente se bañe con jícara, si no se ejerce alguna acción en contra de los hacenda-

dos de arriba, los cuales no deben privar del agua necesaria a la ciudad dejándola en seco y sin vegetación.

La vecindad de los principales puentes (Puente Viejo y Zaragoza) era uno de los lugares más bellos. Había grandes espacios sembrados de hierba y de grandes saúces. Tal lugar debería haberse aprovechado para hacer allí una gran alameda o un jardín. Pero la voracidad de los ayuntamientos ha permitido que todos esos hermosos sitios se *urbanicen*, borrando de la ciudad un lugar lleno de atractivos. Allí se han levantado casas junto al río, y se ha dejado una angosta calle junto a los viejos edificios, y se ha construído un nuevo puente. ¡Ah! y hasta el viejo Amial ha desaparecido!

VI.

La ciudad tiene, en general, calles angostas. Su planificación viene de los tiempos coloniales. Antes había murallas; y todavía existe una calle que se llama de la Muralla. Hoy ni vestigios quedan de ellas. Si no fuera por la guerra que las autoridades hacen a la ciudad típica, Colima sería una ciudad exclusivamente colonial. Recuerdo que un secretario de gobierno, de aquel Estado, vino una vez a México. Quise pasearlo por la ciudad para enseñarle sus mejores ornamentos. ¿La Alameda? Para él aquello no era

más que “un montón de árboles”. ¿Chapultepec? “Un montón de árboles”. ¿El edificio de Minería? “Piedra pelada”. “Aquí, decía, tienen un gusto singular en dejar los edificios sin aplanar. Me causan mala impresión esos edificios pelados, donde no se ve más que *piedra*, como la Catedral, el Correo, el Edificio de Comunicaciones. El único que me gusta, es el Palacio Nacional, porque ese está *pintado*”.

¡Hasta las *canales*, propias de los edificios coloniales, han sido motivo de guerra sin cuartel, multando fuertemente a las personas que no las quitan!

Los *aleros* de Orizaba y Jalapa, prolongaciones de los techos de teja sobre las aceras, dejan caer el agua del *chipichipi* o de las lluvias, sin quien se moleste por ello. Y ellos dan a aquella ciudad su alegre aspecto peculiar, recibiendo el apelativo de *bellas*.

Los edificios de la Ciudad de Las Palmas son comúnmente de un solo piso. Pero los hay de dos, en el Centro y en la Calle Real. Hay dos plazas, con jardines, separadas por la manzana que forman el Palacio de Gobierno y la Catedral. La que queda en frente de estos edificios, es la Plaza de la Libertad, que es la de Armas, y la que se observa atrás, es el Jardín Independencia, que ocupa lo que por larguísimos años fue la Plaza del Mercado.

El Mercado se trasladó a la antigua Plazuela del Nombre de Jesús, en uno de cuyos

paredones se fusilaba antes; y allí se levantó un magnífico edificio, que algunas veces ha servido de Exposición Regional.

Pero además de aquellos dos jardines, hay aún tres más: el Núñez, el Juárez y el Parque. El primero es el más antiguo y ocupa la extensión de dos manzanas. El segundo se halla en la vieja Plaza de la Concordia, hoy bautizada con su nuevo nombre de Juárez. Y el tercero embellece parte del Llano de Santa Juana, hoy ocupado por la Estación del Ferrocarril y el propio Parque. Fue sembrado originalmente por los alumnos de las escuelas públicas a las órdenes del Prof. Victoriano Guzmán, escogiéndose como árboles de espeso follaje los *cedros* costeños, que dan esa madera olorosa de los muebles finos. Ahora cuenta con pocos cedros. Hoy posee, además, laureles de la India, de verdes y tupidas hojas, siempre eternas, y de algunas palmeras de copa cimbradora. El viejo jardín Núñez estaba sembrado en su totalidad de naranjos, agrios y dulces; hoy quedan pocos; ahora hay laureles de la India y otros árboles de lindo follaje.

En el jardín de la Libertad crecen naranjos agrios y dulces, que dan una impresión placentera, ya sea en la floración llenos de ramos de azahar, arriba, y de pétalos de ellos, en el suelo; ya en la fructificación, cargados de sus doradas pomos. Hay, además, palmas de ornato. En el de la Independencia crecen

grandes y bellos toronjos de espeso follaje y verdura perpetua.

La Plaza de la Libertad tiene en su total costado norte, un magnífico portal, de dos pisos: es el Portal Gótico, llamado así por sus ventanas en ojivas, asimismo que sus arcos, con tres ondas cada uno. El costado poniente está formado por el Portal de Portillo, que viene del tiempo colonial. Es de un piso, con arcos romanos; y sólo en un extremo posee una casa de dos pisos, que es un Hotel. Forma el costado sur, el Portal de Brizuela, que tiene la mitad de dos pisos y el resto de uno, igualmente de arcos romanos. La porción de dos pisos es un Hotel. Y en el costado oriente están el Palacio Nacional y la Catedral.

En 1877, siendo Gobernador del Estado el General Doroteo López, se comenzó la construcción del Palacio. Para ello hubo que derribar la Cárcel y Cuartel, viejo edificio de piedra casi negra, colonial, que tenía muros de dos varas de anchura. Parecía una fortaleza. El repugnante edificio desapareció, y en su lugar se levantó un edificio moderno, de dos pisos, que fue un mejoramiento de gran importancia para la ciudad.

Durante mi niñez, conocí la Catedral sin techo y en construcción, hecha de ladrillo. Aquellas obras duraban años y años. Los fieles llevaban arena en sacos o en *chiquihuites*; las mujeres, en sus rebozos. Se decía que la iglesia había sido destruída por los

temblores. Y hasta se repetía que por debajo del altar mayor pasaba una *veta* del volcán. En Colima hay alabastro de magnífica calidad; y de ese material es el altar.

Además de la catedral, hay en la parte del este, otras iglesias: el Beaterio, la Sangre de Cristo, la Merced, el Sagrado Corazón de Jesús y la Capilla de las Animas.

Por la parte occidental, se admira la iglesia de la Salud, junto al río y en medio de altas palmeras, notables por su altura. Parece una mezquita árabe. Y junto al Charco de la Higuera, está el templo de San José, de carácter gótico.

San Francisco Almoloyan, donde había un convento, cuyas ruinas se observan todavía, estaba situado entre Colima y Villa de Alvarez. Hoy corresponde a Colima. Tiene un templo nuevo y una plaza sombreada de *salates*, especie de grandes higueras, de hojas grandes y ovaladas.

Colima, además de ser la capital política, es la cabecera del Obispado, cuya Diócesis tiene mayor extensión que el Estado mismo.

Colima, fué, además, Capital de la República durante un período de la Guerra de Reforma. El Palacio se llamó "Palacio del Gobierno Nacional"; hoy es un Hotel, a espaldas del Portal Gótico. Allí estuvieron Juárez y sus Ministros. Y como la tradición dijera que al entrar en Colima, Juárez y los suyos descansaron debajo de un gran *salate*, hoy el árbol

tiene una inscripción alusiva, y está cercado de hierro.

VII.

Más arriba dije que los temblores derribaron la iglesia que hoy sirve de Catedral. En efecto, Colima ha sido famosa por sus temblores de tierra. Situada a cincuenta kilómetros de los volcanes, ha sido sacudida frecuentemente por los movimientos sísmicos. La noticia más antigua que se tiene de tales fenómenos, data del 23 de febrero de 1690 en que hubo un temblor terrible que derribó todos los templos y la mayor parte de las casas de la ciudad y pueblos comarcanos, viéndose obligados los frailes a celebrar sus oficios en una enramada que se formó en la plaza pública.

El 31 de mayo de 1818 hubo un temblor que ocasionó la destrucción de muchas fincas de la ciudad y la del templo y convento de San Francisco Almoloyan, situado en las goteras de la ciudad, lo que hizo que los habitantes comenzaran a avecindarse en Los Martínez, que hoy se llama Villa de Alvarez.

El 2 de octubre del mismo año repitió el temblor. Se dijo ser el más fuerte de todos, y por él acabóse de completar la destrucción de las fincas, lo cual dió lugar a que las autoridades pudieran dictar medidas para alinear las calles y darles mayor anchura.

La destrucción de la iglesia parroquial data de entonces.

La fama de los temblores en Colima se hizo proverbial. Hoy ha mejorado mucho la situación.

El Nigromante, en una poesía que llama "Tipos Provinciales", incluye en la enumeración a los colimotes, y dice:

El pobre diputado de Colima,
Con cuyo Estado el terremoto juega,
Más sosegado que en su hogar se estima
Y con menos peligros, si navega.
Cuando a México sube, ve sin grima
Que un temblor le saluda apenas llega,
Y, universal juzgando el zarandeo,
Irá al cielo con cara de mareo.

IX.

Hay en Colima un magnífico teatro, ciertamente incompleto, de propiedad del Estado, que se parece por el nombre y por su interior al Teatro Hidalgo de la capital de la República.

D. Lucio Uribe, inteligente maestro constructor, de origen colimote, fue el encargado de hacer el Palacio del Estado y el Teatro Hidalgo, y aun creo que trabajó en la Catedral.

El nombre de Hidalgo no fue dado allá por azar.

En el mismo lote donde se levantó la cons-

trucción, allí estuvo una casa, que habitó Hidalgo, allá en 1792, cuando era cura de Colima. El hizo de ella donación al Ayuntamiento. La casa fué destruida para hacer allí el teatro, y fué necesario recordar que allí vivió el Padre de la Patria, dándole su nombre al coliseo.

Lo mejor hubiera sido conservar la casa.

Pero unos políticos borraron el nombre de Hidalgo y le pusieron "Santa Cruz", para honrar los buenos servicios de un Gobernador.

En ese mismo teatro, el 15 de septiembre de 1893, el que esto escribe pronunció un discurso cívico. Estaba entonces en la fuerza de la edad. Después de hacer el más alto elogio del cura libertador, en términos no comunes, el orador dijo:

"En este recinto donde nos ha reunido nuestro patriotismo, aquí vivió el venerable cura cuya gloria recordamos. ¿Qué inscripción, qué mármoles o bronce, qué monumentos recuerdan a las nuevas generaciones y advierten al viajero que esta casa fue habitada por el más grande de nuestros héroes, por el padre de nuestras libertades, por el egregio cura de Colima, D. Miguel Hidalgo y Costilla? Con respetuosa como tierna veneración guardan los franceses la casa de Juana de Arco, y en Génova se conserva con orgullo la casa en que creció Colón; pero nosotros hasta el nombre de Hidalgo hemos borrado del frontispicio de este teatro!

“Que pase esta ingratitud, debida quizá a ceguedad política. Pero por otra parte los colimotes siempre han demostrado que tienen patriotismo, que su corazón rebosa de nobles aspiraciones, que aquí se ama la libertad, que aquí se respetan las leyes y que todos caminamos al progreso.

“Derrame sus sonantes cristales el arroyuelo que se desliza entre floridas vegas; perfumen las flores el ambiente; inclinen los campos de arroz y los maizales sus espigas temblorosas; agiten sus flotantes abanicos las palmeras silbadoras simulando eólicas modulaciones; luzcan su plumaje las aves y ensayen sus más ricos gorjeos; levante el mar Pacífico sus olas y cante un himno en nuestras playas, al fulgor de las estrellas cintilantes, y unida a estos cantos armoniosos, alce su voz el volcán para llevar hasta las nubes este grito que ya no cabe en nuestros corazones: ¡Viva la Independencia!”

Aquel grito, después de un discurso emocionante, fue una llamada al pueblo de Colima. El público aplaudió con frenesí, pues nadie se había atrevido a hacer aquella alusión.

Y años más tarde, el teatro borró de su frontispicio el nombre de “Santa Cruz”, y hoy luce justicieramente el nombre de HIDALGO.

X.

La ciudad está completamente rodeada de huertas. Pero abundan más por la parte occidental.

Las palmas o cocoteros son los árboles que en ellas dominan. Casi siempre elevan su tallo verticalmente a una gran altura, soltando allá arriba su penacho de *palapas* (hojas), temblorosas y silbantes. Unas dan *tuba* o vino de palma, y otras, cocos. Eso es a elección del huertero. Todos los días, a mañana y tarde, sube el *tubero* a bajar la refrescante bebida, que es dulce y grata recién sacada: es la *tuba dulce*. Pero fermenta después, y se hace *fuerte*. Algunas gentes la toman *revuelta* (mezcla de dulce y fuerte). Y aun se *compone* con frutas desmenuzadas: naranjas, limas, tunas. etc. Esa es la *tuba compuesta*, que casi siempre tiene algo de chile. La *tuba fuerte* embriaga un poco. Pero también se hace vinagre, que es el más usual en Colima. Y aun se destila un buen alcohol bastante fuerte, de agradable olor y que conserva un ligero resabio de la *tuba*.

El *tubero* sube a la palma con una *balsa* o *jicara* en la espalda; y allá arriba, se balancea debajo de una *palapa* y se sube sobre ella sentándose *cómodamente*. Los racimos dedicados a *tuba* se lian con una cuerda antes de que reviente el botón. En tal sentido, la savia, que debería ir a alimentar los frutos o cocos, destila por un agujero hecho

en la punta, cayendo las dulces gotas en un *porrón* de barro. El tubero vacía los porrones en su balsa y baja con la misma facilidad con que subió.

El coquero sube del mismo modo a la palma. Y como en Colima no se comen los cocos secos, sino frescos, en diversos estados de madurez (de agua, de cuchara, de media carne, de carne entera, sazones), amarra el racimo con una sogá, lo corta y lo hace descender poco a poco hasta llegar a tierra.

Junto a las palmeras crecen grandes árboles frutales, como mameyes, chicos, mangos, aguacates, zapotes prietos, anonas, islamas, jinicuiles, etc. Y junto a ellos se ven naranjos, limas, naranja-limas, limones, cidras, toronjas y limones reales. Y sobre todo lo que más abunda allí son los plátanos de diversas clases: guineos o corrientes, patriotas, manzanos, de Costa Rica, enanos, dominicos y gordos o machos. Ya existen los *ruatanes*. Los racimos de los plátanos enanos son enormes: hay que abrirles un agujero en el suelo para que puedan seguir desarrollándose.

En toda huerta de Colima hay cafetos y cacao. Unos y otros necesitan algo de sombra para su vida.

Con relación al cacao debe advertirse que se introdujo, o tal vez era oriundo del lugar, desde el primer siglo de la conquista, pues en el año de 1600 se contaban 64,000 plantas distribuidas en seis huertas. Un ramo de ri-

queza de esta índole debiera desarrollarse en aquellas tierras, pues por sí solo representa un renglón principal.

Las huertas más importantes se encuentran al otro lado del río, es decir en el lado occidental. Son las huertas del Crucero, de San Miguel y la de Alvarez, por el rumbo de Almoloyan; y luego las Escamillas, la Albarrada y la Albarradita, hacia el sur. Cerca del centro está la del Boliche, y hacia el sur de la parte oriental se encuentran las huertas de la Florida y la Quinta o Tívoli.

En todas ellas hay grandes estanques para el riego, que luego se aprovechan para baños. En las huertas de la parte occidental, los estanques se llenan con el agua que allí nace. En la de Alvarez, por ejemplo, hay una fuente de agua azul, muy bella.

En el despacho de las huertas está el expendio de frutas y de la tuba. Sobre un troncón de árbol, el coquero arregla los cocos con un machete. Los *jima* en parte (les quita parte de la estepa) y les abre un agujero para beber el agua en el mismo coco; y luego los parte en dos o tres pedazos, y con una cuchara hecha con la corteza del fruto, que en ese instante desprende de un machetazo, se come la carne fresca, ya suave, delgada o entera, del sabroso coco.

Las huertas se aprovechan por los vecinos para días de campo o para meriendas. Junto a los baños o estanques van familias enteras o grupos de amigos a pasarse el día

o las tardes, con sus comidas o meriendas, con sus guitarras o músicas. Casi siempre llevan tuba almendrada. Allí se bañan, comen y bailan, a la sombra de los árboles, o bien en cenadores o casitas rústicas, en medio del arrullo y canto de los pájaros y entre el ruido parlero de las fuentes murmuradoras.

XI.

Además de las tiendas dedicadas al comercio local, nótanse numerosas dulcerías en las calles céntricas, en donde se vende la cocada de Colima, llamada *alfajor*. Para hacer éste, el dulcero extrae la carne de los cocos secos, la monda por el reverso para dejarla blanquísima; hace con la misma pequeños pedazos y la muele en metates menudamente. Y luego se hierve en cazos mezclada con azúcar. Cuando está de punto, se vacía todo el cazo en una artesa de madera y se extiende allí de modo que guarda cierta altura; se seca y se tiñe la parte superior con un polvo rojo. Y luego se parte en tajadas y se empaca en cajitas de tejamanil.

Con las cascaritas obscuras que se quitan del reverso de la carne del coco, se hace *alfajor de panocha*, es decir de piloncillo, que es más barato, pero no menos sabroso.

Las calles de Colima, a la hora del sol, se ven desiertas. En ocasiones, sale uno a un negocio, y a lo largo de varias cuadras, no

hay ni personas ni animales: parece aquello una ciudad abandonada. Pero en la tardecita, en muchas casas, la gente sale a sus puertas, sentándose en los umbrales o en *equipales* con respaldo o sin él, a tomar el fresco, o a ver a los vecinos, y en algunas, a tejer *sombreros de palma*. Esta situación se prolonga en las tempranas horas de la noche.

Hay en los montes del Estado la palma llamada *real*, que crece en abundancia en ciertos cerros no muy calientes. Es de bastante altura y adorna las faldas alegremente. No es el *guano* del Golfo. Sus hojas son más largas y son las que se usan para la "bendición" el Domingo de Ramos. Se cortan las hojas en botón, antes de abrirse o extenderse cual abanicos; y se ponen a asolear cuidadosamente, hasta que se secan. Esa es la palma de los sombreros, industria popular muy extendida en Colima.

Los vendedores ambulantes ensordecen con sus gritos a los transeuntes o vecinos. Cada gritón pregona a su modo su mercancía: pasteles, nieve, helados, dulces, *fruta de horno*, charamuscas, carne de carnero, cuajada, quesos y quesillos, mantequilla, panelas, cerillos, etc.

Aun los tuberos se pasean por las calles llevando colgadas de un garrote que llevan en los hombros (una *parada*), dos balsas para la tuba dulce y fuerte. En una jicarita, pintada de rojo por dentro, hacen sus ven-

tas. La tuba dulce se toma en ayunas, porque goza de una fama higiénica, y hasta la beben con pan. Es tan dulce como el aguamiel del maguey, pero sin poseer el tufo de ésta.

En las dulcerías se encuentran muñecas de chicle, muy bien hechas, así como *huevos* o globitos del mismo. En ciertas partes del Estado existen bosquecillos de chicos o, como dicen en otras partes, de chicozapotes. Ellos son los árboles de chicle, el cual se saca de ellos por incisión.

Ya no existe hoy el vendedor del *ante de coco*.

El *ante*, según el Diccionario de la Academia, es un postre que se hace en México, de bizcocho mezclado con dulce de huevo, coco, almendra, etc.

Un hombre cargaba en la cabeza un bote de bajo fondo adornado con banderitas de papel de China. Allí iba el *ante*. Lo acompañaban un hombre y una mujer, que llevaban respectivamente una guitarra y un pandero. Y en cada esquina pregonaban su *ante*, haciendo uso de una canción, que no he olvidado:

Aquí está
El *ante de coco*,
Piña cubierta!
Vengan a comprar:

Doy a dos por medio,
Cuatro por un real,
Mirando que el tiempo
Está muy fatal!

Ya la luna
Va saliendo
Con su bandera
Volando:
Qué dirá
La muy ingrata
Que por ella
Ando penando!

Vengan a comprar:
Doy a dos por medio,
Cuatro por un real,
Mirando que el tiempo
Está muy fatal!



10. Los Volcanes de Colima

Si bello es el sitio ocupado por la Ciudad de las Palmas, en que vi la primera luz, más bellos son sus horizontes. Cerros azules por todas partes, allá lejos, y cerros con el verdor de sus árboles, algo mitigado por el pálido azul del aire, se miran aquí y allá dando realce al panorama.

Pero sobre todo, es digno de toda ponderación el espectáculo que presentan, hacia el norte, sus enhiestos y elegantes volcanes. Son dos, llamados popularmente Volcán de Fuego y Volcán de Nieve. Estos nombres se deben a que el uno, el de la derecha, está casi siempre en actividad y no se cubre de nieve, sino por breves días, en la época del invierno, y a que el otro, el de la izquierda, más elevado que el primero, pero apagado desde tiempo inmemorial, durante el invierno muestra su cima permanentemente blanca. Con relación a la ciudad de Colima, el de Nieve es más lejano que el de Fuego, y aunque es más elevado que éste, a causa de la perspectiva, se ve menos alto. Además, el cono del de Fuego, arrancando desde el pie del valle, se ve desde Colima enteramente completo, en toda su amplitud, mientras que el de Nieve queda un poco más atrás y no se ve completo mas que en su falda iz-

quierda. Los dos volcanes parecen dos hermanos estrechamente abrazados.

Entre la ciudad de Colima y los volcanes nada hay que impida su vista completa; el terreno, cubierto de bosques sin interrupción, se eleva suavemente hasta llegar a los cerros que sirven de contrafuertes a las macizas moles de forma piramidal; y como la ciudad tiene algo menos de 500 metros de altura sobre el nivel del océano; y como los volcanes tienen una elevación de 4,000 metros, la diferencia de 3,500 metros los hace aparecer ante la vista asombrada del espectador verdaderamente colosales. El Popocatepetl, que sube a 5,400 metros, se ve, desde la ciudad de México (2,240 metros de altura), a una altura de 3,160 metros. Es más alto, desde el nivel de la tierra, el de Colima.

Tenia yo apenas seis años de edad, allá en 1872, cuando la ciudad fué conmovida por un temblor. Mucha gente salió despavorida de sus hogares. El volcán, por mucho tiempo apagado, mostraba una erupción gigantesca, y una nube espesa cruzada de relámpagos lo coronaba. Las calles y plazas se vieron como por encanto llenas de hombres, mujeres y niños, con el asombro y el terror pintados en sus rostros.

Se dijo entonces que el volcán había *reventado*.

Y desde entonces, no ha cesado de estar en actividad. Por intervalos de días, o por intervalos de horas, el volcán se corona de

gigantescos penachos de vapor, que ascienden a miles de metros, pues se ven tan grandes como el volcán mismo. Esos penachos brotan a borbotones retorcidos caprichosamente. Formados por espesa nube, de límites perfectamente recortados, toman diversidad de formas, ya redondos, ya en forma de árbol o de flecha, ya de elevadas columnas retorcidas, etc., etc., Ya se sabe de cuánta variación pueden ser las acumulaciones de nubes! A veces son tan blancos, que parecen de algodón; y por su aparente solidez, diríase que son de mármol. Otras veces son grises y aun oscuros, y después de afectar formas sólidas, parecen deshacerse en chorros o en lluvia: es la arena o la ceniza, que caen cuando cesa la fuerza que las llevó a tan gran altura. Y en ocasiones, los rayos cruzan el seno de la nube en rápidos zig-zags.

Cuando el sol sale, suele teñir de suave púrpura las erupciones, viéndose entonces el árbol o la columna de color blanco hacia el poniente y de rosado color hacia el oriente, con tonos y matices verdosos o amarillos.

Y si de noche esperáis pacientemente las erupciones, veréis que en la cima del volcán aparece una masa de lumbre, como si fuese la de un cigarro colosal, crecer y subir, y luego rebozar, derramándose sobre los labios del cráter y correr por la falda en forma de ríos o avalanchas infernales. Aquella lumbre son piedras incandescentes, pues el volcán de Colima no ha arrojado lava.

A pesar de todo, hay pueblos, haciendas y ranchos en las cercanías, al pie del volcán, como si dijéramos. Allí suelen caer verdaderas lluvias de arena, y producir sobre los techos el mismo ruido que produciría una tupida granizada. Otras veces es la ceniza la que cae, ya como suave escarcha, ya como poética nieve; pero también en cantidades tales, que cubre barrancas y detiene los cursos de los ríos. Y no sólo eso, sino que obscurece la atmósfera como si fuera de noche, obligando a los habitantes a prender luces y aun a apelar al alumbrado público, en medio de ayes, lamentaciones y rogativas.

Y sin embargo, el volcán es bello.

Habréis oído hablar de la ponderada belleza de la bahía de Nápoles, con el Vesubio, también en eterna erupción, y a poca distancia del mar, elevarse majestuosamente (1,200 metros) y formar con su pirámide inmensa, el fondo de un panorama muy justamente alabado. Y habréis oído hablar también del Etna en la isla de Sicilia, también en perpetua actividad, levantar su nevada cima hacia las nubes (3,300 metros) en medio de risueñas ciudades y de poéticas aldeas que lo contemplan admiradas.

Yo he ascendido al Vesubio, a caballo, hasta su cráter, y desde allí he contemplado su cono hirviente de lava y vapores, y he estado en Catania, no lejos del pie del Etna. Y puedo comparar.

Pues bien, los volcanes de Colima no ce-

den en belleza ni en majestad a aquellos europeos tan admirados. Y desde allá, enviaba un saludo y un suspiro cariñoso a mi viejo y querido volcán, centinela avanzado del Pacífico y príncipe coronado de la enhiesta Sierra Madre.

Tan fuerte impresión produce la presencia de los volcanes en los hijos de Colima, que el primer dibujo que ejecutan, tan pronto como sus dedos pueden manejar un palito, un lápiz o un pizarrín, es la figura montañosa de las dos eminencias, con sus caprichosas erupciones, con sus cimas dominantes, siempre a la vista, siempre imponiéndose a las miradas de todos, siempre altaneros y atractivos, y siempre visibles al través del aire transparente y puro de las hermosas mañanas de aquel rincón tropical.

Los niños suizos dibujan la manzana de Guillermo Tell, atravesada por la flecha legendaria; los niños colimotes dibujan una maravilla de la naturaleza, presente siempre ante su asombrada vista.



11. Al Volcán de Colima

¡Salve, oh titán! ¡Gemelo de granito,
Que al rumor del Pacífico, arrullado,
Tienes por lecho, espléndido collado,
Por cortinaje azul, el infinito!

Cuando retumbas con sonoro grito,
Conmueves la ciudad, el valle, el prado,
Y montes de vapor ensortijado,
Levantas con estrépito inaudito.

A tus pies, la asombrada muchedumbre
Te contempla confusa y no se atreve
A robar una chispa de tu lumbre.

Sólo el Invierno se te acerca aleve...
Mas viene Primavera a tu alta cumbre
Y un beso inflama tu crespón de nieve!



12. Los Fusilados

I.

Este es un recuerdo de mi niñez.

Era sábado, día en que en las escuelas de aquel tiempo sólo se estudiaba el catecismo. A los que no sabían leer, un monitor les repetía los rezos hasta que los aprendían de memoria. ¡Era de oír a estos monitores repetir constantemente, verso a verso, el “Todo fiel cristiano” a los principiantes!

La lección del catecismo se llamaba *la cuenta*, y siempre he ignorado la razón de este nombre.

La sesión escolar de los sábados era corta. El alumno que daba *la cuenta*, se iba a su casa, quedándose únicamente los rezagados, hasta las doce, muchos de ellos *hincados*, en pena de su rudeza o desaplicación.

La escuela estaba en una manzana que limitaba con el río de la población. Y en esa parte del río, junto a un puente, solían ir los soldados del batallón que guarnecía la ciudad, a bañarse y a lavar sus ropas, precisamente los sábados. Los soldados formaban *pabellones* con sus fusiles, entrelazando las bases de las bayonetas. Y luego se dispersaban a lo largo del río, en una zona limitada

y bien resguardada por guardias y centinelas.

Al salir de la escuela, muchos muchachos acostumbrábamos ir al río a jugar en el zacate verde de las riberas. Y entonces contemplábamos aquel cuadro lleno de color. Muchos soldados andaban casi desnudos llevando, sin embargo, en la cabeza, el gran *chacó* negro de erguida bola roja. Estos lavaban, aquéllos secaban sus ropas tendiéndolas en los azules cantos rodados y alisadas guijas que tapizaban el borde de la corriente; algunos dormían a la bartola, bajo el radiante sol, otros almorzaban, calentando sus gordas en fogatas humeantes.

Más arriba del río, comenzaban las huertas de tierra caliente, con sus cocoteros y platanares, sus mameyes y aguacates, sus naranjas y limas, sus cafetos y cacaoes, sus mangos y guayabas, y otros muchos árboles de frutas apetitosas y de suave olor.

II.

En aquel sábado, los que íbamos dando la cuenta, dirigíamos nuestros pasos hacia aquel lugar.

Al llegar a la esquina que teníamos que doblar para entrar en terrenos del río, oímos unos balazos e instintivamente nos detuvimos. Algunos muchachos que nos habían pre-

cedido, retrocedían corriendo, y uno de ellos nos dijo:

—¡Los soldados se han desertado!

En efecto. En el campamento reinaba el mayor desorden. Y los tiros menudeaban. Poco a poco, los disparos sonaban más lejanos, y a poco nada se oía.

Los jefes habían logrado dominar el desorden. Pero algunos soldados habían logrado saltar las tapias de las huertas y huir al través del espeso bosque. Sus perseguidores habían hecho lo mismo, penetrando en las huertas y disparando sus armas.

Parecía que todo había terminado, cuando se oyó una voz que decía:

—¡Allá los traen!

En efecto, río arriba, venía un grupo de soldados. Entre ellos se notaban tres hombres sin chacó. Eran los prisioneros.

La turba escolar se precipitó a su encuentro movida por la curiosidad.

Traían los brazos amarrados hacia atrás con largas correas.

A poco se oyó una voz que dijo:

—¡Los van a fusilar!

Todos palidecimos.

¿Quién había dado aquella orden?

La había dado el coronel del cuerpo, D. Mariano Ruíz, después general, que había acudido a caballo, llamado violentamente, al lugar de los sucesos. El clarín comunicó órdenes, y el batallón comenzó a organizar-

se en pelotones, a marchar y a evolucionar, llevando la banda al frente.

Entretanto, vimos que a los tres infelices prisioneros los conducían hacia la tapia de una huerta, inmediata a los baños de "La Mona", y al lado de la "Palma Gacha". La tapia de la huerta y la del estanque de dicho baño formaban un rincón en ángulo recto.

Corrimos hacia el estanque e invadimos la cumbre de las tapias. Y desde allí vimos que colocaban a los prisioneros a corta distancia de la pared y separados como tres o cuatro metros unos de otros.

Llegó la tropa y formó el cuadro. Pero como las tapias constituían dos lados del cuadrilátero, los soldados sólo formaban los otros dos. Por tanto, toda la turba escolar estaba formando parte del cuadro.

¿Cómo no hubo una mano piadosa que nos quitara de allí?

En torno de las filas y hacia afuera, había de trecho en trecho algunos soldados con la bayoneta calada y un pie al frente, en actitud de ataque, para contener la multitud o quizás para rechazar cualquiera intentona que tuviera por objeto libertar a los sentenciados a muerte.

Por el interior del cuadro se formaron tres escuadrones de tiradores, cada uno frente a un soldado desertor.

¡Los tres condenados a muerte habían recibido orden de despojarse de sus uniformes de dril. Dos de ellos estaban tan tembloro-

sos, que no acertaban a quitarse los pantalones, siendo necesario que les ayudaran otros soldados en aquella operación.

En cambio, el tercero, que era un muchacho de diez y siete a diez y ocho años, se había quitado él solo el uniforme como si solo se tratara de ir a tomar un baño, se había vendado por sí mismo y estaba erguido y en posición de "firme" frente al pelotón que debiera fusilarlo, como diciendo: "¡Muchachos! ¡Estoy listo!" Y todo esto, en tanto que a los otros dos no lograban sus ayudantes ni despojarlos de su vestidura exterior.

III.

El coronel Ruiz, montado a caballo, ordenó un toque de clarín, como de bando; y en cada esquina del cuadro levantó la voz diciendo:

—¡Batallón! He ordenado que para escarmiento de todos, se pase por las armas a estos tres desertores! Y sepan los que me oyen, que la misma suerte les espera a todos aquellos que cometan el mismo delito!

Aquel cuadro y aquella solemnidad nos tenía espantados. El clarín hería nuestros oídos como toques de agujas, y la voz sonora y aguda del coronel vibraba como espada.

Y habiendo observado la actitud del muchacho desertor, en completo contraste con la de los otros dos, a quienes con grandes di-

ficultades prepararon y vendaron, el coronel, desde el centro del cuadro, volvió a levantar su aguda y sonora voz, diciendo con la espada levantada en la diestra:

—¡Batallón! Entre estos desertores hay uno valiente! ¡Y quién lo había de creer: es un muchacho! ¡Es ese muchacho que está allí!, firme y resuelto, esperando impávidamente la muerte! En cambio, allí están esos dos, que tiemblan de miedo! ¡Esos hacen bien en morir, porque no merecen ser soldados! ¡Pero ese muchacho tiene *calzones!*

Nadie adivinaba a dónde iba a parar aquella peroración.

—¡Batallón! —exclamó nuevamente el coronel después de una ligera pausa. ¡Ese muchacho valiente merece vivir! ¡Y por lo mismo, yo le perdono la vida!

El muchacho aquel fue retirado del lugar en que iba a morir siendo incorporado en la escuadra que lo iba a ejecutar.

Y le quitaron la venda.

¡Cuando oí la voz de "¡Apunten!", yo cerré los ojos. Sonó la descarga...

Y cuando creí que todo había terminado, los abrí de nuevo, Pero era el momento del tiro de gracia, que yo ignoraba, el cual vi dar, a pesar mío, a aquellos desertores, que yacían tendidos en el suelo acribillados de heridas.

Mudos, y con el corazón oprimido, descendimos de las tapias, a las que habíamos subido en mala hora.

Los cadáveres, con las ropas quemadas, fueron al instante trasladados a la margen del río y tendidos en el césped.

Y al desfilarse el batallón, con sus bandas y música, la cual había llegado en el entretanto, a la voz de "Vista a la derecha!", todos los soldados tenían que mirar a los fusilados.

Y el valiente muchacho, en paños menores, y con la cabeza descubierta, pero erguido, marchaba al són de los tambores, incorporado en su escuadra.

¿Fué aquello justicia o asesinato?



13. Cuál era la mejor Escuela

I.

Con su bulto bajo el brazo y el tintero colgado de un hilo, un niño va atravesando la árida plazuela del Nombre de Jesús. ¿Qué es aquella gritería que se oye a la vuelta de la esquina? El niño tuerce un gesto picaresco y aprieta el paso. Por una de las calles que desembocan en la plazuela, aparece una mujer andrajosa, con una cruz de tejamanil en la mano, lanzando gritos de cólera y arrojando algunas piedras hacia atrás; luego levanta en alto la cruz y grita en tono de letanía!

—¡Librame de estos bellacos!

—¡Calzones, Calzones!—vociferan algunos muchachos frenéticos de placer.

El niño del bulto y del tintero llega al teatro de los sucesos y se detiene a gozar de aquel espectáculo. Observa por largo rato a la mujer andrajosa; se fija en su iracunda mirada y en su cabellera desordenada y sucia; no tiene malas facciones; dicen que es una monja de las que exclaustró Juárez. "¡Loca!" le gritan los muchachos. "¡Calzones!" Y ella corre en su persecución arrojándoles las piedras del empedrado, que ellos

esquivan con habilidad. Nuestro niño la ve alejarse y siente también deseos de gritarle. Escondiendo el cuerpo tras de la esquina y asomando solamente la cabeza, grita con voz alta y chillona:

—¡Calzones! ¡Calzones!

La loca voltea y descubre la riente boca y la alborotada faz del muchacho.

—¿Tú también? —le dice. ¡Ahora verás!

El niño va a tener su primera aventura, y se promete ir a contar a la escuela muchos primores. De repente siente el picarillo que unos brazos largos y delgados le rodean el cuello y que unas manos anchas y frías le eclipsan la mirada.

—Venga, aquí se lo voy a tener!—decía sobre él una voz hartamente conocida.

Al instante lo comprendió todo: un rival suyo, de más edad que él, lo había traicionado para jugarle aquella mala partida. Llegó la loca y descargó sobre el delincuente tupidos golpes con su cruz de tejamanil, que saltó en pedazos, y lo hubiera estrangulado, a no ser porque él, ejecutando movimientos de serpiente, no hubiera logrado desprenderse de los brazos de su odiado rival, huyendo despavorido y largando el tintero en el campo de batalla.

—No corras, *juilón!* —le decía el alevoso rival.

—¡Traicionero! Tú y todos los de tu escuela son lo mismo! ¡Así sabrán pelear!

—Anda, *juilón!*: los de mi escuela son más

hombres que los de la tuya! Diles que no me sirven ni para comenzar!

II.

El niño llega frente a un edificio de ancho zaguán y paredes antiguas. Cerca del techo y en letras grandes y negras, se leía: *Escuela de la Filantropía*. Entra el niño jadeante y sudoroso; ha corrido más de cinco cuerdas y su corazón late con mucha fuerza. Arroja precipitadamente su sombrero en un rincón, digno clavijero de otros cincuenta sombreros que allí se hallaban amontonados.

—¿Qué tienes, Pepito? —le dicen algunos niños que estaban charlando en corrillo.

—Nada... yo creía que ya se había comenzado la clase y... venía corriendo..... ¿Dónde está el maestro?

—Está desayunándose y leyendo un periódico.

—¿Pero qué tienes en el pescuezo? ¿Por qué se te ve tan colorado?—agregó otro niño acercándose a Pepito. ¿Por qué traes rota la manga de la camisa? ¿Te peleaste?

Pepito vacilaba en contestar; mas por fin se resolvió a contar todo lo sucedido. La indignación se pintó en el rostro de los oyentes.

—Y dice Fermín, exclamó Pepito observando el efecto que produjo su relación, di-

ce que todos los de la *Escuela de la Filantropía* son puercos, que todos somos una punta de *juilones*, que nos ha de echar hasta debajo de la lengua y que esta escuela no sirve y que el maestro no sabe nada.

Los niños apretaron los puños con furor.

—¿Eso dice? Pues le hemos de probar cuál es la mejor escuela!

—¡Muchachos!—gritó un niño de encrespada cabellera, subido en un banco; los de la Escuela de la Regeneración nos han insultado! ¡Que mueran los de la Regeneración! ¡Que viva la Escuela de la Filantropía!

Una gritería sucedió a este discurso belicoso. El maestro interrumpió su desayuno y su lectura y apareció terrible en el extremo del corredor.

—¿Qué gritería es esa? ¿Por qué tanto desorden?—dijo y se desfajó el ancho cinturón de vaqueta.

Cayó sobre los niños repartiendo golpes a diestra y siniestra.

—¡Vamos pronto, mentecatos, a estudiar su doctrina cristiana! ¿Han olvidado que ahora es sábado?

Los niños se sentaron precipitadamente en sus bancos, en el primer lugar que encontraron, comenzando silenciosamente a desenvainar su catecismo. Dieron principio a su estudio. Nadie iba en la misma página. Unos estudiaban el *todo fiel* y otros los *pecados capitales*. Pepito repasaba maquinalmente el

Señor mío Jesucristo o sea el acto de *contrición*.

¡Cuán contrito estaba! En su alma se anidaban en ese momento los sentimientos del odio y del orgullo ultrajado. ¡Qué gran distancia había entre las palabras que los labios de aquellos niños repetían, entre las palabras de perdón del Mártir del Calvario, y sus ideas de venganza! ¿Por qué el estudio del catecismo no dulcificaba su rencor? Porque el hombre no se regenera con el estudio de vanas fórmulas: ¡no llegan al alma!

El maestro fué a dar fin a su desayuno y a su lectura, que había interrumpido en mala hora.

—¡Muchachos!—dijo Pepito a media voz, ahora es sábado, a la tarde no hay escuela. He pensado que debemos citar a los de la Escuela de la Regeneración en la Placeta, esta tarde, para no quedar burlados. Antes que todo se olvide, es preciso probarles que en esta escuela todos somos hombres.

—Aprobado, respondieron unánimemente los demás. Apurémonos para dar pronto *la cuenta* y salir más temprano. Pepito que les lleve el papel del desafío.

Poco después circuló un papel entre los niños que decía: “Los de la Escuela de la Regeneración son puercos. Si no lo quieren creer, vayan esta tarde a la Placeta donde los esperarán los de la Escuela de la Filantropía. Allí se decidirá cuál es la mejor Escuela”.

El maestro, que ya había vuelto de su largo desayuno, no advirtió la conspiración que se tramaba en sus bigotes; oía rezar y eso le bastaba.

¡Aquellos muchachos eran muy religiosos!

III.

Por las calles que conducen a la Placeta han pasado ya algunos grupos de niños a paso rápido. Es la placeta un pequeño llano que queda al poniente de la ciudad, entre unos potreros y un arroyo. Allí debía tener lugar el encuentro de las dos escuelas beligerantes. Los de la Escuela de la Filantropía se habían atrincherado detrás de una cerca de piedra. Estaban impacientes. ¿Por qué? Porque ya hacía una hora que esperaban al enemigo, y éste no parecía. Ya habían circulado voces por el campamento diciendo que habían tenido miedo los de la Escuela de la Regeneración y que valía más retirarse. Los jefes, entre los cuales Pepito era uno de los más activos, exhortaban a sus tropas temiendo una deserción.

—¡Señores!—dijo un soldado que estaba de avanzada. ¡Por allá vienen! Andan agarrando piedras del arroyo!

—¡Listos, pues!—exclamaron los jefes, y luego que lleguen ¡zas!

En efecto, por el lado del arroyo venía el ejército enemigo. Una bandera roja flamea-

ba al frente, los silbidos de los soldados haciendo las veces de clarín. Traían tambor, lo cual dió origen a algún descontento en las filas de los de la Filantropía, pues nadie había pensado en traer tambor. En cambio, figuraban, clavadas en la cerca, tres banderas: dos rojas y una tricolor en medio.

Fermin, el enemigo personal de Pepito, era el jefe del otro ejército, que entró marchando hasta ponerse a tiro.

—¡Arriba!—gritaron Pepito y los demás jefes.

Al instante, veloces como gamos, saltaron la cerca en medio de una gritería confusa en que apenas se distinguían algunos vivas a la propia escuela. Todos a un tiempo agitaron su brazo circularmente haciendo zumbar la giratoria honda, y se levantó, cual parvada de tordos, una descarga de piedras, tan bien dirigidas éstas, que cayeron en medio del enemigo, causando algunos estragos en las filas.

Eran también valientes los de la Escuela de la Regeneración, pues contestaron con igual energía y buen éxito el ataque.

Las piedras silbaban en el aire, y eran graves las heridas que causaban. Quien se retuerce en el suelo oprimiéndose el muslo o la espinilla, quien se lleva la mano a la cabeza retirándola luego tinta en sangre.

El combate se hizo general. Multitud de heridos se hallaban en el arroyo, el cual se

teñía en sangre. La victoria estaba indecisa y la pelea muy reñida.

Fermin avanzó hasta la mitad del campo: ¡había visto a Pepito! Y Pepito, por su parte, ardiendo en sed de venganza, se adelantó también agitando su honda.

Ambos se tiraron simultáneamente. Pepito arrojó un grito de dolor y rodó por el suelo; mas casi al instante se puso en pié y todos vieron que brillaba algo en sus manos.

—¡Una pistola!—gritaron unos.

Era una pistola antigua.

Reinó el silencio en el campo. Fermin parecía estatua. De repente, llenó los aires una fuerte detonación. Un penacho de humo coronó a Pepito. Fermin, muy pálido, no sabe si vive o muere. Corrió luego, ligero como una liebre, y se perdió entre los árboles del arroyo.

—¡Viva la Escuela de la Filantropía!—gritaron a una voz los partidarios de Pepito, arrojándose sobre los restos del enemigo. En pocos momentos quedó el campo en poder de los vencedores, que se paseaban en él a grandes pasos.

—No crean que le tiré con bala, decía Pepito.

—¿Pues con qué?

—Con taco nada más.

Pepito era el héroe. Todos querían palpar la pistola y abrazar a Pepito.

—¡Los policías! ¡Los policías! —gritaron algunos.

Los vencedores, agitando angustiosamente sus piernas, desaparecieron tras la cerca del potrero, ligeros como una exhalación.

Pero todavía se escuchaba uno que otro grito de victoria, allá a lo lejos.

—¡Viva la Escuela de la Filantropía!



14. ¡Levántate, José Alejandro!

I.

En aquel lugarejo de fines del siglo XVIII, allá en los últimos tiempos de la dominación española, era D. Atanasio, el carnicero que proporcionaba a los vecinos, unas veces la carne de res, otras la de cerdo, y no faltaban ocasiones en que ofreciera a sus clientes algún venado, algún chivo o algún borrego, cuidadosamente lavado y descuartizado, y colgado de las clavijas de su grasiento mostrador. El era el que fabricaba para el consumo de la aldea, los más suculentos chorizos y las más sabrosas longanizas, cuyas bolas y cuerdas rojas colgaban formando festones en un lazo que atravesaba el expendio. Y en el mismo lazo era frecuente ver anchas láminas de cecina, flaca y gorda, y algunos tasajos de bofe seco. Freía chicharrones de vaca o cerdo en un gran cazo de cobre, obteniendo a la vez amarillentos depósitos de sebo o blancas natas de manteca; y acostumbraba a hacer con el primero, en un inmenso aro giratorio, velas, que en gruesos racimos figuraban después sobre las paredes, detenidas por clavos o alcayatas. En razón de su oficio D. Atanasio mantenía buenas relaciones con todos los vecinos y vecinas del

poblacho. Fiaba de buena voluntad a los necesitados y, a veces, hacia francamente donativos a los menesterosos. Era, pues, un buen hombre.

Para desarrollar todas aquellas labores, no se hubiera bastado a sí mismo atendido a sus propias fuerzas. En efecto, aparte de algún muchacho sirviente, le ayudaban eficazmente en tan rudas faenas, su esposa, modelo de mujeres hacendosas, y su hija, muchacha bien criada y rolliza que apenas entraba en la edad núbil. Ellas picaban la carne para el chorizo o la longaniza, ellas rellenaban las tripas, ellas fundían el sebo y bañaban los pábilos para hacer las velas, ellas solían hacer las cecinas o los tasajos, ellas ponían la lumbre para los chicharrones y recogían la sangre del cerdo para fabricar las afamadas morcillas que en su casa se vendían.

La muchacha, llena de grasas y olorosa a pitanza, era, sin embargo, de gracioso semblante. Cuando los domingos se peinaba sus dos trenzas, amarradas con *revesillos* de seda, se colgaba sus grandes zarcillos de plata y se ponía sus hilos de oro y de corales; cuando se terciaba su chal de seda, de origen oriental, sobre su túnico de flotante gasa floreada, y cuando se calzaba sus pequeñas zapatillas de raso azul bordadas de lentejuelas, e iba a la misa de ocho, atraía con razón las miradas de los mozos y adolescentes del barrio. Sus grandes ojos azules

lanzaban una que otra flecha al pasar, y su boca de labios finos y encendidos sonreía con agrado a los conocidos que encontraba dándoles cortésmente los buenos días.

Al salir de la misa y al pasar por en medio de la valla que solían hacer los jóvenes de la aldea, colocándose a ambos lados de la calle, para ver pasar a las lindas devotas, buscaba ella entre todos a uno que seguramente se había adueñado de su corazón y que no faltaba jamás en aquellas filas. Al pasar frente a él, se coloreaban sus mejillas, brillaban sus ojos azules con fulgor amoroso, y decía con voz argentina:

—¡Buenos días, José Alejandro!

—Buenos días, Rosarito!, contestaba él con no menos turbación, siguiéndola con la vista.

II.

José Alejandro era un bello adolescente, de erguido cuerpo y bien formado. Era hijo de un labrador, ricacho y afortunado, muy económico, llegando, sin embargo, casi a los linderos de la avaricia. El muchacho usaba vestidos sencillos, de gente de campo. Pero desde que él y Rosarito se miraban de otro modo, ya no con la inocencia de compañeros de juego, pues eran casi vecinos, sino con el fuego de un naciente amor que amenazaba convertirse en hoguera, y más cuando

veía que su amada iba a misa tan garbosa con su túnico de flotante seda floreada y chal oriental de dibujos caprichosos, comenzó a verse ridículo con sus zapatos amarillos y su pantalonera de gamuza.

Rogó a su padre repetidas veces que le comprara un vestido decente, un vestido dominguero, para ir a misa, y presentarse ante los demás como Dios manda, pues ya era mancebo y, además, ya trabajaba y desquitaba bien lo que se comía y vestía.

Su padre aplazaba cada vez para más tarde el cumplimiento de los deseos de su hijo, hasta que, al fin, vencido por los reiterados ruegos del doncel, se doblegó y accedió.

Cuando el sastre vino y le tomó las medidas para la chupa azul con faldillas de terciopelo rojo y para el calzón corto, azul también, cuando vió la fina tela de paño; cuando contempló poco después las medias grises y los zapatos con hebillas doradas; cuando le llevaron el sombrero negro, de fieltro, adornado con ancho listón y pluma erguida, bailó de contento.

—¡Señor sastre! ¡Cuándo estará el vestido?

—El sábado en la noche te lo traigo para que puedas ir el domingo a misa. Eso es lo que me ha dicho tu señor padre.

El muchacho se puso como unas pascuas. Se miraba en el espejo de la sala y se imaginaba sin su vestido rural, luciendo ya su chupa y su sombrero, su calzón corto y sus

zapatos con hebillas. Cerraba los ojos para verse con los de la imaginación; pero cuando los abría y se veía de nuevo en el espejo, tal como era, corría luego al corral para no verse tan ridículo.

Fue para él de grande ansiedad aquella semana. Soñaba en su nuevo traje, como un bienaventurado. Pero ya en la noche del viernes el sueño huyó de sus ojos. No podía dormir pensando en la sorpresa que les iba a dar a sus amigos y, sobre todo, en la admiración que iba a producir en su amada.

—¡Qué guapo me va a ver!, exclamaba a media voz arrebuñado en sus sábanas. ¡Y quién sabe si luego a luego no me conozca! ¡Cómo que voy a estar tan elegante! Si ahora me quiere como a uno, el domingo me va a querer como a cien!

Se pasó la noche entera en estas y parecidas reflexiones. Al día siguiente, al verlo tan ojeroso, su padre le preguntó:

—¿Estás enfermo, José Alejandro?

—No, padre, nunca he estado mejor. ¿En qué te ayudo ahora?

III.

Por fin, el sastre llevó el traje nuevo. ¡Estaba tan lindo!

José Alejandro lo contempló con verdadero arrobamiento.

—Mañana, hijo mío, —le dijo su padre,

—te levantarás temprano para que te asees y puedas estrenar tu traje e ir a misa de ocho. Lo voy a poner en este ropero, que era de tu madre, para que no se aje.

Cuando las luces se apagaron y todo quedó en sosiego, José Alejandro tenía los ojos abiertos. Pensaba en su traje. Y cuando todo quedó en el más absoluto silencio, se levantó, abrió el ropero y sacó el traje, poniéndolo en una silla, cerca de la cabecera de la cama, para tenerlo a su alcance. De cuando en cuando sacaba el brazo de debajo de las sábanas y lo palpaba con fruición. ¡Qué suave! Le contaba los botones y acariciaba la tela. “Este es el cuello”, decía. O bien: “Esta es la pierna derecha y esta es la izquierda”. Y volvía a meter la mano bajo las sábanas.

Pasaban unos instantes, y la mano volvía a salir para repetir los mismos contactos y provocar las mismas reflexiones.

Pero el sueño, como en la noche anterior, no acudía a sus ojos. Hacía el ánimo de dormir, cerraba los ojos y permanecía en quietud. Pero tres minutos después, volvía a sacar la mano para asegurarse de que su vestido estaba allí, en la silla, al alcance de su brazo.

Allá en la madrugada, oyó ruido en el corral de D. Atanasio.

—Ya van a matar la vaca, pensó.

Y él sabía muy bien que, en ocasiones, Rosarito acompañaba a su padre en la ope-

ración de la matanza. Ella "le tenía la pata a la vaca". Y una vez degollada la res, ella le alumbraba a su padre con un ocote.

José Alejandro, que no había podido conciliar el sueño, se imaginó que su adorada andaría en esos momentos en el corral ayudando a su padre a llevar la res al portal de la calle donde estaba el expendio de carnes, y que era el sitio en donde la res era invariablemente sacrificada.

Con la imaginación seguía los pasos de Rosarito y todas las operaciones expresadas; y cuando se figuró que la muchacha estaba ya en el portal "teniendo la pata a la vaca", le vino un pensamiento, que él consideró brillante: ¡presentársele a su novia a esa hora con su vestido nuevo! Es decir, impaciente por estrenar, y sin esperar la misa de ocho, que le parecía distaba un siglo, quería ir a pasarle con su elegante traje nuevo, a la hora de la matanza de la vaca.

Apenas delineada tan brillante idea, oyó un prolongado mugido de dolor.

—¡Ya D. Atanasio está matando a la vaca! ¡Corro en seguida!

En su casa todo estaba en silencio.

Con finísima precaución, tomó las diversas piezas de la ropa nueva y se las fue poniendo con suavísimos movimientos. Sus ojos, no cerrados durante toda la noche, veían en la obscuridad. Y cuando ya estuvo completamente acicalado, tomó su sombre-

ro de pluma erguida, y se escapó por la puerta de golpe.

Estaba en la calle.

Se echó un vistazo de arriba a abajo, y se imaginó que ni un marqués estaba más elegante que él.

La noche estaba negra y la calle desierta. A una cuadra de distancia, y en la esquina, divisó el portal de D. Atanasio. ¡Allí estaba ella! Tenía en alto una raja de ocote y alumbraba la res degollada. Su figura se dibujaba fantásticamente entre brillantes ráfagas y sombras móviles. Su padre, inclinado sobre la res, de seguro procedía a abrirla y a quitarle el cuero.

El corazón de José Alejandro palpitó de emoción.

—¡Oh, qué sorpresa tan bonita le voy a dar!, exclamó.

Y abotonándose la chupa, se dirigió con pasos solemnes hacia el portal.

A medida que se acercaba, una sonrisa nerviosa, irresistible, le contraía el rostro.

El veía bien a Rosarito; pero ella, con la llama del ocote cerca de la cara, no veía más allá del círculo luminoso que la antorcha producía debajo del portal, pues en torno del grupo que ella y su padre y la res formaban, la noche entretejía una muralla de tinieblas.

José Alejandro avanzaba esperando ser visto.

Llegó frente al portal, y pasó, sin que ella levantara la vista de la res.

Entonces retrocedió y resolvió hacer alguna demostración para ser notado.

Tosió.

Pero en aquel instante salía de la casa el perro de D. Atanasio. Y divisando al extraño bulto, se lanzó sobre él dando un ladrido de furor. El can echaba a perder la combinación tan bien pensada del muchacho, y aun cuando éste conocía al perro y podía aplacarlo, llamándole por su nombre, tuvo la intuición de que su posición se convertía en embarazosa, tal vez ridícula, y trató de huir. Y eso fue lo malo, porque el perro lo alcanzó, echándosele en la espalda y derribándolo en la tierra suelta de la calle. ¡El can no lo conoció!

—¡Lucifer! ¡Lucifer!, gritaron a coro el padre y la hija. ¡Ven! ¡Toma, toma!

Ella levantó el ocote sobre su cabeza tratando de averiguar la causa de aquella embestida, y sólo pudo ver al perro volverse y una sombra, al parecer de persona distinguida, que desapareció prontamente como tragada por las tinieblas.

Cuando José Alejandro estuvo en el corral de su casa, observó que el perro le había destrozado horrorosamente el vestido. ¡Aquello equivalía a haberle roto sus ilusiones!

Lleno de amargura el corazón, se metió en su cuarto.

Lloraba.

—¡Lo bueno es que ella no me conoció, decía bebiéndose las lágrimas.

Se desnudó, colocó el vestido en el ropero, como estaba antes, y se metió debajo de las revueltas sábanas, dejando correr sus lágrimas sobre la almohada.

Así pasó algún tiempo.

Luego se oyó ruido en la casa. La familia y los mozos se levantaban. Se encendían algunas luces. Se oía ruido de espuelas. Y de repente se escuchó la voz del padre de José Alejandro que gritaba:

—¡Levántate, José Alejandro! ¡Tienes que estrenar!

El muchacho tembló y se acurrucó lo más que pudo en las cobijas: fingió dormir profundamente.

—¡Levántate, José Alejandro! ¡Tienes que estrenar!, repitió la voz.

El muchacho seguía dormido.

—¡José Alejandro! ¿Qué tienes? ¿No has oído?

El padre entró en el cuarto llevando una vela encendida. Sacudió al muchacho como quien sacude a un ebrio.

—¡Levántate! ¿Qué tienes? Voy a traerte tu traje nuevo. Ya me imagino la admiración que vas a causar en el pueblo, y dirán todos: “Ese es el hijo de tío Domingo. Mírenlo que guapo vá!”.

Sacó del ropero el famoso traje.

—¿Qué es esto, José Alejandro? ¿Qué es lo que ha pasado aquí? ¿Quién te *destirizó*

la chupa? ¿Quién te desgarró el calzón?
¿Quién te rompió las medias y te *atierró* el
sombrero?

El muchacho nada respondía. Pero en sus
mejillas se notaban los surcos de las lágrimas,
y sus ojos estaban encendidos.

—¿Qué has hecho, bribón? ¿Lloras? ¡Pues
yo te voy a enseñar a llorar más bonito!
¡Mientras averiguo tus picardías, vas a sa-
ber lo que mi mano sabe hacer con un buen
palo!

¡Y el triste José Alejandro recibió en aque-
lla bella mañana la gran paliza del siglo!



15. El Balneario de Cuyutlán

(APUNTES DE UNA EXCURSION
DE ANTAÑO)

I.

Sobre la costa abierta del Pacífico, en
un lugar del Estado de Colima, se mira un
grupo de casitas desparramadas casi con si-
metría entre los árboles de un bosque no
muy alto ni espeso.

Un médano de azulada arena se levanta
interponiéndose entre el mar y las casas; es
una defensa natural amontonada allí por el
soplo de las tempestades. Las casas mues-
tran sus techos de paja de arroz o de
pasto, de forma cónica o piramidal, o de al-
to caballete, lo cual hace que el conjunto,
consorcio feliz de variedad y armonía, pre-
sente un aspecto agraciado y simpático.

Este lugar se llama Cuyutlán. Durante el
año, presenta dos cuadros muy distintos.
Desde marzo hasta junio, o más bien dicho,
durante la primavera, se mira el pueblo
hermoso y animado, porque es entonces la
temporada salinera, y es cuando gentes de
todas partes afluyen casi en tropel a tomar
los famosos baños de mar establecidos en
sus costas y hechos célebres desde tiempo in-
memorial.

Pero el resto del año imprime un sello de silencio y desolación a estas regiones. La temporada de aguas es casi torrencial; y aunque las lluvias frecuentes hagan brotar de los poros de la tierra una vegetación admirable y se engalane la costa con los divinos adornos del paraíso, el aire se puebla de una multitud de insectos que llevan por todas partes los horrores de la plaga. Esta época es la que llaman expresivamente *tiempo del perjuicio*.

Entonces casi nada revela la vida en estas soledades. Aquellas cabañas ya no se ven coronadas por el humo, ni asoma por ninguna parte el rostro franco y alegre de la salinera.

Y tristes y callados, aquellos hogares parecen más bien las habitaciones de duendes pescadores. Las hiedras crecen lujuriosamente cubriendo con su manto multicolor la amarillenta paja, que entonces se vuelve floja y quebradiza. A veces un viento de esos que arremolinan la arena de los médanos, suele destruir esas moradas solitarias, y a la vuelta de sus dueños, no se ve más que un montón de escombros mezclados con utensilios de cocina. Si en este período de soledad os aventuráis por las callejuelas del pueblo, no hallaréis más que millares de *ticuices* (cangrejos) que se alejan asustadizos quebrando la cálida hojarasca.

Cerca de allí descansa en una extensión como de cincuenta kilómetros, una hermosa

laguna que lleva el nombre del pueblo. En sus márgenes la naturaleza se manifiesta con todo el esplendor de los trópicos: allí dirigen al cielo sus copas los *cayacos*, palmas de coquito de aceite, pródigas en bosques tan espesos, que la luz del sol entra en ellos con dificultad; allí las guacamayas y los loros ostentan ya en el aire, ya en los árboles, la riqueza de sus plumas; allí las garzas blancas y las *morenas*, o espátulas, buscan tranquilamente su alimento, o se mecen valerosas en las ramas de los mangles.

Detrás de los médanos y oculto a las miradas investigadoras del *arribeño*, está el Océano en lucha perpetua con las arenas de la playa; sus tumbos resuenan como los estampidos de una batería lejana, y parece que en sus movimientos manifiesta la nerviosa impaciencia del que espera. Y en efecto, debe aguardar a las bellas bañadoras que año con año van a hundirse en sus ondas y a recoger los mariscos que les arroja.

II.

Hay también trazado un camino sobre las montañas que rodean como un cinturón de zafiros y esmeraldas a mi ciudad natal: parece una cinta inmensa prendida por los titanes en las rocas de los cerros y en los troncos de los árboles. En mi niñez, ignorante de las leyes de la perspectiva, me pasaba horas

enteras observando cómo el extremo lejano del camino se clavaba en las montañas azuladas, como una punta de acero.

—A dónde lleva ese camino?

—Al mar, me respondían.

Y crecí con esta idea, la idea de conocer el mar.

III.

Era el mes de abril, el mes de las flores y del cielo azul.

Por aquel camino que nunca hollé en mi niñez, nos conducía a un compañero mío y a mí, un guayín tirado por seis mulas: íbamos a conocer el mar, a bañarnos con sus aguas.

En aquel tiempo no había ferrocarril como ahora. Por eso el camino presentaba una vista alegre y animada: viajeros de todas clases se cruzaban; *vendimias* que ofrecían al fatigado transeunte la refrigerante *tuba* o la fresquisima sandía; cabañas diseminadas, humeantes y risueñas, con las perezosas hamacas tendidas en los corredores; el són de las guitarras y los cantos de la costa, todo se unía para dar un sello de alegre vitalidad a aquel camino tan frecuentado.

Confundidos en la turba de caminantes, llegamos por la tarde al pequeño lugar de Armería. Buscamos caballos para continuar el viaje; pero no los hallamos, a causa de

la gran demanda que de ellos había. Sólo un salinero nos ofreció dos burros, que llevaba de vacío. Los aceptamos. A la mañana siguiente, a la hora en que el *lucero* salió, ya nos hallábamos a horcajadas en el ancho aparejo de los nobles jumentos.

—Oiga Ud., D. Valeriano, le dije al salinero, ¿cuánto nos falta para llegar?

—Poca cosa, señor; a las ocho estamos allá.

Y agregó después de una pausa:

—¿Ya llevan sus pasaportes?

—¿Para qué?

—¡Cómo para qué! Para entrar en Cuyutlán! Según veo, es la primera vez que Uds. vienen.

—Sí, le dijimos.

—Pues necesitan pasaportes, dijo gravemente el *burrintero*.

Yo me quedé abriendo la boca.

—Sr. Centellas, añadió dirigiéndose a mí. ¿Quiere Ud. que se los proporcione?

—Sí, hombre, cuanto antes!

El salinero se fué a un lado del camino y volvió con un par de huesos.

—Aquí están, dijo.

—¿Eso es burla?

El *burrintero* se encogió de hombros.

No nos quedó más remedio que tomar los *pasaportes*, que colgamos de los aparejos, y azotando a los burros, exclamamos:

—Ahora, a Cuyutlán!

IV.

El pueblo se presentó a nuestra vista con toda la hermosa sencillez de los caseríos humildes; sus largas calles de cabañas se perdían a lo lejos en la espesura de los árboles, y las espirales de humo que se desprendían de los hogares, formaban sobre los techos una azulada red flexible y ondulante: allí había vida.

Próximos a entrar en la placita, divisamos un grupo de bañistas, hombres y mujeres, que ocupaban casi la mitad de la bocacalle.

—¿A quién entregamos el hueso? inquirió mi compañero a media voz.

No obstante la cautela, la pregunta fué oída por los del grupo, pues acercándoseme un joven, con mucha urbanidad, me dijo:

—El hueso, señor.

Fué necesario detener a los burros casi a fuerza; y al entregar el *pasaporte*, hirió mis oídos una carcajada homérica.

Levanté los ojos. ¿Qué sucedía? Una multitud nos rodeaba con caras de risa y burla. El ruido fué creciendo, mezclado con silbidos y gritos; algunos sombreros cruzaban el aire, y una voz vibrante se levantó diciendo:

—¡Vivan los estudiantes!

La ira brilló en mis ojos; y tal vez iba yo a cometer alguna barbaridad, cuando cayó una lluvia de golpes en las ancas de nuestros burros, los que se lanzaron corriendo y abriéndose paso al través de la multitud. El

grupo de guasones nos siguió aún echándonos vivas, y, en medio de aquella carrera triunfal, ví que nuestros pasaportes caían en el techo de un portal de zacate, lanzados por un chicuelo vivaracho y gritón.

—No tengan Uds. cuidado, me decía un amigo en el *hotel* de zacate en que nos alojamos; ya tomarán la alternativa. Estas son cosas de todos los días. Lo que deben hacer es pedir un buen almuerzo; después iremos a la playa y tomaremos un baño, si Uds. quieren, o nos divertiremos simplemente como espectadores.

Hicimos todo lo que nos decía esta voz razonable, menos lo de la *alternativa*, reservándonos para la mejor ocasión.

Al franquear el médano, el mar se presentó ante nuestros ojos con toda su majestad. ¡Sublime espectáculo! Aquella inmensidad de agua, cuyas riberas opuestas ni la imaginación alcanzaba, y que se confundía en la línea del horizonte con el cielo, en un pliegue invisible, me causó una impresión profunda de admiración y asombro.

Allá lejos, en la *reventazón*, se levantaba la ola verde, alta y larga como una muralla, y luego, envolviéndose sobre si misma, caía con estruendo; su color de esmeralda se convertía en blanco de nieve, y luego rodaba, hasta llegar mansa y espumosa a la orilla con agradable rumor.

Allí todo era movimiento, ir y venir de olas; truenos y rumores; cantos y sollozos;

explosiones de espuma blanquecina, y la luz del iris jugueteando en los rizos de las ondas.

Allí se bañaban en grupo fraternal hombres y mujeres, ancianos y niños. Bañadores valerosos se avanzaban hasta la *reventazón*. Padres, hermanos o simplemente amigos, conducían de la mano a las mujeres tímidas o a los niños en medio de aquel hervidero de olas, que se sucedían con regularidad, ya furiosas y rugientes, ya calmadas y espumantes, ya ruidosas y saltando; yendo, corriendo, bajando, subiendo; pero siempre *pérfidas*, heladas, oscuras y engañosas.

V.

Cuyutlán es el reino de la franqueza, del cariño y la fraternidad. ¡Noches hermosas! Casi siempre *tertulias* o bailes; pero bailes y tertulias campechanos, reuniones de alegres bañistas, deseosos de pasar el tiempo en la charla y diversión.

Cuyutlán es el nido primaveral de las bellas, de los amores y las ilusiones. ¡Cuántas novelas han tenido en la playa prólogos risueños y encantadores!

Una noche, después de esos ratos deliciosos pasados en medio del buen humor, jugando a las *prendas* y *sentencias*, me preparaba a dormir, cuando llegó a mis oídos el sonoro rasgueo de una guitarra, y poco después la voz limpia y hermosa de un jo-

ven que cantaba. A pesar del tiempo, aquella trova permanece aún en mi memoria. Decía así:

La noche está serena,
Brilla la luna,
La brisa entre la selva
De amor susurra,
De amor susurra tierna,
Que sin amores,
Nada existe en la tierra,
Ni auras ni flores.
Sal a tu puerta, oh Nice,
Nice del alma,
Oye al cantor que gime
Junto a la playa,
Junto a la playa gime,
Que es la partida
Lo más amargo y triste
Que hay en la vida!

VI.

Ha pasado una semana.

Nuestras vacaciones habían expirado, y era ya tiempo de volver al colegio.

La marcha estaba preparada para las cuatro de la mañana del día señalado. Yo no sé si serían o no estas horas, cuando me desperté repentinamente.

—¿Qué pasa?—pregunté al mozo que entraba en ese instante.

—Son los amigos de sus mercedes que vie-

nen a despedirse, respondió sonriendo.

En efecto, me asomé por una abertura que con los dedos de ambas manos practiqué en la pared de zacate, y ví en la calle un grupo numeroso de gentes que reían y hablaban a media voz.

—¡Una! ¡Dos! ¡Tres!

¿Qué era aquello? Una cencerrada ni más ni menos. Al sonar la señal, se levantó un ruido espantoso. Más de veinte personas *tocaban* cajas o botes de hojalata, jícaras, cueros duros, flautas y pitos de carrizo o barro, y trompas improvisadas en forma de alcastraz. Aquel concierto no lo hubiera soportado ni un chino.

Instintivamente me llevé las manos a los oídos, y no obstante oí una voz que en tono plañidero decía:

—¡Te *juites* y me *dejates*!

La frase fue repetida como en letanía con algunos lloriqueos y carcajadas mal apagadas.

Ya no nos quedó más remedio que reír. Arreglado todo precipitadamente, montamos a caballo, y salimos seguidos de aquel grupo de ociosos y de aquella música singular, hasta las afueras del pueblo.



16. Juárez en Cuyutlán

En la costa del Estado de Colima hay un pueblo llamado Cuyutlán, célebre por sus magníficas salinas y por los baños de mar que allí se toman durante los meses de marzo, abril y mayo.

Corría el año de 1858 y se iniciaba la guerra de Reforma.

Juárez, que se dirigía a Manzanillo para embarcarse con rumbo a Panamá y trasladarse a Veracruz, se detuvo con su comitiva en aquel pueblo ribereño.

La escolta que mandaba Iniestra infundió tal pavor en los habitantes y bañistas, que casi nadie quedó en el pueblo. El *juez*, que era conservador y se llamaba Antonio Ferrer, huyó atemorizado declinando el mando en otra persona. Pero la actitud tranquila de los recién llegados pronto inspiró confianza; y los fugitivos o escondidos, con excepción de Ferrer, comenzaron a mostrarse.

La curiosidad aguijoneó hasta a los más tímidos.

—¿Cuál es?

—Ese.

—¿Ese indio tan feo?

—Sí, ése es el Presidente de la República.

Entretanto que los curiosos se sucedían en torno de la posada de Juárez, éste y sus

acompañantes políticos se entregaban al descanso en blandas hamacas, bajo la sombra de los pajizos techos, al abrigo de un sol abrasador que inflamaba las estériles arenas de los médanos. Tajadas de sandías, mostrando los tres colores de nuestra bandera, por la que peleaban aquellos patriotas, circulaban a profusión, y su fresco jugo iba a calmar el irritante calor del viaje.

De repente, uno de aquellos personajes se pone la mano en el oído, atento a un rumor extraño; pónese en pie; toma un rifle y se dirige apresuradamente a la mitad de la calle; prepara el arma, apunta, óyese una detonación...

—¿Qué es?—preguntó Juárez.

El cazador, por toda contestación, señaló sonriente un loro agonizante que aleteaba sobre la caliente arena. Lo levantó triunfante mostrándolo a sus camaradas, y exclamando infantilmente:

—¡Es un loro de cabeza dorada!

Pero en aquel instante, por allá arriba, lejos, por los aires, se oyó un parloteo *sui generis*, como de multitud alegre en día de fiesta: era una bandada de pericos que se acercaba.

Los amigos de Juárez no habían visto nunca a esas aves en plena libertad, volando en los aires y llenando la atmósfera con las notas gárrulas de su algarabía. Ni habían pensado nunca que en un guayabo se aglomeran innúmeras parvadas a comer frutos

y a charlar amistosamente, en un lenguaje suyo, y volar luego a una palma de coco de aceite a devorar coquillos verdes y suaves.

—¡Ah! Los loros! Miralos qué verdes!

Cunde el movimiento entre los amigos de Juárez. Relucen nuevos rifles y algunas pistolas. La calle se llena de gente.

Los loros, esas esmeraldas aladas con engastes dorados, se acercan. Las miradas ansiosas se levantan. Las armas también...

—¡Señores!—gritó una voz firme y serena en medio de aquel bullicio... ¡Está prohibido tirar dentro de la población!

El que tal cosa había exclamado era un ranchero, vestido con su traje típico de la época: chaqueta de gamuza con alamares y pantalonerías de lo mismo, abiertas, y con botonaduras de plata; botas de vaqueta y sombrero jarano.

—¿Qué?....

—Digo que está prohibido tirar dentro de la población. Hace unos cuantos días un salinero recibió una bala de un cazador imprudente; y por tal motivo se dictó la disposición.

En aquel instante la parvada de loros pasó parloteando sobre la escena.

Las armas se habían bajado.

—¿Quién es aquí la autoridad?—interrogó Juárez desde la hamaca.

—Yo.

—Amigo, dijo el Presidente levantando-

se de su hamaca. Deme Ud. su mano. Es Ud. un buen Comisario; es Ud. un buen juez, que cumple con su deber. La ley será respetada, hoy y siempre. ¿Cómo se llama Ud.?

—Ignacio Avalos, su servidor.

—Gracias. Cuento Ud. con la amistad y consideración del Presidente de la República.



17. Manzanillo

I.

El puerto de Manzanillo en el Estado de Colima es uno de los mejores del Pacífico. El accidente geográfico que le da abrigo es una amplia bahía en forma de semicírculo dividida en dos por una punta alta y rocallosa que en las cartas lleva el nombre de la Audiencia, pero que en Manzanillo nadie llama sino Punta de Santiago. Esta punta avanza varios kilómetros hacia el mar, dividiendo el semicírculo, como ya se dijo, en dos cuadrantes, llamados a su vez bahías o ensenadas; la del norte lleva el nombre de bahía de Santiago y la del sur, bahía de Manzanillo propiamente dicha. En cada extremo del arco correspondiente a cada cuadrante, o sea en cada bahía, se forma un puerto, una ensenada. Pero más allá de la punta de Juluapan o de Erizos, que cierra la bahía de Santiago, está la punta del Carrizal, formando la ensenada de Higueras. De modo que en todo aquel notable accidente geográfico, hay cinco puertos: el de Higueras en la ensenada de su nombre, y los de Juluapan y Santiago en la división del norte, y los de Salagua y Manzanillo en la división del sur; siendo los mejores, por estar menos expuestos a los vientos libres del mar, los de Manzanillo y Santiago.

Los puertos de Salagua y Santiago se encuentran, respectivamente, a cada lado de la punta de la Audiencia o de Santiago, y al iniciar ésta su avance hacia el mar; de modo que son los más internos, y debido a eso fueron los primeramente usados, pues en ellos se construyeron los primeros barcos españoles, allá en el siglo de la conquista; en el primero, para una expedición de Cortés al Golfo de California, y en el segundo, para la de Legaspy a las islas Filipinas.

La bahía de Manzanillo, bien abrigada por cerros, es muy profunda. Antes de las obras del puerto, los buques de vapor de mil toneladas anclaban a doscientos o trescientos metros de la playa. Y jamás ha habido allí servicio de prácticos, sino hasta hoy.

En la bahía de Manzanillo desagua la pequeña laguna de San Pedrito, no muy distante de la ciudad, hacia el poniente. Y al sur de la población del puerto comienza la laguna de Cuyutlán, que se extiende en una longitud de cincuenta kilómetros paralelamente a la orilla del mar, hasta cerca de la desembocadura del río de la Armería, a la mitad del litoral colimote.

La vecindad de la laguna de Cuyutlán hace que las aguas de ésta y las de la bahía no disten sino quinientos metros aproximadamente; una calle recta va desde las aguas de la una a las de la otra. Pero dichas aguas no se comunican ni nunca se han comunicado, a pesar de lo que dicen ciertas geogra-

fías, pues la diferencia de nivel entre ambas es bastante considerable.

Hay, pues, en Manzanillo fundamentalmente dos barrios: el del mar y el de la laguna, unidos por una calle estrecha abierta en el cerro.

Las casas están asentadas en su mayor parte en las faldas de los cerros, tanto en un barrio como en otro. Las parte bajas son de corta extensión y no han bastado para el desarrollo creciente de la ciudad.

Desde el mar, la vista que presenta el puerto con sus casitas encaramadas en el cerro es de lo más pintoresco; y de noche, las luces de los hogares hacen que parezca la ciudad un *nacimiento*.

II.

El accidente orográfico más notable está constituido por el cerro del Vigía, al poniente de la ciudad, bloque montañoso que defiende al puerto de los vientos marítimos y que se extiende hacia el mar por varios kilómetros, hasta la punta de Campos. Se llama cerro del Vigía, porque arriba hay una oficina destinada a explorar el mar. En la punta de Campos hay ahora un faro.

Estando en el puerto, no se ve el mar libre. En frente, queda la punta de Santiago, y más allá, en la vecina bahía, el cerro de Juluapan cierra el horizonte. A la vista de los habitantes del puerto, no hay más que un extenso estanque marítimo como de seis

kilómetros de anchura. Se necesita embarcarse para descubrir hacia la izquierda, es decir, al poniente, la amplísima *bocana* que conduce al mar libre.

Pero si subimos al cerro del Vigía, desde allí se disfruta en toda su esplendidez el espectáculo encantador que presenta el conjunto de las bahías, sus montañas verdes o azules, según las distancias, sus playas bordeadas de espuma y de esmeralda, la bocana anchísima, el mar libre de lejanos horizontes, el océano inmenso, alta mar; y a nuestros pies, por un lado, las casucas del fuerte, acurrucadas en los repliegues del cerro, en armonioso desorden, o agrupadas en los planos, formando sinuosas calles y bordeando el mar; por otro lado, la inmediata bahía, abrigando algún vapor, algún velero, y multitud de *pan-gos*, de botes y canoas, anclados sin concierto en el móvil espejo o amarrados a los muelles de madera que, a manera de cientopiés, avanzan sus armazones frágiles sostenidas por estacones, sobre las inquietas y salobres olas; hacia el sur, se contempla la laguna de Cuyutlán con sus eternos manglares, su inmenso puente de miles de metros sobre el que pasa el ferrocarril con empenachada locomotora, sus médanos boscosos, y luego, más allá, la mar del sur, hasta perderse de vista en una confusión de espejismos pálidos; hacia el norte, los Frailes, único arrecife distante de las costas que marca allí un punto de atención a los marinos, pues los otros escollos,

llamados *morros*, están pegados a los cerros; son restos de éstos en el gran trabajo de erosión del mar y aparecen aquí y acullá como avanzadas de los cantiles o taludes, como cabezas que surgen del agua y en las que se estrellan las olas formando cascadas de perlas o plumeros de argentada pedrería. Y luego, la vista se eleva para tropezar con el alto pico del Vigía Viejo, cuya masa se interpone entre el mar y nosotros, impidiéndonos ver por ese lado la vasta extensión del océano.

El vigía, que es un empleado aduanal, pasea frecuentemente su anteojo de larga vista por el mar visible, y cuando descubre un buque, lo anuncia al puerto mediante convenidas señales. Junto a su casuca, se eleva un alto poste con un largo palo transversal, formando el conjunto una cruz, con cuerdas que corren por carruchas y que van desde la punta superior hacia los extremos de los brazos, y desde éstos hasta cerca del suelo. Por ellas se hacen subir gallardetes rojos y bolas de hojalata pintadas de negro; y según la cuerda y la combinación de bolas y gallardetes, el vigía anuncia al puerto la aparición de los buques y sus diversas circunstancias, tales como: barco a la vista, por el norte o por el sur, velero o de vapor, hace o no hace al puerto; entra en el puerto, está bordeando, si es nacional o extranjero, etc. Esas eran las viejas señales. Ahora el telégrafo del vigía se ha modificado.

El vigía pone su señal, y toca luego una campana de agudo són, cuyas campanadas siguen también un orden convenido, como en el telégrafo de Morse (puntos y rayas). Todo, pues, es un lenguaje combinado, que habla primero al oído y después a la vista.

Al toque sonoro, los habitantes del puerto que andan en calles y plazas o en la playa, levantan la vista hacia el cerro del vigía, y los que están dentro de sus casas, se lanzan a la calle para saber y averiguar qué es lo que el vigía anuncia.

Y es de ver entonces, si el buque hace al puerto, cómo se agita la gente trabajadora de mar y tierra. El buque está invisible aún. Es como el embajador que ya llegó a las calles y a las puertas del palacio y a quien han anunciado los clarines y tambores de la guardia; y sólo falta que trasponga todos los umbrales, para que al fin se presente en el salón de recepciones con el saludo de ordenanza.

Como decía, el hormiguero laborante se alborota. Los curiosos se agolpan en los muelles. La chiquillería escolar se inquieta, y no queda al maestro más remedio que dejar salir a los grandecillos para que ayuden a sus padres o se ganen una propina.

Los botes se deslizan suavemente al golpe del remo sobre las aguas, en tanto que los pesados pangos comienzan a mover sus ventrudos cuerpos sin quilla, semejjando lentas

tortugas que acaban de despertar de un largo sueño.

Y el buque aparece al fin entre las exclamaciones de alegría de los porteños y el suave canto del mar.

III

Actualmente la ciudad de Manzanillo se ha desarrollado mucho, pues cuenta aproximadamente cinco mil habitantes. Se han hecho "las obras del puerto" y se han preparado obras de saneamiento, hechas de cemento y piedra y de tubos de primera calidad. El piso, para tales obras de saneamiento se ha levantado metro y medio, cuyo nivel va a morir a la orilla del mar. Esto ha hecho que las casas queden hundidas. A ellas se baja por medio de escaleras. Pero ya hay varias levantadas al nivel de la calle. El agua no correrá por los tubos, sino hasta el día en que los casas estén al nivel de la calle y cuando se introduzca el agua a la ciudad. Ambas cosas tardarán años y más años. Pero la nivelación de la población, con sus anchas plazoletas hacia la orilla del mar, bien pavimentadas, con bancas y jardines, le da aspecto moderno. La obra principal del puerto consiste en un *rompeolas* que se desprende del cerro del Vigía, cerrando la entrada a las corrientes marinas. En su extremo existe un faro. Algunos barcos atracan en dicho rompe-olas, en la parte más arrinconada de la bahía, y al pie del cerro.

18. Anclaje

Tranquila duerme la mar,
Hincha sus ondas y mueve
Los encajes de oro y nieve
Que el aire corre a besar;
Siente la playa rodar
Copos de espuma que cuaja
El aura fresca que baja
De la líquida llanura,
Y al sol candente fulgura
La deslumbrante marmaja.

Como nidos de palomas
Están las casas del puerto
Posadas en el incierto
Laberinto de las lomas;
Se confunden los aromas
Del mar y la selva umbria;
Brotan cantos de armonía
De los oleajes dormidos,
Y arrullan los blancos nidos
Que circundan la bahía.

En la loma más cercana
Del puerto y de la ribera,
Una casa de madera
La suave cumbre engalana;
Allí cuelga una campana
De dulce són melodioso:
Si vibra, turba el reposo
De aquel puerto adormecido,

Y es de las ondas el ruido
Más alegre y sonoro.

Son las diez, y el sol calienta
Con su lumbre brilladora
Esa tierra encantadora
Que el mar con su voz alienta;
Bramando la onda revienta
Contra el fuerte lomerío;
Y vuelta entonces rocío
Se deshace en resplandores,
Y al aura da sus vapores
Para templar el estío.

Y allí en la loma cercana
Que domina la ribera,
Do la casa de madera
La suave cumbre engalana,
Sonando está la campana
Con su acento melodioso;
Turba el lánguido reposo
Que tiene al puerto adormido,
Y es de las ondas el ruido
Más alegre y sonoro.

“Vapor al sur!” El acento
Del bronce va proclamando,
Y vese arriba ondulando
Un gallardete sangriento;
Tienden sus velas al viento
Las barcas de la bahía;
Surcan el agua a porfía
Botes de remo y de vela

Que van fingiendo una estela
De perlas y pedrería.

Poco después el vapor
Aparece en la bocana
Ostentando en la mesana
La bandera tricolor;
Se alzó en la playa un rumor;
Y chirriando la cadena,
Hundióse el ancla en la arena
Bajo el golpear de su peso,
Y el león del mar quedó preso
Sacudiendo su melena.

Luego un silbido profundo
Resonó de lado a lado,
Como una alerta lanzando
Por el progreso del mundo;
El eco rico y profundo
Llenó de voces el viento:
Era el grande llamamiento
Que vibrando en todas partes,
Alza y despierta las artes,
Despierta y alza el invento!



19. Notas y Paisajes de Manzanillo

I. *Las ballenas*

Durante los meses invernales, aun cuando en Manzanillo no hay nunca invierno, la bahía se ve visitada por numerosos cachalotes que van ahí a tener su cría o quizás en busca de un clima más dulce para ellos en esa época. La gente de playa cree que aquellos cetáceos son ballenas, tanto que a los pequeños los llaman ballenatos.

La presencia de estos gigantes del mar se manifiesta por los chorros de agua que lanzan verticalmente allá o acullá en distintos puntos de la bahía. Y la creencia de que allí van a tener sus crías se funda en que junto con los grandes aparecen los pequeños jugando. No podemos saber cuándo juegan los peces, cuándo los saltos que dan son de temor o de miedo. Pero en lo que toca a los grandes mamíferos mencionados, se ve bien que los chicuelos se divierten, que juegan con sus padres. Aquellos chicuelos deben ser más grandes que elefantes, pues se distinguen perfectamente cuando saltan, aun cuando disten tres o cuatro kilómetros. Durante el salto quedan, a veces, enteramente fuera del agua, y luego caen produciendo olas, chisperos y espuma. Y la madre colea a su

lado, saca la enorme cabeza y lanza al viento sus bellas columnas de agua. Y así madre e hijo juegan largo rato, hasta que desaparecen hundiéndose en el seno líquido, mientras que otras parejas surgen por diferente lado entregándose a las mismas actividades placenteras. Aquellas gratas escenas rompen pintorescamente la monotonía de la superficie líquida.

Cierta tarde, un grupo de jóvenes fletamos un bote velero, y salimos al mar. En ocasiones nos gustaba manejar los remos, las velas o el timón; cuando deseábamos navegar a la vela, teníamos siempre la previsión de llevar con nosotros un *playero*, es decir, un experto en cosas de mar que nos pudiese ayudar o aconsejar en caso necesario.

Pues bien, esa tarde soplaba un viento fresco que hinchaba fuertemente las velas de nuestro bote. Navegábamos a gran velocidad. El oleaje era agitado; nuestro bote cortaba las olas diagonalmente, y llevaba la proa hacia la bocana. El mar libre estaba frente a nosotros; y allá lejos, el sol, ya de un color dorado claro, iba descendiendo en el confín del horizonte.

Cantábamos y reíamos. Gozábamos de la vida. Uno de los nuestros tocaba la guitarra alegremente.

Los chorros de las ballenas aparecían de cuando en cuando en diversos sitios. El es-

pectáculo de aquellos *geysers*, que es siempre atrayente, nos deleitaba.

De improviso, una rugiente columna líquida se levantó frente a nosotros, a corta distancia. La columna se deshizo en abundante rocío que cayó sobre nosotros como ráfaga de lluvia fina. Y vimos el negro dorso del gigante marino deslizarse con rapidez en dirección perpendicular a la de nuestro bote. La ballena rozaba el agua ruidosamente, y hasta nos pareció oír los resoplidos de su poderosa respiración.

La intuición de un peligro cierto entró como un rayo en nuestras almas. Todos palidecimos. Se suspendió nuestra respiración. Inútil pretender cambiar la dirección del bote. Además, estábamos paralizados de pavor.

¡Nos creímos perdidos!

¡Qué horrible fue aquel corto minuto!

En el momento preciso de desaparecer el dorso del cetáceo bajo el agua, pasó silbando nuestro bote, con sus hinchadas velas, cortando la perpendicular y cruzando la espesa espuma que el gigante marino había producido con su potente cola.

II. *El puerto de Ventanas.—Los caracoles de púrpura.*

Partiendo del barrio de la laguna y caminando entre ésta y el pie del cerro, se llega al cabo de una hora escasa al puerto de Ventanas. Es éste una pequeña playa inte-

rumpida por una roca aislada y rodeada de cerros abruptos. El cerro de Manzanillo se corta ahí para abrir esta abertura gigantesca, llamada de Ventanas, quién sabe por qué. Es un sitio poéticamente pintoresco.

Ha existido el proyecto de abrir un canal que permita la entrada de las aguas marítimas a la laguna de Cuyutlán, a fin de mantener constantemente lleno este vaso lacustre. La distancia entre el mar y la laguna es allí más corta que en Manzanillo. La laguna se seca en los meses que preceden a las lluvias, y al disminuir de fondo, se calienta el agua, muriendo los peces. Se desprenden entonces gases pestilentes que envuelven al puerto en una atmósfera mefítica. Si se logra mantener llena perpetuamente la laguna, no sucederá aquéllo, y entre otras ventajas, ganará la salubridad pública. Y hasta se ha pensado que podría establecerse en el interior un magnífico puerto lacustre.

Pero en las dos veces que se han emprendido seriamente obras para la apertura de dicho canal, el mar de Ventanas ha hecho fracasar el proyecto. El hombre cava y el mar rellena. El hombre hace y el mar deshace. El hombre compone y el mar descompone, del día a la noche. Lo de hoy no será mañana. Es la imagen de la tela de Penélope, en continua alternativa, inexorablemente, sin remedio. El pretendido canal se ha tragado millones.

A aquel rincón lleno de encanto, donde el

oleaje multiforme atrae constantemente la mirada, donde las olas se estrellan en las rocas levantando remolinos de espuma o se mueren mansamente en la arenosa playa con poético rumor, solía ir con los alumnos de mi escuela en los días de *paseo*, y gozaba viéndolos coger *caracoles* de tinta, o sea el famoso múrice de Tiro, la púrpura fenicia, con que en la antigüedad se teñían los mantos de los reyes.

Los muchachos llevaban *mascadas* o madejas de seda o hilo para teñirlas con la preciosa tinta, o bien hacían la travesura de teñir incompletamente sus pañuelos de uso. Es muy curioso el procedimiento y casi constituye un secreto. Trepando por las peñas que las olas mojan en su constante vaivén y despreciando las frecuentes rociadas de agua y de espuma que les prodigan, allá van los muchachos desnudos o semidesnudos, en actitud rampante, escudriñando la mojada superficie de las rocas en busca del precioso caracol, que es pequeño, del tamaño de una nuez, de color obscuro y de superficie regularmente estriada. Se oyen gritos de alegría al descubrimiento de uno o varios. Tan pronto como un molusco de aquellos está en manos de un muchacho, éste escupe sobre el cuerpo blando del escondido animalillo. Al influjo de la saliva, el molusco suelta un jugo verdoso, que es la tinta y con la cual tiñe el rapaz una pequeña porción de su tela o madeja. Hecho esto, el caracol es arrojado

al mar para que siga viviendo; de suerte que el criadero jamás se ve mermado, manteniéndose permanente. Y de esta manera seguía la búsqueda del precioso múrice hasta que el sol declinaba, allá en frente, tiñendo también de púrpura los vapores celestes y la inquieta llanura del mar.

El hilo de caracol, como es llamado, conserva indeleblemente su bello color y sirve para bordar los cuellos, mangas y pecheras de esas típicas camisas de mujer que sólo admiramos en la costa, en donde, por virtud del calor, son exhibidos sin disfraz por sus poseedoras.

III. *Las perlas.—La tintorera*

Toda la amplísima bahía de Manzanillo es un depósito de perlas. La concha nácar abunda en todos sus fondos y rincones. Los criaderos son inmensos.

Los pangos son embarcaciones de fondo plano que se usan para recibir la carga de los barcos y conducirla al muelle y vice-versa. Día llega en que es necesario hacerles reparaciones o simplemente calafatearlos con nueva estopa. Pues bien, cuando se ponen en seco, en la playa, sobre vigas o tarugos, se mira, no sin sorpresa, que su casco, antes sumergido en las aguas marinas, está cubierta por una capa de conchas, más o menos continua, de la clase perlífera, agrupadas allí por centenares.

Y hasta en los estacones de los muelles se pega espontáneamente la preciosa madre-perla.

Antes de que se hicieran las obras del puerto, construyendo malecones y rellenando parte de la ensenada, el pie del cerro del Vigía, en el barrio del Rincón, estaba mojado por el mar; las aguas se extendían desde allí hasta un grupo de morros, restos carcomidos del propio cerro y que denotaban cuán persistente, tenaz y violento era allí el trabajo de erosión de las olas. En ese grupo de morros comenzaba a perfilarse la boca del puerto. El pie del cerro, batido constantemente por las olas, estaba tallado en talud. El roce perenne del agua lo había carcomido hasta labrarle pequeñas entrantes y salientes, a manera de escalones, naturalmente muy irregulares y sin concierto alguno, que permitían andar por ellas con algunas precauciones y a veces agarrándose como un reptil en las ásperas rugosidades.

En mis ratos de ocio solía trepar en aquel contrafuerte natural y avanzar hasta cerca de los morros, lo cual hacía un espacio de algo más de un centenar de metros. Las olas del mar se agitaban a mis pies y a veces me rociaban con su espuma al estrellarse en la roca o subían mansamente hasta mojarme el calzado. De trecho en trecho encontraba algunas oquedades, más o menos grandes, y a diversas alturas, que guardaban el agua que había quedado allí a la hora del flujo. En

esos hoyos quedaban presos, en ocasiones, algunos pececillos: débiles sardinas de cuerpo alongado o infantiles representantes de especies mayores, diminutos, color de plata u oro o con irisaciones de acero. Y a mí me gustaba visitar esos acuarios naturales, en los que, además de los peces, había conchas y caracoles y plantas marinas, y en el fondo menuda arenilla de granos azules. Y entre las conchas, figuraba con cierta profusión la madre-perla, de varios tamaños, desde verdaderas miniaturas hasta jóvenes conchas de cinco o seis centímetros.

Conocía perfectamente aquel sitio, y los bellos acuarios de que he hecho mención me eran del todo familiares. Pues bien, uno de mis gozos mayores era acercarme a ellos con toda precaución, arrastrándome como un molusco, a fin de sorprender a las conchas abiertas. Las más de las veces mis esperanzas resultaron frustradas, y sólo en una ocasión, en una sola, pude contemplar a la madre-perla, con sus valvas abiertas, de nacarada y pulida superficie en el interior, y al precioso molusco, reposando en el fondo de su mágico estuche y recibiendo los dulces reflejos de la luz matinal. Pero sólo por un instante, porque en seguida cerró estrepitosamente su balcón.

Pero en esas excursiones tuve en cierta vez un encuentro que guardo indeleblemente grabado en mi memoria. En una de tantas ocasiones que visitaba aquellos lugares,

me hallaba sentado quietamente en una rugosidad del talud, contemplando el mar. A mis pies había un conjunto de rocas dispersas en el mar, diríamos un grupo de morros minúsculos, dejando entre ellos espacios libres más o menos extensos y de escasa profundidad. Cuando el movimiento del oleaje venía, algunas quedaban sumergidas y otras mostraban afuera su negra cabeza. Sin embargo, el mar estaba bastante tranquilo, elevaba y bajaba su nivel mansamente, de suerte que lo que tenía a mis pies era, en realidad, un estanque sin rizos ni espuma. El agua estaba transparente y se alcanzaba a ver el fondo, tapizado de arena en ciertos sitios, de pedruscos redondeados en otros y de roca viva en los más. Peces numerosos y variados nadaban allí. De repente, todos estos habitantes acuáticos huyeron rápidos como flechas demostrando excesivo pánico. Unos cuantos segundos después, vi entrar en el estanque una tintorera de muy respetables dimensiones nadando sin apresuramiento. Cuatro o cinco metros media su longitud. Su color era aceitunado, presentando algunas manchas. Al verla sentí gran temor. El agua distaba apenas un metro de mis pies. Pero el animal no sospechó mi presencia. Quizás me tomó por un accidente de la roca. ¡Tan inmóvil estaba yo! El gigante selacio iba y venía, cruzaba el estanque en todas direcciones, como olfateando algo, moviendo muy pausadamente sus aletas. A ve-

ces las dorsales y la caudal surgían del agua cortándola como con un cuchillo. Me interesé al fin; me pasó el miedo y me dediqué a gozar de aquel espectáculo inesperado. No sé bien en qué consiste la diferencia entre un tiburón y una tintorera. Sé que ésta es una especie de tiburón de las más temibles por su arrojo y voracidad; y no la *hembra* del tiburón, como dice el Diccionario de la Academia. Los playeros me la habían ya mostrado en diversas ocasiones, diciéndome: "¡Allí va una tintorera!" Y había conservado la imagen de sus rasgos generales.

Pasaron varios minutos para mí de verdadero placer; y no sin tristeza ví que la fiera marina salía del estanque y se alejaba lentamente bajo las quietas ondas.

¿Y tanta concha nácar, como hay en Manzanillo, no se ha explotado?

Sí. Por entonces vimos en la bahía a buzos con escafandra extraer la concha-perla en inmensas cantidades. Esos buzos pertenecían a compañías pesqueras de la Baja California, y dijeron que muchos de los bancos de conchas eran extremadamente antiguos y que las conchas viejas estaban picadas. Pero había muchos bancos nuevos. Las perlas pequeñas y de poco valor son miradas por los pescadores con muy poco aprecio. Los buzos las llaman *morralla*, de la que llenan cajitas de píldoras o de betún para venderlas en cuatro o cinco pesos. Pero, en ocasiones, acontece encontrar muy buenas perlas en-

tre la *morralla*. Los barcos pescadores de perlas son veleros llamados *pailebots*, cuyos bordes suelen estar incrustados de abundante *morralla* que allí hunden los buzos a golpe de mazo.

Aun recuerdo la figura grotesca de los buzos, con su escafandra voluminosa y sus cortas piernas, semejantes a renacuajos de las Mil y Una Noches, descansando al borde de los botes pescadores, boca abajo, y con los pies en el agua, como hombres ahogados; y luego descender otra vez al seno de las aguas, para andar a pie, con su calzado de plomo, en el fondo asombroso de la bahía en busca de la preciosa concha.

IV.—*La manta-raya.—Pesca de tiburones.—Historia blanca de los tiburones en Manzanillo.*

Los playeros de Manzanillo raramente se dedican a la pesca mayor. Y sólo por deporte arponean allí mismo en la bahía algún pez-espada o alguna manta-raya.

La manta-raya es un pez de forma romboidal; hacia el frente, el pico del rombo se trunca para mostrar una abertura logitudinal, que es la boca, la cual más bien semeja un chupador que un hocico; hacia atrás, el pico del rombo se prolonga por una larga cola ósea y elástica que parece látigo; y hacia los lados, los picos del rombo, algo más

desarrollados, se adelgazan y tienen formas de alas.

Este extraño animal es de grandes dimensiones, más grande que un cuero de toro extendido. Su vista inspira gran temor. Entre la gente de costa, corre la creencia de que la manta raya no devora hombres, en vista de que carece de dientes; pero dicen que los chupa oprimiéndolos entre sus alas y pecho, hasta no dejarles ni una gota de sangre, arrojando luego el bagazo humano para pasto de los tiburones. Sin duda que esta es una abusión que contribuye a rodear a la manta raya de una fama siniestra. Pero es seguro que no es inofensiva.

Una vez, estando en el cerro del Vigía y hacia la punta donde comienza la bocana, dirigía mis ojos hacia el mar que quedaba allá abajo, como a cien metros. Me pareció ver que, a una distancia algo mayor, una cosa blanca aparecía y desaparecía en las aguas alternativamente, con cierta regularidad. Procuré saber qué era aquello. Por fortuna aquel objeto pasaría en frente de mí. El mar estaba verde y transparente. Y a pesar de la distancia, reconocí bien pronto a una manta raya que nadaba con extraordinaria velocidad. Aquella oportunidad me valió saber cómo nadaba el extraño pez. Iba nadando a fuerza de volteretas. Cuando llevaba el dorso hacia arriba, que es negro, se destacaba su forma en el fondo verde; mas luego se clavaba en el mar, y entonces era su vien-

tre blanco el que mostraba en toda su amplitud bajo las ondas. Era una rueda moviéndose en el seno del agua. Era un funámbulo marino empeñado en un delirante *looping the loop*. Se dirigía hacia el puerto. Bien pronto dejé de verla, cuando pasó al pie del cerro que me ocultaba la ciudad.

La pesca de una manta raya era siempre un espectáculo atrayente. Corría la noticia por las arterias de la pequeña población y no tardaba la gente en aglomerarse en los muelles, o en los sitios más próximos, lo más cerca de los valientes pescadores que, en una simple canoa o en un pequeño bote, habían arponeado al siniestro visitante. Por espacio de una hora, el bote iba y venía por la bahía, en todas direcciones, arrastrado por el animal, a veces con descomunal velocidad, a veces lentamente, hasta que, cansado el pez, éste se rendía, siendo rematado a lanzazos al costado del bote. ¿Y todo para qué? *Para aprovechar la cola*, pues no faltaba quien la comprara o a quién se la regalaran, para hacer con ella un *fuate*.

Pero una vez, después de una pesca de ese género, los playeros dejaron la manta raya en la orilla, bien amarrada con un cable, para que, con el olor de su sangre, atrajera a los tiburones, a los cuales tratóse de pescar. Con buenos pedazos de manta raya cebaron unos enormes anzuelos, sujetos a largas cadenas de hierro, y los arrojaron al agua, teniendo cuidado de amarrar las cadenas a

cables, y éstos en grandes estacones clavados en la arena.

En efecto, la sangre de la manta-raya, que lavaba el agua del mar en su ir y venir, atrajo a los tiburones, y en poco tiempo quedaron prendidos ocho de ellos en los anzuelos. Fue ardua tarea la de sacarlos a tierra. Se pegaban diez o quince hombres en los cables, pretendiendo sacar al tiburón; pero éste los arrastraba derribándolos estrepitosamente en la arena. La gritería de los playeros parecía de salvajes. Pero la risa de los mismos y de los espectadores dulcificaba de cuando en cuando la escena. Y como entró la noche, hubo que llevar ocotes para alumbrar la operación. Y en medio de la rojiza luz de los hachones, apareció el primer tiburón sobre la playa echando saltos. ¿Habéis visto un pez de algunos centímetros de longitud debatirse en la arena al ser privado de su elemento el agua? Pues ahora imagináros un tiburón de tres o cuatro metros de longitud hacer las mismas contorsiones de angustia en la playa enjuta. Un golpe de su cola era más que bastante para matar un hombre. Todos los playeros y espectadores hacían un círculo de respeto en torno del tiburón, hasta que éste, falto de condiciones para vivir, iba quedando poco a poco inmóvil. Un playero, con un remo, le daba unos cuantos golpes en la cabeza, y asunto concluido.

Y de los ocho tiburones que mordieron el

anzuelo aquella vez, sólo seis se capturaron, pues los otros dos rompieron sus cadenas y se fueron con todo y todo.

Y es oportuno manifestar en este instante que los tiburones tienen en Manzanillo una historia blanca. Desde que el puerto existe, jamás se ha sabido que algún hombre haya sido devorado por un tiburón. Cuéntase que hace poco, un buen nadador se fue desde Cuyutlán hasta Manzanillo, entrando a nado en el puerto.

Pero el caso más curioso es el siguiente:

Allá por el año de 1924 ó 1925, se embarcaba tropa para Mazatlán; y en aquella operación, se cayó un soldado al mar, desapareciendo inmediatamente y no pudiendo ser encontrado. Corrió la voz de que había sido devorado por algún tiburón.

Ocho o diez días después de aquel suceso, un bote pescador descubrió un objeto extraño en el fondo del mar. Dió aviso a las autoridades marítimas y, con gran asombro de todo el mundo, se vió que aquello que estaba hundido en el mar, era nada menos que el soldado desaparecido.

El soldado llevaba rifle, parque y su carga; cayó al mar de pie, y se hudió derecho en la arena, sin poder desprenderse de ella. Y en esa postura fué encontrado.

V. *La picazón*

Mi escuela estaba situada a la orilla del mar, tanto que las olas, a la hora del flujo,

se estrellaban en las paredes del patio y hasta corrían por el portal pasando frente a mi puerta de clases.

Una mañana, las gentes que estaban en el portal exclamaron de un modo, que sus voces llegaron hasta los oídos de los chicos:

—¡La picazón! ¡Miren la picazón!

Aquello fué el acabóse. Los chicos sintieron el estremecimiento de la libertad, al ver que la gente corría por el portal rumbo a la playa.

—¡Señor! ¿Nos deja ir? —me gritaron con grande excitación.

Yo no sabía qué era aquello de picazón. Pero los muchachos me amenazaban con una avalancha, y opté por permitirles la salida, la cual se verificó tumultuosamente. Yo mismo me lancé tras ellos.

La playa estaba literalmente cubierta de sardinas. Una capa móvil y plateada se extendía hasta perderse de vista en torno de la espaciosa bahía.

Las olas del mar, más bien que de agua, eran de sardinas que huían de los tiburones y de los otros peces grandes, cuyas aletas aparecían en gran multitud surcando inextricablemente la superficie del agua. Los pobres pececillos llegaban al límite de su elemento y saltaban a tierra empujados por un pánico general; o la misma ola, al retirarse, los dejaba saltando angustiosamente en la arena.

Y entre aquellos fugitivos aparecían tam-

bién de cuando en cuando numerosos peces voladores que dirigían su vuelo de defensa hacia la playa, en la cual quedaban bien pronto confundidos con las infortunadas y débiles sardinas.

Jamás había visto semejante cosa. Ni me la había imaginado siquiera.

Miríadas de millones de sardinas llenaban la bahía. Y tal vez en otras playas próximas estaba registrándose el mismo fenómeno.

Tampoco había visto sardinas de tan gran tamaño; y fué preciso que me aseguraran que lo eran, para creerlo. Las había de veinte y hasta de veinticinco centímetros de longitud. Naturalmente, la inmensa mayoría eran del tamaño usual.

Bien pronto, los muchachos y toda aquella multitud de gente que acudió a la playa, recogieron grandes cantidades de sardinas de las mayores, ensartándolas en hilos.

Pero allá lejos, en las distintas playas que quedan fuera de la población, hasta llegar hasta Salagua, en una extensión de varios kilómetros, había otros recogedores de sardinas: eran nubes de gaviotas y de tijeretas que se agitaban, en indecible tropel, en la vasta línea curva de la bahía. Desde lejos las plateadas sardinas brillaban con vívidos reflejos a los rayos del sol.

¡Pobres sardinas! ¡Pobres víctimas! Por no morir en la boca de los tiburones, morían de falta de agua en la playa o en los picos voraces de las aves marinas!

Pero eran tantas, que era imposible recogerlas.

El mar estaba agitado por los tiburones. Trazaban surcos en el agua, en medio de una valla de espuma y de chisperos de agua y de sardinas, que saltaban como batallones de soldados despavoridos, para caer en medio de otros tiburones que venían en sentido contrario.

De esta vez, los tiburones, las gatas, las toninas, las cornudas, los pezespadas, los meros, y quizá las manta-rayas, quedaron hartos de tiernos pececillos.

VI. *Un río de lentejuelas*

En el rincón opuesto a Manzanillo está el puerto de Salagua, antiguo lugar en donde los españoles del primer siglo de la conquista construyeron sus heroicas armadas para lanzarse en las desconocidas olas del Pacífico. Es seguro que eligieron aquel rincón, porque allí desemboca un arroyo de agua dulce. En aquel sitio, en 11 de noviembre de 1615, se libró una batalla por los españoles, al mando de Sebastián Vizcaino, contra unos corsarios holandeses que habían desembarcado, en la cual salieron victoriosos aquéllos, haciendo prisioneros a varios corsarios.

En Manzanillo no hay agua potable, y tiene que llevarse de lejos, y aun se aprovecha la de los algibes.

Yo había visto varias veces aquel arroyito, pero jamás me había bañado en él.

Andando de cacería con otros jóvenes de mi edad, se nos ocurrió reposar nuestros cuerpos fatigados en las transparentes aguas del río de Salagua, como es comúnmente llamado aquel arroyo, el cual, antes de entrar en el mar, se ensancha un poco y hasta alcanza en ciertos lugares una profundidad de más de metro.

Nos lanzamos, pues, alegremente en sus cristalinas linfas, retozando como unos chucuelos. Con nuestros pies removimos la arenilla del fondo; y a poco vimos la totalidad del agua sembrada profusamente de brillantes lentejuelas que se adherían a nuestros cuerpos y se nos metían entre los cabellos. La luz del sol las hacía brillar como el oro.

Sobrecogidos de admiración, nos quedamos un buen rato absortos ante aquella maravilla. ¿Será oro? Pensamos. Y empezamos a recoger en el hueco de las manos aquellas escamas movedizas, que se nos escapaban entre los dedos. Durante la quietud en que estuvimos por algunos momentos, los cuerpillos dorados comenzaban a bajar para irse otra vez al fondo. Y allá brillaban como estrellitas. Es probable que por su propio peso se hundían bajo la arena; y por eso no eran visibles antes. Volvimos a correr y a nadar y nuevamente el agua se pobló de ellos a profusión.

En realidad aquel fenómeno era encanta-

dor. Mis escasos conocimientos en mineralogía me dijeron, sin embargo, que aquellos pequeñas membranas metálicas correspondían a un mineral de cobre, cuyas materias, desmoronadas por la erosión, se habían despojado de él quedando en libertad. De todos modos, nuestro baño en aquel ardiente estío se nos figuró encantado por las náyades; o bien que los gnomos, poseedores de las riquezas subterráneas, nos tendían un lazo para atraernos hacia el misterio de sus hondas cavernas.

VII. *Los hijos del celeste imperio*

En aquel tiempo los guardias fiscales no eran tan exigentes como los de hoy. Cuando llegaban barcos extranjeros, nos dejaban sacar algunas cosillas, compradas a bordo, con tal que las llevara uno en las manos, sin ocultarlas. Una mascada, una botella de Kananga (perfume japonés), una camiseta, una cachucha, unas chanclas chinas, un muñeco, un juguete, una caja de sorpresas, un pantalón de mezclilla azul, pasaban fácilmente. Los chinos vendían sus curiosidades de laca: cajitas, mesitas, rinconeritas, repisas, y otras chucherías por el estilo.

Cuando subíamos a bordo de un vapor americano, los chinos atraían siempre nuestra atención. Vestían con sus trajes propios, usaban sus largas trenzas, fumaban sus pipas típicas, y comían el arroz con dos palillos, con tal habilidad, que el arroz formaba

un hilo continuo del plato a la boca. Y ellos eran los que nos ofrecían sus mercancías, ya en sus camarotes, ya procurando ocultarse de las miradas de los guardas. Y les pagábamos con pesos fuertes del águila, que ellos apreciaban mucho.

Sabido es que los chinos no pueden pronunciar la *jota* y la substituyen por *c* fuerte o *k*.

Pues bien, en los vapores americanos, algún chino de larga trenza, bigotes caídos y ojillos inclinados, mostrándonos bajo sus anchas mangas una cajita de laca, nos preguntaba con su sonriente semblante:

—¿*Quele caquita?*

VIII. *Las expediciones alemanas*

En aquellos tiempos, el comercio de Colima estaba en manos de alemanes. Las casas comerciales de esta nacionalidad eran muchas y fuertes. Fuera del cónsul americano y del cónsul español, no conocíamos más extranjeros que alemanes. Cada casa germana establecida en Colima tenía una sucursal en Manzanillo para recibir la carga. Y esas mercancías, después de surtir al Estado, salían para Michoacán y Jalisco y otros puntos del interior, a lomo de mula, en los grandes atajos que entonces existían.

En aquella época la arriería estaba en su auge.

Las mercancías alemanas llegaban a Manzanillo en buques de vela, generalmente en

barcas, goletas y bergantines de complicado velamen. Salían de Hamburgo, recorrían el Atlántico de Norte a Sur y doblaban el Cabo de Hornos para entrar en el océano Pacífico, que luego recorrían de Sur a Norte, hasta llegar a Manzanillo. Volvían a Hamburgo al cabo de un año, pues se decía que empleaban cuatro meses en el viaje de venida y seis en el de regreso, lo cual sumaba diez meses, y dos meses más de su permanencia en el puerto colimote.

La llegada a Manzanillo de estos intrépidos veleros era motivo de regocijo para todos. Los playeros tenían trabajo. Los arrieros cargaban sus atajos con la extranjera mercancía. La Aduana cobraba buenos derechos, de los cuales un tanto por ciento correspondía al municipio. Las mercancías llenaban una necesidad social y los alemanes se enriquecían. Era fama que sólo la casa de Oetling y Compañía ganó en un solo año, libre de gastos, un millón de pesos.

El puerto en esas épocas tomaba un aspecto alegre. Las barcas surtas en la bahía mostraban, no sólo la bandera blanca y negra de los alemanes, sino la cruz blanca en fondo rojo de los daneses. Los muelles y los portales se veían atestados de bultos de todas formas, pues al lado de las cajas de ropa o ferretería, figuraban las enormes cajas de los pianos, o los barriles de vipo o de cerveza, o bien pirámides de damajuanas llenas de algún licor apreciado. Y los pangos iban

y venían, cruzando en perpetuo movimiento el espacio que mediaba entre los barcos y los muelles, tripulados por alegres playeros, que gritaban o cantaban al remar.

Y lo que voy a decir es prueba de lo raquítico que era entonces nuestro comercio de exportación: aquellos veleros, una vez vacíos, ¿qué mercancías o productos nacionales llevaban a Europa?

¡Piedras!

Era de ver entonces a los playeros y a sus hijos rascar con palas, zapapicos y barras, las faldas del cerro que queda en la Playita de Enmedio para arrancar guijarros y piedra suelta, llenar sus canoas con esos secos materiales y conducirlos a las barcas alemanas o danesas para hincharles los vientres vacíos.

¡Aquello era el *lastre* que las naves necesitaban para flotar con seguridad en el océano y llegar a salvo a Europa!

Y llegaba el día en que aquellas flotas comerciales levaban anclas e izaban sus velas en espera del *terral* que las había de sacar del puerto. El *terral* era el viento contrario de la brisa. Al fin soplaba aquél, hinchaba las velas de las barcas, y éstas, galanas y elegantes, graciosas y bellas, salían del puerto gallardamente. Y eran así como las mariposas: lindas con sus alas extendidas al viento, pero en el fondo orugas viles, con el vientre repleto de lastre miserable: misera con-

tribución de la tierra mexicana a las tierras europeas.

¡Menos mal, si aquellos detritus de nuestros cerros servían allá, en Holanda y Dinamarca, para rellenar las tierras anegadas, las marismas constantes o pasajeras, y vencer al mar en aquella perpetua lucha que los habitantes de los *países bajos* sostienen heroicamente con el océano!

IX. *La fosforescencia*

En otras páginas de este libro, se publica un capítulo en que se habla con detalle del fenómeno de la *fosforescencia*. Por lo menos una vez anualmente se presenta en la bahía de Manzanillo. El espectáculo general es digno de las Mil y Una Noches. La bahía aparece encantada. Naturalmente, el fenómeno es nocturno. En donde quiera que el agua del mar se bulle o se agita, brilla la fosforescencia con su matiz verdoso y fulgurante. El mar quieto toma el aspecto de un mar de tinta. Por eso las notas verdes se destacan, como saliendo de un abismo de tinieblas. Toda la orilla del mar, donde las olas se agitan en eterno vaivén, subiendo y cayendo, rodando y espumando, está en perpetua luz interrumpida por fajas negras. Las peñas de la costa, lo mismo que los morros, al estrellarse en ellos las olas, levantan llamaradas de verde resplandor. Las embarcaciones le-

vantan, a su paso, dos olas de luz, que las envuelven a lo largo, hasta la popa, y siguen visibles como estela de fuego. Los peces son visibles entre las ondas, a causa de la atmósfera luminosa que se forman al nadar. Y el punto de vista general es de un encanto indescriptible.

Los libros, al hablar de este fenómeno, exponen teorías que explican su producción. Casi siempre hacen intervenir corrientes eléctricas.

Pero yo encontré otra razón.

En cierta madrugada, en épocas de calor, nos levantamos varios amigos con el intento de tomar un baño de mar. Eran las cuatro de la mañana. La mar estaba bellamente fosforescente. Cuando la turba juvenil entró en las olas, apareció alumbrada con resplandores, en medio de aquel mar de tinta. Sus contornos estaban dibujados con franjas y espumas resplandecientes. Sus cuerpos eran visibles, ora en la superficie, ora bajo de ella.

En nuestros cabellos brillaba algo. Era la luz. Con los dedos retirábamos de la cabeza los puntos brillantes, que lucían aún más al ser agitados entre las manos húmedas.

¿Qué era aquello?

Un animal inferior. Un animal gelatinoso. Era palpable y lo deshacíamos entre las palmas de las manos. El frote lo hacía brillante.

No era corriente eléctrica.

¡Era el mismo fenómeno, en grande escala, en escala infinita, de nuestras luciérnagas, que brillan en la tierra a intervalos, como fugaces estrellas erráticas!



20. Fusilamiento de Caimanes

I.

Las dos lagunas de Cuyutlán y de San Pedro, próximas a Manzanillo, abundan en caimanes. En mi niñez oía contar muchas historias de caimanes, siempre espeluznantes. Y oía decir que eran ellos, a causa de su dura piel, inaccesibles a las balas, explicándose así muchas de las fechorías que de ellos se contaban, pues los hombres que en su propia defensa o en la de algún prójimo, les tiraban de balazos, notaban que las balas se les resbalaban en la piel como si fuesen de manteca. El caimán aparecía, pues, en mi mente infantil, algo así como un dragón fabuloso, invencible, implacable, inaccesible a todo esfuerzo humano. Y hasta me figuraba que arrojaban llamas por ojos y boca.

Tal vez aquello de las balas fué cierto en relación con las antiguas escopetas. Pero crecí, conocí a los caimanes y pude convencerme de lo falso de aquella aserción, pues por lo que toca a las balas de los rifles, la vieja creencia es completamente errónea. ¡Cuántas veces mi rifle Winchester dió buena cuenta de estos animales repugnantes y dañinos!

A la orilla de aquellas lagunas crece una

planta llamada *mangle*, de raíces profundas y ramaje inextricable. Como las higueras de las pagodas, los mangles arrojan desde las altas ramas, látigos o *velas*, a manera de estalactitas, que bajan hasta el suelo o fango, y arraigan, dando nacimiento a un nuevo individuo. De suerte que un manglar no viene a ser más que un tejido confuso de tallos frondosos y raíces tupidas. A sus pies, entre la fuerte raigambre, está la guarida de los caimanes. Y éstos suelen encaramarse al tejido de troncos, fuera del agua, y allí, por su *mimetismo*, confundirse con los troncos retorcidos de aquella planta lacustre. Por lo tanto, cuando se navega en canoa cerca de los mangles, es necesario tener grandes precauciones.

II.

En cierta ocasión, caminando sobre el gran puente del ferrocarril que llega a Manzanillo, puenté construido sobre una estancia de varios kilómetros sobre la laguna de Cuyutlán, descubri un caimán bastante grande reposando en el fondo de la laguna. Era una mañana clara, y el sol estaba ya bastante alto. La profundidad en aquel sitio era como de dos metros, y el agua estaba perfectamente iluminada, permitiendo distinguir todo detalle. El caimán estaba quieto, como si

durmiera. Lo veía a todo mi sabor, como si estuviera en un acuario de cristal.

Y me propuse el problema de cómo matarlo.

Cuando tiraba con rifle a los patos, pelicanos o gaviotas, que nadaban, la bala, si no daba en el blanco, hacía caminos caprichosos al rozar las aguas, como las piedrecillas que lanzamos por diversión en la superficie de los estanques. Y cuando quería alcanzar algún pez (muchas veces pretendí cazar tiburones), la bala, penetrando en el agua, casi nunca daba en el blanco, o porque la refracción me engañaba acerca de la verdadera posición del pez o porque la bala no atravesaba el agua según la línea de entrada y sufría desviaciones raras en el seno del líquido.

Ahora se me presentaba un caso verdaderamente singular. El caimán no daba trazas de huir, de seguro porque no me había sentido, estando yo a tres metros sobre el agua, en pie entre dos durmientes.

Recordando mi experiencia pasada, quise tirar en sentido vertical. Además, quería saber si la bala tenía suficiente fuerza para atravesar aquella masa de agua de dos metros.

Le apunté a la región cervical, poniendo el cañón del rifle perpendicular a la superficie del agua. Disparé. Precisamente del punto en que hice blanco, brotó un hilo de sangre que se elevó unos diez o quince cen-

tímetros. El agua de la laguna permaneció imperturbable. La bala había bajado recta, siguiendo la vertical. Y el caimán debió de haber muerto instantáneamente, pues no percibí en él ni el menor movimiento.

III.

Los caimanes no sólo atacan en el agua, sino en tierra.

Cuando las aguas de la laguna de Cuyutlán descienden, muchos manglares quedan en seco, a pesar de lo cual, los caimanes continúan abrigándose en las oquedades de sus raíces. Es allí su guarida y su querencia.

En cierta ocasión, por cazar un pato, me aventuré por una de estas playas enjutas. De un grupo de mangles en seco salieron ruidosamente numerosos caimanes con rumbo a la laguna. Era seguro que con mi presencia había perturbado su sueño o su reposo. Pero lo grave era que yo quedaba entre ellos y la laguna. Ante aquella terrible avalancha, corrí lo más que pude, nerviosamente, para ponerme a salvo, pues comprendí que mi vida estaba en gravísimo peligro. Y logré cortar la tangente.

Pero noté que uno de los caimanes se separó del grupo y se dirigió derechamente hacia mí. Con la rapidez que el caso requería, le disparé mi rifle apuntándole a las abiertas fauces, con tan buena suerte, que

el saurio dió un salto, volteó el vientre y murió entre horribles convulsiones.

IV.

Durante una noche oscura, un caimán hambriento salió de la Laguna de Cuyutlán y se apostó como un ladrón, agazapado en el cauce de un arroyo seco, allá por el camino del Colomo. Por su mala estrella, un muchacho lechero, montado en una mula, entre cuatro cántaros llenos de leche, pasó por ahí en las altas horas de la madrugada. Llevaba su leche al puerto. El caimán lo atacó, como verdadero salteador. Jamás se supo del infeliz muchacho. En el sitio aquel quedaron rotos los cántaros. Aparecieron huellas de un animal no identificado. Hallóse a la mula, días después, en el monte, con grandes desgarraduras en el pecho. Y se creyó que el muchacho había sido devorado por algún tigre o caimán.

Pero el animal se *empicó*, como luego dicen, y volvió al cauce del arroyo. Los viandantes, después del desgraciado incidente, pasaban por allí con precaución, creyendo ver el tigre o el caimán entre los matorrales. Y sucedió que una mañana, poco antes del alba, el caimán atacó a un ranchero que venía a caballo. Pero él, que era buen jinete, no sólo logró escapar, sino ahuyentar al reptil azotándolo con su reata de cuero. El ani-

mal desapareció entre la yerba. Hasta entonces se comprendió el misterio de la tragedia en que perdió la vida el infeliz lecherito.

Todavía el caimán hizo dos o tres apariciones, durante la noche; pero sin éxito. Sólo una vez, casi de día, logró llevarse un perro de unos arrieros. El pobrecillo se había adelantado, y por sus tristes aullidos se conoció su suerte. El caimán ganó la laguna llevándose su presa.

Una vez conocido el enemigo, varios rancheros se apostaron en aquel sitio en las noches siguientes, hasta que en una, se presentó el caimán colocándose en medio del cauce.

Una descarga cerrada y nutrida fué el justo final de aquel salteador.

V.

Mas el caso que más honda impresión causó en Manzanillo fué el siguiente:

Unos arrieros venían por la orilla de la laguna de San Pedrito. Traían algunas mulas cargadas de maíz. Una de éstas tuvo sed y se metió unos cuantos pasos en la laguna; bebió agua, pero se atascó en el fango, no pudiendo regresar a tierra. Entonces uno de los arrieros se metió para ayudar a la mula a salir. Dábale el agua a la cintura. Y estaba haciendo inútiles esfuerzos por sacar el animal, cuando un caimán, que se había acer-

cado taimadamente, lo cogió por un pie. El hombre gritó al sentirse capturado; mas el caimán huyó con él ante la vista de los demás arrieros que, mudos de espanto, nada pudieron hacer por su compañero.

Y allí dejaron la mula, a la cual solamente privaron de su carga.

La noticia cundió por todo Manzanillo.

Al día siguiente, muy temprano, un grupo de jóvenes, bien armados de rifles, nos dirigimos a la fatidica laguna. Hicimos transportar una canoa desde el mar a la laguna, y, una vez metidos en nuestra frágil embarcación, buscamos el sitio del siniestro, cuyas señas nos habían sido dadas con toda precisión.

Ya no encontramos a la mula, ni descubrimos de ella vestigio alguno.

Entonces emprendimos una peligrosa exploración por los vericuetos de la albufera, pasando ora por estrechas avenidas, ora por espacios abiertos, siempre en medio de los espesos manglares que abundan allí tanto. A cada paso, tropezábamos con tallos de esta planta cargados de *ostiones*, que allá desprecian, porque no saben que éstos de estero son los más sabrosos.

El agua era verde y sin ninguna transparencia. Bajo los manglares, todo era sombrío. Hacia arriba, el cielo, de un azul profundo y lleno de luz, brillaba solemnemente sobre nuestras cabezas.

Nuestra canoa era *celosa*. Así llaman los

playeros a las que se inclinan fácilmente hacia un lado y otro, amenazando volcarse. Uno de los nuestros remaba con el *canalete*. Los demás íbamos bien quietos, para no provocar los celos de nuestro esquife.

Penetramos por un ancho canal bordeado de mangles.

—¡Allá está la mula! —gritó alguien.

En efecto, a cierta distancia encontramos la mula, bien ahogada y muy inflada, flotando debajo del ramaje. Era indudable que los caimanes la habían conducido hasta allí. Todavía más: creímos que el arriero debería estar por allí mismo, o al menos el caimán que lo había devorado y los demás que de seguro habían participado en el festín.

Nuestra ira nos encendió el rostro.

Al aproximarnos al ahogado animal, un gran ruido se produjo en los mangles inmediatos; eran los caimanes que silbaban y se echaban al agua con estrépito. En un santiamén nos vimos rodeados por una veintena de esos horribles animales, que llegaban hasta tocar nuestra celosa canoa en actitud amenazante.

Aquello era horroroso y nos crispó los nervios de pavor, pues sabíamos que los caimanes dan colazos a las canoas para hacerlas zozobrar. ¿Qué sería de nosotros si por causa de un colazo o por los celos de nuestra canoa caíamos al agua? Sin embargo, en medio de aquel inminente peligro, uno de los nuestros preguntó en alta voz:

—¿Cuál de éstos será el *tal por cual* que se comió al arriero?

—¡Yo creo que éste fué! —exclamó otro, y le descerrajó un tiro a quema ropa.

Aquella fué la señal del tiroteo. Nuestra canoa parecía un buque de guerra haciendo fuego por las dos bandas. Todos los animales eran buen blanco y los tiros eran seguros.

Fué un terrible zafarrancho.

En pocos minutos los caimanes huyeron, pero no veíamos a ninguno muerto.

—¡Esos *tales* se hunden cuando están heridos! —exclamó un compañero. Y cuando están muertos, se aplanan!

El humo nos envolvía y el olor de la pólvora nos tenía enardecidos.

Cuando la atmósfera se serenó un tanto, nos dirigimos hacia un islote próximo en que alguien creyó ver caimanes. Y, en efecto, los había. Después de la batalla anterior, estábamos realmente encarnizados, sedientos de venganza; y teniendo en cuenta que en el agua gruesa, los muertos o heridos se aplanan, procuramos cortarles la retirada. Comenzaban a echarse al agua cuando nos pusimos a tiro; mas otros estaban aún en las raíces de los mangles o en la tierra enjuta. Tronaron nuestros rifles produciendo repetidas y nerviosas descargas. El silencio de aquel lugar jamás había sido turbado por semejante fusilería. Y entonces pudimos ver cómo mordían el polvo varios de los que es-

taban en tierra y cómo caían al agua los que se guarecían en las ramas. Y todavía nuestros implacables rifles vomitaban balas sobre los fugitivos.

Sin duda alguna que pagaban justos por pecadores. Pero la vindicta pública estaba satisfecha. Y regresamos al puerto con la convicción de que habíamos hecho justicia.

VI.

Diez años más tarde, cuando ya no era maestro de Manzanillo, sino Inspector de Escuelas en el Estado, hice en esta misma laguna de San Pedrito un tiro de pistola que ha hecho época en mi vida de cazador.

Recorría el Estado visitando escuelas, acompañado de un gendarme. Hacíamos aquel recorrido a caballo caminando a veces por cerros, otras por cañadas y también por llanuras. Cruzábamos ríos y bordeábamos lagunas.

En cierta ocasión, descansando a la orilla de un río, llamado Salado, pasaron volando dos *cocochas* (garzas color chocolate) y se posaron en la ribera opuesta.

—Présteme su rifle, dije al gendarme.

—¿Para qué?

—Para tirarles a esas cocochas.

—Será tiro perdido, replicó. Tienen puras plumas.

—Veremos. Voy a tirarle a la de la derecha.

Fue un tiro certero: la cococha quedó en la arena, muerta como de rayo.

El gendarme se quedó boquiabierto. No sabía él que yo tiraba.

Pues bien, una mañana salimos de Manzanillo a caballo, rumbo a Camotlán y al Mamey. Teníamos que bordear la laguna de San Pedrito. El camino era angosto e iba sobre un paredón alto, en la falda del cerro. A nuestros pies, como a cinco o seis metros abajo, se extendía la laguna. No estaba muy llena, en vista de que estaba abierta la boca por la que se vaciaba en el mar; y había, por lo mismo, varios espacios secos como islotes, unos enteramente descubiertos, otros sombreados por mangles.

La luz del sol, todavía dorada, comenzaba a alumbrar aguas, islas y mangles.

En un espacio seco, un gran caimán descansaba indolentemente, con las enormes *tapas* abiertas, es decir, con el hocico abierto, absorbiendo con fruición la naciente luz del padre del día.

No sabemos que significará aquello. Pero es un hecho sabido por todos. Parece que los caimanes gustan de beber la luz del sol matinal. Si están por grupos de a cinco o diez, toman las posturas más extravagantes, pero siempre con las *tapas* abiertas hacia el sol, inmóviles, extáticos, como en mística adoración.

—¿Le tira? —me preguntó el gendarme desciñendo el rifle que llevaba al costado de la silla.

—Sí, le contesté. Pero no con el rifle, sino con mi pistola.

—Tiro perdido, señor. Con el rifle, la cosa es más segura.

Rechacé el rifle y saqué mi pistola.

El animal estaba allá abajo, como a treinta o cuarenta metros de distancia. Yo, arriba, en el paredón, y a caballo.

Mientras mantenía yo aquella conversación y hacía mis preparativos, no noté que unos vaqueros, que venían también de Manzanillo, se habían detenido silenciosamente detrás de nosotros. Y eché esta bravata, creyéndome sin más testigo que el gendarme:

—Para matarlo, necesito meterle la bala entre los dos ojos. Si le doy en otra parte, aunque herido, se meterá en el agua, y no sabremos después de él. ¡Fijese!

Apunté y disparé.

Del punto medio entre los dos ojos, exactamente, brotó un chorro de sangre a bastante altura. El animal cerró las tapas, se agitó un momento y quedó muerto en su propio lugar.

—¡Caramba! ¡Qué tiro! —gritaron a mi espalda.

Eran los vaqueros, que hasta ese momento ví.

—¡Señor! —exclamó el gendarme. Yo no me le pongo ni a cien metros de distancia!

El enfundó su rifle y yo mi pistola.

Los vaqueros se nos juntaron para hacer el viaje acompañados. Y era de oír al gendarme alabar no sé cuántos buenos tiros que había hecho yo con su rifle..

Desde ese momento, querían que disparara sobre todo bicho viviente que se atravesaba en nuestro camino: un loro, una chachalaca, un zopilote, una aguililla, un *quelele* (quebranta-huesos) o bien un conejo, un *mapache* o una serpiente.

Pero me negué siempre.

Después de aquel tiro magistral, no quería echar por tierra mi fama errándole a uno de aquellos bichos miserables. Me limitaba a sonreír, y decía:

—Cuando salga por allí un venado. Entonces...

21. Un Velorio

Estamos en el puerto de Manzanillo. Por un lado, el mar; por otro lo ciñe una laguna de agua salobres; y cerrando el circuito de la población, se levantan, llevando en sus frentes una vegetación hermosa y admirable, dos cerros, por cuyas rampas suben en marcha desordenada y perezosa una parvada de casas blancas y risueñas. La estación de aguas había sido torrencial. La laguna, alarmando a los habitantes, había convertido las primeras avenidas en calles venecianas, por las cuales y el mercado cruzaban ligeras, en lugar de góndolas, oblongas y gráciles canoas, que al són del remo llevaban a aquel barrio las no menos alegres barcarolas costeñas; la *malagueña*, la *negra* o la *morisma*. Pero en la época que acaeció el suceso que vamos a referir, este cuadro había perdido sus más bellos colores: algunas casas de las inundadas habían encontrado su Ararat; los mangles, remedo de la oliva fabulosa, comenzaban ya a asomar su hirsuta copa sobre el haz de las aguas; en fin, la laguna había huído y con ella la navegación urbana. El barrio comenzó a verse frecuentado de nuevo por la gente pedestre que habitaba en el lado opuesto, hastiada de escuchar el monótono canto del Océano.

Al morir la tarde y cuando ya la noche, agitándose sobre los montes, escribía con su

pluma negra en los espacios iluminados la orden del reposo, el barrio de la laguna quedaba triste y solitario. Una de esas noches tenebrosas, en un tendajón, con agregado de fonda, café y carnicería, se habían retardado, bebiendo tragos de *tuscacuesco*, algunas gentes de baja ralea. No faltaba la guitarra, alrededor de la cual, como peces en torno del anzuelo, se agrupaban entusiastas los costeños. Brindis, juramentos, blasfemias, frases de amor, de celos, cantos, risas, gritos, todo se oía mezclado con el chocar de los vasos, el glú-glú de las botellas y los golpes de cuerda de la guitarra, pulsada ésta por un negro acapulqueño, poeta renombrado, cuya fama era bien conocida por toda la gente de playa y mar.

—¡Que brinde!

—¡Que brinde en verso!

El negro sonreía enseñando los marfilinos dientes.

—Andale, *vale*, no te hagas *rogón*.

—No te hagas *patricio*.

Y el negro, siempre sonriendo, tomó el vaso y dijo:

Brindo,

Porque no *joy* tamarindo.

—¡No! ¡Ese *brinde* no vale!

—¡No, no! Eso es viejo!

—Que brinde por mí, dijo una *sirena*.

La petición ya era respetable; el negro quedó un momento pensativo, y ya se preparaba a hablar, cuando los gritos lastime-

ros de una mujer que pedía socorro, llegaron hasta el tendajón. Todos se miraron sorprendidos y se precipitaron a la calle. Pero eran tan densas las tinieblas, que la mirada no podía atravesarlas. El negro descolgó su machete del hombro, lo empuñó valerosamente y se adelantó solo en medio de las tinieblas. Al cabo de unos instantes, durante los cuales los gritos continuaron escuchándose, unida a ellos, la voz del negro trajo estas palabras.

—¡Jesúj! Si ej un lagarto!

Al punto comprendieron todos de qué se trataba. Se armaron y corrieron al lugar del suceso. Hallaron al negro en terrible lucha con un caimán que llevaba arrastrando a una mujer y a la cual había sorprendido en el lecho. Ella, que despertó ya en las garras del animal, al verse conducida hacia la laguna, comenzó a gritar, único recurso que le quedaba. Y el negro fué su salvación. Llegaron los demás, y entonces tuvo lugar el más reñido combate en medio de la obscuridad. El saurio soltó su presa, abrió sus gigantes cas mandíbulas, azotó el suelo con la cola y se arrojó sobre sus enemigos. Los ebrios, moviéndose torpemente, estuvieron muchas veces a punto de perecer; pero unos a otros se prestaban ayuda; y eran tantos los gritos, tantos los golpes, tantos los combatientes, tanta la sangre del caimán que manaba de sus heridas, tanta ya su debilidad y aturdimiento, que el anfibio quedó inmóvil, rendido, resignado a

morir. Unos cuantos golpes más, y la muerte del animal fué proclamada con salvaje gritería.

—¡Lo hemoj matao! —decía el negro blandiendo su machete: —¡Y qué grande ej el animalito!

Una idea que sólo podía caber en cerebros excitados por el alcohol, fué aprobada por unanimidad: velar al *difunto*.

Al instante se le colocaron cuatro velas de sebo cerca de las extremidades, otra cerca de la cola y dos más le fueron clavadas en los ojos. Pusiéronse asientos en círculo, sonó la guitarra y comenzaron las libaciones en honor del finado. Aquel *velorio* al aire libre se aumentó con el concurso de nuevas gentes. La orgía se generalizó; el negro, como los antiguos bardos, celebraba la victoria con chispeantes versos.

—Oyes, —le dijo una mujer. Acuérdate que me debes un *brinde*.

—*Ji*, bonita y en ejte momento te lo digo.

Los circunstantes pusieron atención. El negro cruzó la pierna, escupió, se arriscó el sombrero, y con voz resuelta improvisó el siguiente brindis:

Yo no quiero dijcutir
ji el alto Dioj te negó
ojoj negroj como yo
con rayitoj de zafir.

Por ti, mi linda chaparra,
de ojoj verdej como el mar,

ejta copa vo a brindar
con sujpiroj de guitarra;
el corazón me dejgarra
que no me quieraĵ querer,
que al fin la amante mujer
ej como el sol en la altura:
se ejconde en la noche ejcura
por no dejarje querer.

—¡Que viva el *pueta!* ¡Que viva! ¡Orzale!

Fué aquello un torrente de aplausos y de vivas y exclamaciones diversas. Los genios alcohólicos había invadido el velorio y travesaban en todos los cerebros.

Era ya la madrugada. Un viento frío comenzó a soplar y a destruir las velas. De repente el muerto empezó a moverse y a agitar la cola. Los que aun conservaban un átomo de razón, abrieron los espantados ojos y temblaron: aquello no era visión, era realidad.

Ciego el caimán, a causa de las velas que le habían clavado, dió algunos pasos al acaso, llevando en los ojos las velas encendidas aún. El negro, que vió esto, se incorporó penosamente apoyándose en el codo izquierdo, enarboló su machete y descargó un golpe sobre el dorso del animal, el cual echó a correr rápidamente hacia la laguna. Todavía el negro lo siguió con extraviados ojos, levantó de nuevo el costeno machete y azotó el suelo exclamando con voz vinosa:

—¡Ah, maldito! ¡Te ejcapate!

22. La Pesca del Tiburón

I

—Buenas noches, D. Luis.

—Que la pases bien, Mojarro. No se te vaya a olvidar.

—Pierda Ud. cuidado, señor; estaré listo a las tres de la mañana.

Y poniéndose el sombrero, que durante todo lo anterior había conservado en la mano, Mojarro se alejó con pasos lentos, hundiendo sus desnudos pies en la arena de la playa. Yo me quedé sentado en la orilla de la empalizada con las piernas colgando hacia el agua; en mi imaginación bullían como olas hirvientes las palabras que Mojarro me había dicho acerca de las pescas nocturnas. Debían de ser muy bonitas, toda vez que el playero así me lo decía y afirmaba. Hasta entonces sólo me había sido dado contemplar desde el muelle del puerto o desde la ventana de mi casa, grandes luces que se paseaban en la bahía en distintas direcciones: esas luces pertenecían a canoas pescadoras. ¡Cuánto debían de gozar los que allí andaban! Sus placeres me causaban envidia. Se me figuraba que el frío que yo sentía, ellos no debían sentirlo, y llegué a creer firmemente que los playeros no pescan por necesidad, sino por

placer. Pero esos placeres estaban ya próximos a concederme sus delicias; Mojarro me había prometido llevarme a una expedición nocturna; mas como sucede siempre que estamos cercanos a consumir un deseo mucho tiempo esperado, la duda se anidaba en mi pensamiento y hasta me gozaba en inventar contratiempos inesperados. Al fin me decidí a aguardar, y aguardar tranquilo el encadenamiento de los sucesos. Mi espíritu necesitaba descanso, y quise proporcionárselo con un sueño reposado, para lo cual era necesario aprovechar las cuatro horas que me quedaban disponibles.

Pero antes de entregarme en brazos de Morfeo, quiero decirles a Uds. unas cuantas palabras acerca del personaje o tipo que acabo de presentarles.

Mojarro era sencillamente lo que se llama un *playero*, es decir, un hombre que no conoce más geografía que la que sus ojos le han revelado; hombre hecho a todas las fatigas y privaciones, cuyos primeros años fueron arrullados por los tumbos del mar y el gemido de las olas; que ha aprendido a manejar el remo lo mismo que la azada y que dirige una canoa con igual aplomo que una carreta.

Los *playeros* son individuos que se mantienen, tanto de los productos del mar como de los del bosque, pues pescan con la misma facilidad que cazan; son, en fin, podíamos decir, anfibios humanos que saben

acomodarse a todas las exigencias y sacar partido de todos los elementos.

Mojarro, a todas estas cualidades, reunía la de tener un talento despejado; era discreto formal y servicial; cuando él prometía una cosa, la cumplía *a toda vela*, pues, como decía, el hombre debe ser *feo* como un pulpo, *fuerte* como una anguila y *formal* como el reflujo.

Cuando se despidió de mí, acabábamos de concertar una pesca para la madrugada del día siguiente.

Alistaría su magnífica canoa, la *Gaviotā*, y a las tres de la mañana zarparíamos del puerto y nos dirigiríamos al lugar más abundante en peces.

¿Pero qué es una pesca? Una pesca es el mayor de los placeres marítimos, y ¡qué digo de los marítimos! también de los terrestres! Yo he cazado, he toreado y jineteado, he sido tahir, me he pasado las noches bebiendo, otras bailando; he viajado por mar, tierra y aire; pero jamás he hallado un gusto superior al de la pesca. El que caza, se fatiga y suda, los que jinetean y toreadan, llevan el peligro de morir en la caída o de quedar clavados en las astas de un toro; el que juega, pierde dinero y salud; los bailes traen gastos y desafíos, los viajes polvo y disgusto; pero la pesca! ¡Ah!! sólo el que no ha pasado horas enteras con la cuerda en la mano, los ojos fijos en el agua y atento a los

menores movimientos, no sabe las delicias que trae!

Yo todo lo dejo... Prefiero la pesca a todos los pasatiempos. Hace varios meses que he mandado mis libros a pasear, pues gozo más en un minuto, rodeado de mis cuerdas, anzuelos y arpones, que con tres tomos de poesías. ¿Qué son al fin los versos? Escamas de pescado o relámpagos de fosforescencia cuando más. Yo estoy por la pesca. Ya en el muelle, ya en una roca, ora en una canoa a la vela, ora en otra que se abandona a merced de las olas, ya en los pangos de la bahía o en las estacas de la empalizada, en todas partes me divierto y vivo. Un cigarro y un anzuelo: he aquí mis amigos favoritos, mis compañeros inseparables.

Pero siempre que aspiramos a un goce, a un placer, tratamos de beberlo en todas sus formas y variaciones. Pescar hoy con anzuelo, mañana con red, luego con fisga, después con arpón... Yo hasta aquí había llegado, el arpón era mi delicia, figuraba en todos los clavos y rincones de mi casa. Cuando compré el primero, me pasé el día arponeando todos los objetos que encontraba; poco a poco fui adquiriendo habilidad, y en los días en que me hice amigo de Mojarro, me consideraba íntimamente como una notabilidad. Pronto iba a hacer mi debut.

II

Las dos de la mañana serían y apenas había pegado los ojos, cuando sentí recios golpes en la puerta de mi cuarto y la voz de Mojarro que gritaba:

—¡Ya está amaneciendo, señor, levántese Ud.!

Me vestí precipitadamente, abrí la puerta y saludé al impaciente playero, que me estaba esperando apoyado en un par de remos. Sus dos hijos, mocetones que tenían a quien imitar, cargaron con los útiles y las provisiones.

Llegamos a la playa; allí nos esperaba la *Gaviota* descansando en la menuda arena y amarrada con fuerte cable de una lancha de fierro. Los muchachos la desataron y arrastraron cerca del agua, allí donde la intermitencia de las olas la hacía flotar momentáneamente, para quedar varada después al retirarse las aguas. El Mojarro y sus hijos se habían remangado los azules pantalones; yo me acomodé en momento oportuno en el banquillo de proa, y en el instante en que una ola se extendía como un gran manto sobre la playa, los remos se hincaron en la arena, y al impulso de ellos, la *Gaviota* se lanzó velozmente hacia la mar. Ya en el líquido elemento, los remos, en compasado movimiento y haciendo saltar chispas de luz fosforescente, nos empujaron con suavidad y ligereza.

No bien hubimos llegado a la bocana, comenzamos a sentir un frío intolerable; encasquetéme el sombrero, me envolví en mi capa y me preparaba a fumar un excelente *tepiqueño*, cuando Mojarro alargándome una botella, me dijo:

—Echese un trago, D. Luisito, para que no resienta el frío.

Me pareció excelente el consejo. Tomé la botella, cuyo corcho tenía Mojarro en la mano, y la llevé a los labios.

—¡Oh, si es *cognac*, Mojarro! ¡Cuán *catrín* te estás haciendo!

El playero hizo una mueca.

—¿No quisieras un traguito de *tequila*? Como sé que te gusta, te traje por ahí unas botellitas. Toma, aquí tienes.

—No le hago el desaire, patrón, lo probaremos; dijo, y se empinó media botella hasta ver el fondo. Está bueno... conque diga, D. Luisito: ¿a dónde vamos?

—A dónde tú quieras, a donde creas que hallemos más pescado.

—Señor, en la Punta.

—Pues vamos a la Punta!

III

Hora y media hacía que habíamos salido del puerto; llegamos a la Punta, allí donde casi todos los pescadores acuden en masa, atraídos por la excelencia y número del robalo, pargo y pintilla. Nuestra empresa caminaba

bien: dos o tres veces el arpón de Mojarro había caído al mar, y otros tantos hermosos peces habían ocupado el fondo de la canoa. Yo estaba loco de contento. Uno de los muchachos mantenía en alto un hachón de madera seca; su luz insuficiente apenas alumbraba más allá de la superficie del agua; pero la fosforescencia nos prestaba un recurso precioso, denunciándonos con precisión el paso de los peces. Cada pez al nadar formaba a su derredor una atmósfera luminosa, dejando tras de sí una cauda brillantísima. Cuando el playero lanzaba su arpón, trazaba éste una línea de luz en el seno del agua figurando un dardo de fuego. El vértice luminoso del ángulo que formaban pez y arpón, crecía, se inflamaba y estallaba, resolviéndose en mil resplandores, y un momento después la espuma hirviente se extendía en círculo más o menos extenso. La canoa empezaba entonces a correr arrastrada por la víctima, y la cuerda, cortando el agua, parecía el filo de un alfange de fuego.

—¡No lo sueltes

—¡Aguántate!

—¡Ya mero!

—¡Dale más cuerda!

Estas y otras voces cruzaban el aire.

El playero, atento o no atento a ellas, daba ó quitaba cuerda, hasta que ya cansado el pez o moribundo, era echado con mano vigorosa al fondo de la canoa.

Me hallaba entretenido sujetando un pes-

cado para impedir volviese al agua en uno de sus saltos, cuando la voz sorprendida de Mojarro casi me heló de espanto.

—¡Un tiburón!—dijo.

—¿Dónde?

—¡Aquí!

En efecto, algo como un relámpago iluminó el fondo del mar.

—¿Tiene usted valor de arponearlo? Me preguntó el playero.

—¿Y si no le doy? Dije envolviendo en esa pregunta todo el temor que me embargaba.

—No tenga miedo. Ya sabe: mucho ojo y buen pulso. Véngase aquí y agárrese fuerte.

Todas estas advertencias, me caían como arponazos en el corazón. Hice un esfuerzo supremo y me coloqué en el lugar en que Mojarro me indicaba. ¿Había de pasar por cobarde?

Mis ojos querían escudriñar el fondo del mar. Peces pequeños pasaban como flechas de luz, y al verlos el corazón me latía con violencia y el pulso me temblaba. Me faltaba el aliento. En un movimiento brusco de la canoa, estuve a punto de caer al agua. En todo me parecía adivinar las formas del tiburón.

—¡Por allá anda!—Dijo un muchacho extendiendo el brazo.

El tiburón nadaba casi en la superficie; su contorno se percibía muy bien a causa de la fosforescencia.

—Aquí es el lugar más hondo, pues hay

más de doscientas brazas, dijo el playero en tono de advertencia.

Pensé con espanto en el abismo que tenía a mis pies. En tanto el tiburón se mantenía cerca de nosotros, al alcance de nuestras miradas. El enorme selaciano jugaba con las olas formando cascadas de luz; las gotas de agua simulaban mágica pedrería que se desgranaba con profusión. Se diría que el genio de aquellas soledades trataba de atraernos al abismo, seduciendo nuestras miradas con sus riquezas maravillosas.

Por fin, el animal, como cansado de sus juegos, se dirigió perezosamente hacia nosotros. Unas cuantas varas nos separaban.

—¡Ahora!

—¡Zas!

El arpón cruzó el espacio. Pero casi al instante se levantó una ola con ruido espantoso que nos cubrió de agua; sentimos una sacudida inmensa y yo cerré los ojos...

Creí por un instante que el mar iba a tragarnos y a envolvernos en su líquido sudario.

—¡Suéltele cuerda, suéltele, si no, nos bota!—gritó detrás de mí una voz angustiada.

Yo solté cuerda. La canoa se sintió atraída por una fuerza descomunal que la arrastró con vertiginosa rapidez. Me afiancé y sujeté la cuerda; mis cabellos humedecidos se dirigían hacia atrás; el hachón se apagó y quedamos casi en la más completa oscuridad. No había más luz que la escasa de las estre-

llas y la fosforescente del mar; pero esta luz, verdosa y amarillenta, iluminaba débilmente mi rostro haciéndolo aparecer más pálido de lo que estaba. Entretanto la canoa continuaba deslizándose como una flecha. ¿Hasta dónde iríamos?

—Mojarro, le dije con inquietud, ¿qué dirección llevamos?

—Vamos a la orilla. Pero, agregó, quién sabe si lleguemos a los morros.

—¿A los morros?

—Sí.

Este sí penetró en mis oídos con el mismo dolor que debe sentirse al penetrar un puñal en el corazón.

En efecto, caminábamos hacia un grupo de rocas, oscuras y redondas, especie de rompientes, donde las olas del mar, como hervidero o torbellino de llamas, se estrellaban con furor, iluminando las crestas negras y elevadas con tonos fosfóricos. ¿Qué haríamos si se estrellaba allí nuestra canoa?

Me vi en ánimos de cortar la cuerda; pero fué un pensamiento tardío... estábamos ya en medio de las rocas. Sentí que mis cabellos se erizaban, pues con espantados ojos ví pasar a nuestro lado un morro alto y anguloso navegando en sentido contrario. Luego pasó otro... otro... y otro! ¡Quedaban dos todavía!... ¿Qué hacer?

El tiburón nos hizo pasar en medio de ellos, rozando casi las rocas y sintiendo el

rocío de las olas en la cara. ¡Nos habíamos salvado!

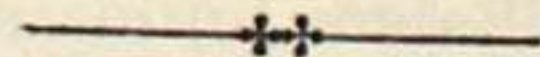
Volví el rostro y ví que todo el grupo de rocas se alejaba y disminuía paulatinamente, destacándose en el fondo negro de la noche, como las vistas de una linterna mágica.

IV

La luz del alba comenzaba a iluminar el cielo, cuando la canoa, la *Gaviota*, entraba gallardamente en el puerto con un tiburón de tres metros al costado.

Poco después, a los ojos asombrados de la multitud, tendíamos en la playa el enorme animal.

¡Habíamos triunfado!



23. El Cayuco del Diablo

I

Los últimos colores del crepúsculo habían desaparecido, y las sombras de la noche ennegrecieron muy pronto las soledades de la tierra.

Obscura como sus manglares, está la albufera de Cuyutlán tendida al pié de las colinas y de los médanos; ni un murmullo, ni siquiera el suspiro de la brisa del vecino mar turba la calma desmayante de las selvas.

¿En dónde están las piraguas que durante el día se deslizaban con tanta ligereza al impulso del remo? Todas yacen abandonadas en el atracadero; varadas unas, otras amarradas de los estacones que surgen del agua o de las raíces de los mangles.

En aquella noche casi nada animaba esos lugares; las tinieblas opacaban los objetos, y la superficie del agua estaba desierta, apenas conmovida por la marcha lenta y cautelosa de algún caimán que buscaba la lejana orilla. Las estrellas brillaban tímidamente: unas se hundían, otras brotaban y todas se perseguían sin alcanzarse jamás.

Por la región del Oriente se iluminó el cielo, y las escasas nubes que flotaban en el aire se tiñeron de una luz amarillenta: era una aurora a media noche. ¡Qué pálida! ¡Qué triste!

La aparición de la luna acabó por dar un encanto melancólico a esas soledades. Su luz proscribió las sombras y una brisa ligera empezó a batir las abanicadas copas de los cocoteros; mas casi al mismo tiempo la superficie de la albufera tomó nuevo aspecto. A favor de la claridad del astro, pudo distinguirse un bote que se deslizaba tranquilamente al impulso de sus remos. ¿Qué hacía allí a tan altas horas de la noche? ¿Por qué se aventuraba en esas soledades?

En él se veían tres personas: dos remeros y un joven cazador, que iba sentado en la timonera gobernando; a su lado llevaba una escopeta de dos cañones, y algunas aves que yacían en el castillo, manifestaban que la caza había sido algo abundante. Conversaban con alguna animación, y entre ellos era el joven cazador el que mostraba mayor empeño en prolongar la plática.

—¿Dice Ud. tío Blas, que ya han visto a ese cayuco?

—Sí, aun no hace tres semanas que el pescador del puerto se vió con él. Es un cayuco solitario, dirigido por un ser invisible; durante las altas horas de la noche se le ha visto vagar sin rumbo, deslizándose con una velocidad muy grande, algunas veces, y otras, a merced del viento. ¿Qué es? ¿Qué busca? ¡Nadie lo sabe! ¿De dónde viene? ¿A dónde va? Tampoco lo ha sabido ninguno. Huye si le persiguen, provoca si le temen; oculto a las miradas de unos, a otros se manifiesta; pero

siempre fantástico, siempre misterioso!

—¡Qué extraño!—dijo el joven poniendo la mano izquierda sobre el timón. ¿Y Ud. lo ha visto, tío Blas?

—¡Libreme Dios!—dijo el marinero santi-
guándose.

Todos callaron. La luna continuaba brillando en medio de un cielo ya sin nubes, dando a la atmósfera una diafanidad serena y dulce, a cuyo través volaban las armonías sollozadoras que producían las palmas de la ribera. En ésta los mangles formaban un oscuro cordón que se prolongaba a grandísima distancia, siguiendo las sinuosidades de la orilla; sus ramas se agitaban al sentir el suave beso de las auras o el peso de la pequeña garza que, huyendo del bote o asustada por el silbido de los caimanes, iba en busca de un refugio seguro.

Más allá apenas se percibían esos rumores casi sordos que enviaban las selvas vecinas y los que las olas del mar, que rugía detrás de los médanos, mandaban con el viento de la noche. Así pasó algún tiempo.

El joven timonel, sumergido en sus pensamientos, cantaba maquinalmente un soncito alegre y clavaba su vista en las lejanas luces del puerto.

—¿Qué sucede? exclamó repentinamente al sentir que los remeros suspendían la marcha.

—Señor, dijo el tío Blas en voz baja y trémula; allá cerca de la *isla* oigo un rumor extraño...

Y poniéndose en pié agregó:

—Parece ruido de remos y es indudable que alguna canoa salió de la *isla*.

—Tío Blas, viene Ud. preocupado: ha de ser algún caimán que brincó al agua desde los peñascos.

—No, patrón, estoy seguro de no equivocarme.

—Y bien, ¿qué tendría eso de particular? ¡Iremos acompañados!

—¡Ah! no, patrón! ¿Ha olvidado el cayuco misterioso? ¿No es el diablo el que se pasea en él?—dijo angustiosamente el marinero.

—¡Dice Ud. unas cosas tan extrañas, tío Blas, que al fin acabarán por preocuparme! ¿Por qué no nos vamos al puerto a todo remo? ¡Eh! ¡A bogar!

Durante estos cortos instantes el bote se había desviado un poco, movido por el terral que ya empezaba a soplar; viró tranquilamente haciendo un semicírculo, y se deslizó luego siguiendo un línea recta.

Pocos momentos después, todos pudieron ver, a favor de la luz de la luna, una mancha gris que doblaba los carrizales próximos. El marinero no se había equivocado: era un cayuco que cortaba las aguas con extraordinaria rapidez. La luna hacía brillar la blanquecina estela que dejaba a su paso, como esas rayas fugaces que graba sobre el mar el ala de los pájaros. No tardó en ponerse a muy corta distancia; y como si cambiara de pensamiento, torció repentinamente su dirección y se lanzó con toda velocidad hacia el bote.

¿Chocarían las dos embarcaciones?
Irremisiblemente; y la más débil tendría que zozobrar.

—¿Quién va?—preguntó el joven timonel.
Nadie contestó.

—¡Cía!—gritó de nuevo.

Los marineros hicieron un esfuerzo supremo para ciar, y el cayuco pasó rozando la proa del bote, rápido como una exhalación.

II

Miradlo! ¡Allá va en la superficie de la albufera volando como una gaviota! Sus alas son sus remos y el agua es la atmósfera en que nada!

¿Qué fuerza lo lleva con tanta velocidad?

¿Qué mano misteriosa lo guía en esas soledades?

Los tripulantes del bote estaban aterrados.

III

—¡Es el cayuco del diablo!—exclamó el tío Blas.

¡Miradlo! ¡Allá va ligero como una gaviota! Los remos son sus alas, y el agua de la tranquila albufera es la atmósfera en que vuela!



24. El Tigre

I

Cerca de la desembocadura del río de la Armería, en su margen izquierda, se levantan en grupo desordenado cinco o seis *jacales* deformes y *chaparros*, que cobijan bajo sus techos de *palapa* (hojas de palma) a otras tantas familias de pescadores. Flanquean este pequeño caserío, por un lado, el río, y por el otro, hermosos campos de maíz y de hortaliza. Por el techo de los *jacales* y por las cercas trepan guías de calabaza, entrelazándose y mostrando al sol sus grandes hojas, sus flores amarillas campanuladas y los dulces frutos brillantes y redondos.

Confundidos en los rincones o recargados en las paredes, se ven arpones y azadas, *solapones*, (especie de arpón de dos y aún de tres puntas), anzuelos y machetes, y colgadas en los tejabanos o extendidos en el suelo, las grandes atarrayas, asoleándose, protegidas de la furia del viento por el peso de sus plumadas.

Animan aquel cuadro algunos chiquillos juguetones; asnos rebuznando; perros que siguen a los chicos, gallinas que se espantan y abandonan sus *baños* de arena húmeda, espolvoreada con las alas; loros y guacamayas que hacen piruetas en sus anillos, parlotean-

do sin cesar, y patos que, bamboleándose como ebrios, se arrojan pesadamente en las aguas del río.

Allá, debajo de una enramada, descansando o perdiendo el tiempo, se hallan algunos pescadores. Hay allí grandes hamacas, pendientes de las *latillas* del techo, moviéndose en gratisimo vaivén. Sobre una cama de carrizos, formadas en fila, se ven jícara labradas con extraño primor encerrando la espumosa *tuba* (jugo de palma fermentado, extraído de las yemas florales); y en aquella atmósfera cargada con los aromas de la playa, deja volar de cuando en cuando sus argentinos acordes una guitarrilla de cinco cuerdas acompañando los versos picarescos de los *sones*.

—No le mermes, *compare*, échale letra! decía al guitarrero un negro de cabellos canos, semidesnudo.

El aludido *se arriscó* el sombrero, preludió un *son* y cantó con atiplada voz:

Si tu mamá te dice
"Cierra la puerta",
Haz como que obedeces,
Mi vida,
Déjala abierta.
Déjala abierta, sí,
Cielito lindo,
Te esperaré debajo,
Mi vida,
Del tamarindo.

—¡Hombre! *Ora* que has *mentao* eso, se me pone en la mollera ir a los tamarindos. ¿Qué dices, D. *Galiana*?

—Que sí, y en *inter* tú vas, nosotros iremos a pescar, y después *chambiamos pescaos* por tamarindos.

—Ajá... ¡Cleojas!—gritó. ¿No oyes? Mañana me voy a los tamarindos: hazme el *bastimento*!

Al grito, asomó una mujer por un agujero su rostro sudoroso y trigueño.

—Mira, *Pijanío*, no *quero* que vayas, porque el *Cuate* me platicó que había *Tiguere*.

—Cállate tú, mujer, no te metas en mis *ai-ciones*! dijo orgullosamente el costeño.

Cleofas, escondió la cara.

Epifanio bebió una jícara de *tuba*, se encaró con el *guitarrero*, y siguió cantando por su cuenta el *tamarindo*.

II

Aún no se disipaban las sombras de la noche ante la claridad que iba invadiendo el cielo, y ya Epifanio, acompañado de cinco perros, se dirigía al bosque de los tamarindos. Llevaba sus pasos por la orilla del río, dejando hondas huellas en la arena. Cargaba un *huacal* en la espalda, y del hombro izquierdo pendía el gran machete pando, afilado con mucho esmero la noche anterior.

El bosque de los tamarindos está situado a la derecha del río; por eso, teniendo que atra-

vesar este último, Epifanio llevaba los calzones altamente remangados, dejando en descubierto sus piernas trigueñas, de poderosa musculatura. Buscó el sitio en que el río corre en cauce más ancho, y, echando sus perros por delante, comenzó a vadear la corriente, no sin temor, a causa de los caimanes que se encuentran allí muy a menudo. En la otra orilla los perros se revolcaron en la arena y siguieron el camino, volubles y jugueteros.

Algún tiempo después, llegaron al tamarindal. Este bosque, plantado por la naturaleza, está formado por sólo tamarindos, árboles gigantes que unen y entrelazan sus ramas provocando en ciertos sitios la mayor obscuridad. Cuando están en flor, corre allí en ondas de la brisa marina un aroma de paraíso; los piés encuentran suavísima alfombra en la capa de flores caídas; los ojos hallan grata visión, y el cuerpo, dulce frescura debajo de aquel techo tejido con hojas y flores. Cuando ya los frutos están en sazón, hay la misma frescura, suave alfombra formada con hojas menudas; pero en lugar de flores cuelgan de las ramillas millones de legumbres de sabor delicado, y el bosque, verde-oscuro, adquiere aspecto imponente, como el de la ancianidad; y es que cuando se le mira en flor, representa la juventud, llena de aromas; cuando muestra el fruto en sus ramas, parece que nos dice: "He cumplido con la ley; dejo numerosa posteridad".

Epifanio entró en el bosque: buscó el árbol

de mejor acceso, con ramas delgadas y largas, para sacudirlas más fácilmente y hacer que sin gran esfuerzo el fruto cayese al suelo. Dejó machete y *huacal* a un lado e hizo una *lumbrada* con ramas secas para calentar su almuerzo.

Hallábase en esta grata operación, cuando sus perros se levantaron repentinamente, ladrando y corriendo. Epifanio, asombrado, los siguió con la vista, y cuál no sería su miedo al ver que el agente de aquella alarma era un tigre!

El pescador olvidó el machete y no pensó más que en salvarse. De un solo brinco llegó al tronco del árbol y comenzó a trepar.

Mas ¡oh piernas perezosas, oh brazos trémulos! ¿Por qué no obedecéis al deseo?

Ya el tigre llegaba y Epifanio aun no subía lo necesario para escapar de sus garras. Logró por fin coger con su mano impaciente un gajo lateral, de los dos en que el tronco se dividía, y balanceándose en el aire, subió las piernas trabándose con ellas. En esta postura se hallaba cuando llegó el tigre. Pegaba la fiera el sanguinario hocico en el suelo, haciéndole estremecer con sus bramidos. Si Epifanio caía, sería devorado sin piedad. El tigre dió un salto tremendo, crujieron sus huesos, y el pescador sintió en la cara el cálido aliento de la fiera. Sentía también que se le agolpaba la sangre en la cabeza y que sus ojos se cerraban. Apretaba las piernas y los dedos nerviosa y convulsivamente; hizo un esfuerzo supremo, se meció, tomó impulso,

dió medio *molinete* y al fin quedó montado en la rama.

El tigre rugió con furor. Los perros ladraban. Los ojos fosforescentes de aquél se fijaron en los espantados de Epifanio, que sintió desvanecimientos. El animal se dirigió al tronco de un salto. ¿Subiría? No: el tronco era demasiado delgado para eso. Ante esta imposibilidad, el tigre se abrazó de él y comenzó a darle sacudidas tales, que el fruto comenzó a caer. Luego pegando el hocico ya en el suelo, ya en el tronco, rugía con el mayor enojo. Hundió sus garras en el suelo y comenzó a escarbar, como los toros furiosos, dando vueltas al derredor del árbol, como queriendo derribarlo.

Los perros le ladraban sin cesar. Algunos se atrevían a morderlo; pero apenas le hincaban el diente, huían.

Así pasaron algunos minutos de la mayor angustia para Epifanio. En el tigre se repetían terribles accesos de furor; rugía, y sus rugidos eran semejantes a esos truenos sordos y prolongados que lleva el eco de la tempestad al ascender de los profundos valles.

Desparramó los tizones, las brasas, el bastimento: deshizo el huacal, arrojando a lo lejos las sueltas varillas, y destrozó el sombrero del pescador con sus garras y sus dientes, como hubiera destrozado al propietario. Luego fijó y clavó sus ojos en Epifanio; permaneció así largo tiempo, y como sumido en sueño hipnótico, se quedó como estatua, inmóvil, resuelto a que el pescador bajara.

Pero los perros, engañados por aquella inmovilidad, seguían acosándolo más atrevidos que nunca. Uno, el más pequeño, se le encaró valerosamente, lanzándole las más negras injurias en el oído. El tigre lo cogió con una mano, casi con cariño, y con la mayor tranquilidad se sentó en él. Pero lo que más acabó de horrorizar a Epifanio, fué lo que hizo con otro perro llamado Sultán: el tigre le pasó su armada garra desde la cabeza hasta la cola, hundiéndole las uñas, y llevándose en cada una de ellas una correa de la piel viva del pobre animal. El Sultán quedó tinto en sangre, aulló dolorosamente y huyó perdiéndose en la espesura del bosque.

III

Ya era casi de noche. Sombras muy densas comenzaban a plegarse de tronco en tronco y de rama en rama. En medio de aquella obscuridad, tanto más negra cuanto el bosque era más espeso, los ojos del tigre, semejante a las luces de una luciérnaga, agujereaban la sombra, destacándose con espantosa intensidad.

¡Pero qué gusto dió a Epifanio observar que aquellos ojos se alejaban, perdiéndose poco a poco, apagándose como dos ascuas en el abandonado hogar, y ocultándose por fin en la profundidad de las tinieblas!

Epifanio bajó y se alejó también, silenciosamente como un fantasma.

Al llegar al río se encontró con un grupo amigo. Eran los demás pescadores que venían en su auxilio, todos armados y temerosos de alguna desgracia.

¿Quién les había dicho que Epifanio peligraba?

El fiel Sultán, el pobre herido, el único de los perros que sobrevivió. Los otros, más fieles aún, habían muerto como buenos en el bosque de los tamarindos. Sus huesos todavía blanquean al suave rayo del crepúsculo que durante el día reina en aquellas augustas soledades. ¡Paz a sus restos!



25. Ojo de Mar

I

En la bella serranía
De una comarca risueña,
Donde la brisa costeña
Suaviza el calor del día,
Radiante de lozanía
Se yergue un monte altanero,
Por cuya falda el viajero,
Pena y fatiga olvidando,
Respira el aroma blando
del nanche y el limonero.

Desde ese monte elevado
Se mira tranquilo el mar
En lontananza brillar
Cual espejo plateado;
Se vé el torrente, lanzado
Desde obscurísimas rocas,
Precipitarse en las bocas
De las peñas horadadas
Y correr por las cañadas
Llorando sus ansias locas.

Vése también a lo lejos,
En medio de un campo verde,
Un aguaje que se pierde
Entre pálidos reflejos;
Cercado de árboles viejos

Y de obscuras trepadoras,
Nunca mira las auroras
Ni ve la púrpura bella
Que deja el sol en la huella
De sus alas brilladoras.

De noche, rumor incierto
Se extiende por la llanura,
Y en el aguaje murmura
Triste el eco del desierto;
Brilla el sol y el campo muerto
Despierta con los fulgores
Que el astro manda a las flores;
Y el aguaje se engalana,
Porque al brillar la mañana
Lo visitan los pastores.

De sus chozas de palmera
Que obscurecen las colinas
Como pardas golondrinas
Que buscan la primavera;
De la rústica ladera
Que está la grama alfombrando,
Risueñas vienen bajando
Las dulcísimas zagalas:
¡Quién entonces tuviera alas
Para seguir las volando!

Pues ya al aguaje risueño
Se dirigen presurosas
Cual náyades vaporosas
De algún fantástico sueño;
Y en las praderas sin dueño
Que alegra el verde castaño,
Dejan paciando el rebaño,

Y en la orilla del aguaje,
Do está más negro el ramaje,
Se desnudan para el baño.

Y allí la gentil pastora,
De pie delicado y breve,
Hunde su cuerpo de nieve,
como Diana Cazadora;
El agua murmuradora,
Los senos blancos ciñendo,
Se desmaya sonriendo,
Mientras onda fugitiva
Va con la virgen cautiva
Abrazándola y riendo.

Y luego limpias y hermosas,
En compasada carrera,
Se alejan por la ladera
Pisando lirios y rosas.
Cual banda de mariposas
Que arrastra turbión lejano
Y el néctar buscan en vano,
Así olvidando el redil
Va la turba pastoril
Dispersándose en el llano.

Y entonces el aguaje queda
Solitario entre sus muros
Cercado por los oscuros
Ramajes de su alameda;
Gárrulo el viento remeda
Muchos ecos misteriosos
Como sonidos llorosos
De alguna olvidada lira:
Y es que el aguaje suspira
Y al viento da sus sollozos!

II

Aquella gente sencilla
Ojo de Mar ha llamado
Al aguaje engalanado
De fresca y sabrosa orilla;
Cuando la copa amarilla
Del árbol envejecido,
Con el invierno aterido
Pierde las últimas galas,
Las dulcísimas zagalas
No lo dejan en olvido.

Que entonces al rededor
De una hoguera se amontonan
Y asiento en la tierra toman
Con gracejo encantador;
Y de la hoguera al calor
Se apresuran a escuchar
La historia de *Ojo de Mar*,
En cuya historia se ufana,
Refiriéndola, una anciana,
Con acento singular.

III

Escuchad la tradición
De aquel pueblo montañés,
Que ha conservado al través
De cada generación:
Cuentan que a esa región
Vino un extraño animal
Cuyo instinto natural
Era llevar la frescura
Al árbol de la llanura
Y al espigado maizal.

Engrandecido en la mente
De aquel pueblo soñador,
Refieren que su sudor
Formaba limpia corriente;
Que en cada poro, una fuente
Llevaba consigo mismo,
Y cual mágico espejismo,
Que los cielos retrataba,
Benéfico desataba
Los torrentes del abismo.

Formó lagos y cascadas,
Cuyo rumor aun se escucha
Como el del tumbo que lucha
Con las rocas escarpadas;
Y abrió profundas cañadas,
Por cuyo fondo sombrío
Se desliza raudo río,
Rociando con sus cristales
Los esbeltos carrizales
Que quema el sol del estío.

Y el animal portentoso
Se detuvo al fin un día
En la bella serranía
Junto al monte fabuloso;
Y a los piés de ese coloso
De historia rica y galana,
En una fresca mañana
Se vió un cristalino aguaje
Cercado por el ramaje
De una arboleda cercana.

Fué la tumba singular,
Tumba poética escogida,

Donde descansa escondida
La bestia de Ojo de Mar;
No se ven sombras vagar
En la noche solitaria,
Ni la brisa funeraria
Gime allí como en la tumba;
Se desliza, corre, zumba,
Gentil, bulliciosa y varia.

Porque es el lugar primero
Que ilumina la alborada
Con la lumbre plateada
De su mirar hechicero;
Y en las ramas el jilguero
Trina más enamorado;
Váse al nido suspirado
Con su tierna compañera,
Y a la caricia primera,
Canta el viento alborozado.

Y se oye entonces el rumor
De las aguas adormidas
Despertarse conmovidas
Por aquel beso de amor;
Y se desmaya la flor,
Y se arrullan las redondas
Cúpulas de verdes frondas
Del saúz al susurrar,
Y el monstruo de Ojo de Mar
Queda dormido en las ondas.

Después el aguaje queda
Solitario entre sus muros

Cercados por los oscuros
Ramajes de su alameda;
Gárrulo el viento remeda
Muchos ecos misteriosos
Como sonidos llorosos
De alguna olvidada lira,
Y es que el aguaje suspira
Y al viento da sus sollozos!



26. El Montero

I

Aquel día, Melchor, el indio venadero más afamado de la sierra, se había levantado muy tarde. Se calzó precipitadamente sus *huaraches*, se puso la *yesca* (chaqueta de gamuza amarilla) y el gran sombrero de palma; cogió su costalillo, el *garniel* y su escopeta y salió inmediatamente seguido de sus nobles perros.

Las gentes que lo encontraban en las callejas del pueblo, le saludaban con señaladas muestras de cariño.

—¿Por qué tan tarde, Melchor?

El indio se excusaba con monosílabos y sonrisas, y apretaba el paso con impaciencia.

Pronto se halló en el campo.

El sol en esos momentos derramaba su espléndida luz en ondas doradas. Las sombras de Melchor y sus dos perros, agigantadas a causa de la oblicuidad de los rayos del astro regio, se proyectaban en la falda accidentada del monte, plegándose y revisitando continuamente formas diversas, grotescas y extrañas. Al verlas, se pensaría que pasaban por allí tres monstruos de las edades primitivas.

Llegado que hubo a la cima de una colina,

en la que crecían varios nopales gigantes y negruzcos, testigos mudos de la conquista, Melchor descansó su escopeta y la cargó tranquilamente, cebándola con cuidado; acarició sus perros y bajó seguido de ellos al pié opuesto de la colina, al lugar donde brotaba un manantial de aguas frescas y juguetonas. Era un aguaje.

—Aquí esperaré los venados sedientos. ¡Pobres de ellos si vienen: yo apagaré su sed con una onza de plomo! Merlin, estáte quieto... Merlán, no hagas ruido!

El indio se ocultó debajo de unos matorrales, sus perros se echaron en la hojarasca y quedaron inmóviles, con el hocico entre las manos y las orejas erguidas en actitud de observación.

El sol había cambiado sus rayos frescos y rosados, por otros blancos y ardientes, que penetraban al través de las hojas como saetas de fuego. El cazador se impacientaba. Los perros bullían la cola con lentitud a diestra y siniestra, y desatendiendo las órdenes de su amo, se permitían de cuando en cuando lanzar un sordo gruñido o quebrar las hojas secas que a su lado tenían.

De repente Merlin hizo un brusco movimiento, y el cazador dirigió la vista hacia el aguaje: un hermoso venado bajaba suavemente la rampa del manantial. El indio se echó a la cara la escopeta, y disparó.

Aquel tiro fué seguido de un clamor agudo y prolongado, semejante al que hubieran producido millares de venados juntos y he-

ridos; y el sonido ronco y profundo de un cuerno de caza atravesó el espacio. ¿Qué pasaba?

El venado había desaparecido en medio de una nube de polvo. Perros y cazador se lanzaron sobre el rastro; mas al llegar a lo alto de la loma, el cuadro que se presentó ante la vista del indio, dejó a éste suspenso, como herido por un rayo.

Allá abajo, en la llanura, vió a un hombre, jinete en un caballo negro, arreando a un rebaño inmenso de venados que se perdía de vista en lontananza.

Venados y jinete, lanzados a violencia de carrera, desaparecieron súbitamente, como desleídos en el aire, como esos meteoros que brillan un instante en el campo del firmamento.

Melchor sintió que sus piernas vacilaban, que su vista se obscurecía, y apoyó su helada frente en la boca, todavía caliente, de su escopeta, creyéndose víctima del vértigo.

—¿Estaré soñando?—se dijo; y se sentó trabajosamente en una piedra.

Sus dos perros lo contemplaban con tristeza.

II

Era la hora del crepúsculo. Envuelto entre las sombras indecisas de la tarde, un cazador, con la escopeta al hombro, vagaba al pié de una montaña en la sierra: era Melchor. Sus dos perros le seguían con silencioso paso.

Por primera vez volvería al pueblo con las manos vacías; y este solo pensamiento lo traía desazonado y le causaba muy honda pena. Quedó tan profundamente impresionado con la visión de la mañana, que no podía apartar de sus ojos la imagen del jinete. Ese jinete era el *Montero*, el enemigo de los malos cazadores, el que cuida y cura los animales de caza.

—¿Habré soñado?—decía.

Y esta era la pregunta que traía clavada en el pensamiento. Por su cerebro cruzaba confusa y desordenadamente un enjambre de ideas, más veloces que los venados del *Montero*. La calentura lo devoraba: el cansancio lo rendía; sólo la fuerza de su voluntad de hierro le daba una extraña energía, que le arrojaba sin piedad en aquellas soledades.

Las hojas y las ramas secas de un matorral cercano se estremecieron; cayeron quebradas al suelo, denunciando la presencia de un sér vivo. Y en efecto, poco después, la cabeza de un venado, coronada por dos ramosos cuernos, asomó entre las matas y, casi al mismo tiempo, se dejó escuchar el acento terrible de la escopeta de Melchor.

El animal dió un salto y cayó herido cubierto por las ramas.

—Merlín por aquí! Merlán, alcánzalo, corre!

El venado se escapaba y se perdía de vista, favorecido por la espesura del bosque. Melchor corría también; pero al llegar a un

claro del bosque, se le presentó de improviso el Montero, diciéndole con voz imponente:

—¡Mal cazador! ¿Por qué maltratas a mis animales? ¡Sígueme!

Arrastrado por una fuerza irresistible y misteriosa, el venadero siguió al terrible jinete, caminando bajo los árboles del bosque.

III

El disco de la luna, como un broche de plata, lucía en el azul del firmamento.

¡Qué tinte de melancólica majestad daba a los bosques de la sierra!

Al pié de una montaña caminaban Melchor y el Montero.

La luz de la luna brillantaba la piel negra y lustrosa del caballo, y se reflejaba en los adornos metálicos de la silla y el traje pintoresco del Montero. Las herraduras del caballo sacaban gruesas chispas de fuego, que a la luz de la luna brillaban de un modo particular.

Melchor no sabía lo que le pasaba.

¿Estaría soñando?

Al llegar frente a una roca, el Montero se detuvo, y dirigiéndose al indio, exclamó:

—¡Entra!

Al instante, la roca se desgajó silenciosamente en dos porciones, dejando entre ellas un ancho pasadizo. Melchor entró hasta un gran espacio, donde se presentó ante sus

ojos, en toda su magnitud, aquel inmenso rebaño de venados, que en la mañana había visto desfilar desde la cumbre de la colina.

—Mira los dos venados que me has herido, dijo el Montero, cómo están sufriendo!

En el suelo yacían, en efecto, los dos venados, con sus heridas manando sangre.

—Yo sé que eres un cazador intrépido y valiente; mas ten entendido que si otra vez yerras el tiro, no te perdonaré, y mi venganza será terrible.

Dió el Montero un latigazo a su negro corcel, y luego desaparecieron caballo, jinete y venados súbitamente, como desleídos en el aire, como esos meteoros que surcan un instante el campo azul del firmamento.

En esos momentos, la luna, como un broche de plata, brillaba en la mitad del cielo, suspendida en la mitad del mundo. Sus rayos iluminaron pálidamente un cuadro salvaje de melancólica majestad: peñascos abruptos, nopales gigantes, un cazador con la frente apoyada en su escopeta, y a sus piés, dos perros, negros, tristes, inmóviles, con la vista clavada en la extensión de la llanura.

—¡He visto al Montero y me ha amenazado!—murmuraba tristemente el indio cazador. ¡Se acabó Melchor el venadero! ¡Ya no soy nada!

Y para no volver al pueblo con las manos vacías, subiése a la roca más alta, y desde allí, empuñando su escopeta, se arrojó al abismo, lanzando un ¡ay! que repercutió en

las faldas del monte con ecos de infinita tristeza....

Y los perros, sentados en la roca, con los hocicos en alto y las orejas flojas, aullaron con acento prolongado y desgarrador, llorando a su amo... al indio venadero más afamado de la costa!



27. ¿Me quieres por Esposo?

I

Existe aún entre los habitantes de los pequeños lugares algunas costumbres antiguas que son graciosas y pintorescas. Muchas de ellas tienen un sabor poético encantador que las hace amables; su sencillez, su ternura, su transparencia dan un consolador indicio del estado que guarda el corazón de esas generaciones que se deslizan en las aldeas y campos como las aguas límpidas de sus arroyos. Esas costumbres primitivas son puras como el aire de las praderas y dulces como la miel silvestre.

Allí, en aquella agrupación de casitas acurrucadas en uno de los pliegues de la llanura, allí se vive aún la vida tierna y sencilla de antaño. Ese pueblo es afecto a los símbolos, a las ceremonias, a los ritos. Los actos más trascendentales de la vida tienen su liturgia.

Oíd la siguiente narración que pinta uno de los rasgos característicos de las costumbres de esa aldea. (1).

II

Es la hora del amanecer. Las doncellas del lugar, con el cántaro al hombro, se diri-

(1).—Tuxpan, Jal.

gen a la fuente. Sus trajes son pintorescos, porque son antiguos. *Huipilli* de blanquísimo algodón con gruesos bordados negros y rojos, *cueitl* de fina lana a rayas y colores vivos, grandes pendientes de oro, gruesos hilos de oro y coral en torno del cuello, negro cabello atado en dos trenzas, tez morena, rostro agraciado y virginal, brazos y pies desnudos; he allí a las mozas del lugar. Por sus venas corre a torrentes la sangre azteca de nuestros antepasados.

Llegan en grupos a la fuente y se ponen a charlar, unas todavía con el cántaro vacío en las ociosas manos, otras llenándolo con el refrescante líquido.

No es español el que hablan: es mexicano. ¡Qué armonioso vibra el idioma de Netzahualcóyotl en aquellos labios purpurinos! ¡Buenos días, buenos días, niñas hacendosas; parecéis al charlar una bandada de zenzontles alegres y canoros!

—¡María!

—¿Qué?

—¿No viste a Pedro?

—Sí.

—Te quiere.

—¿Cómo sabes?

—¿No has observado que todos los días te espera junto a la iglesia para verte pasar?

—Sí, todos los días lo veo. Pero no ha de ser a mí a quien quiere.

—Cállate, tú lo sabes muy bien.

—Es el mejor muchacho del pueblo, agregó una tercera.

—Y no es feo, siguió diciendo otra.

—Si a mí me echara el lazo, exclamó firmemente una indita de ojos vivos, no me lo quitaría!

—Ni yo! ni yo! ni yo!—prorrumpieron al punto varias voces.

—Y tú, Teresa: ¿qué harías si José te echara el lazo?

—Me lo quitaría inmediatamente.

—¿Por qué?

—Porque no lo puedo ver ni pintado.

—José no es malo.

—No será, pero yo no lo quiero.

—Yo que tú, no lo hacía sufrir.

—Bueno, pues te lo dejo!

—No seas mala.

—Qué mala ni qué mala!

III

Allá junto a la iglesia, a la entrada de la plazuela, hay un grupo de mozos, entre ellos Pedro y José, de quienes hablan las aguadoras. Todos, quién más, quién menos, pretenden por novias a las muchachas que concurren a la fuente. Van a verlas pasar, y este solo hecho basta para que ellas se den por pretendidas. ¿Pero cómo saben quién prefiere a quién? Ellas tienen el don de adivinarlo. Sin embargo, llega un día en que el joven enamorado declara ostensiblemente su pasión a la dueña de sus pensamientos, y la costumbre ha establecido que la doncella

manifieste al instante su resolución. Pero esta interesante pregunta: "*Me quieres por esposo?*" no se pronuncia con los labios, ni el sí, tampoco. Todo es simbólico en aquella aldea.

IV

¡Oh niñas! ¿Quiénes de vosotras cambiarían su suerte al pasar junto a los enamorados mozos? El corazón os palpita de emoción, de ansiedad, de incertidumbre. ¿Seréis amadas? ¿No seréis amadas?

El alma, como el mar, tiene sus expansiones, sus derrotas, flujo y reflujo; el gozo invade el alma hasta desbordarse, pero otras veces se aleja dejándola seca y desolada. En ese vaivén de sensaciones se halla el corazón de los enamorados. ¿Nos amarán? Y la duda se yergue como una columna de granito azotada por las eternas olas.

¡Oh, niñas! ¡Animo! Ya la sangre, roja y ardiente, afluye a vuestras mejillas. ¡Animo! Pasad, niñas enamoradas, pasad junto a la iglesia!

Hoy lleváis el agua a la casa de vuestros padres: quizá mañana la lleváis para cocer los alimentos de vuestros esposos. ¿Pero acaso es menos dulce el amor del esposo?

¡Oh, no! Pasad, niñas enamoradas, pasad, pasad junto a la iglesia!

V

Con sus cántaros al hombro, ya van las aguadoras de retorno a sus casas. ¡Con qué garbo y donaire sujetan la roja vasija arrojando el brazo sobre la cabeza!

—¡Teresa!, ahí está José.

—¿Y qué me importa? Bien puede estar.

—¿De veras no lo quieres?

—No.

—Míralo, parece que piensa ahora decidir su suerte.

—Que la decida.

—Pobre José, no es tan afortunado como Pedro!

—¿Le quieres, María?

—Yo no sé, respondió ésta tímidamente.

—¿Y si te echara el lazo? ¿Te lo quitarías?

—No lo he pensado.

VI

Teresa, gallarda y atrevida, camina resueltamente al frente de sus compañeras: parece desafiar el peligro.

Un joven sale del grupo: es José, el pretendiente de Teresa, que se ha decidido a probar su suerte.

Algo solemne va a pasar, pues las bulliciosas aguadoras han suspendido su charla.

José lleva algo en las manos. ¿Qué es? Es un bramante de seda, largo y suave, con una *lazada* en una extremidad. Es el lazo simbólico con que el amante aprisiona a la amada de

su corazón. Lanzar ese lazo significa: ¿*me quieres por esposo?*

Al pasar Teresa junto al grupo, José arrojó el bramante con tal seguridad y tino, que la doncella quedó en medio de la presilla corrediza.

¡La dulce pregunta estaba hecha!

Pero la niña sintió el cordón como si fuera una serpiente que se le enroscara al cuello; hizo un movimiento de horror, botó el lazo violentamente al suelo, y erguida, desdenosa y altiva, continuó su camino.

José inclinó tristemente la cabeza y entró en el templo. ¡Pobre enamorado! ¡Iba a rogar a la Virgen ablandara el corazón de la indomable doncella!

VII

¿Dónde está María, la tímida y graciosa María?

Miradla: allí va entre sus compañeras, buscando un refugio donde escapar a las demostraciones de los jóvenes.

Ahora es Pedro quien se adelanta y lleva en sus manos algo simbólico. Las aguadoras se apartan dejando sola a María, quien, pálida y temblorosa, bajaba sus negros ojos con resignación.

El lazo cayó en sus hombros.

¡Qué dulce impresión la de aquel lazo de fina seda! Los pétalos de las rosas no son

más suaves, ni acarician más amorosamente las brisas matinales.

María ha sentido la llama del amor en su rostro: está encendida como una amapola. Siente que aquel lazo la atrae con fuerza irresistible hacia su enamorado galán. ¡Y el lazo no la oprime!

Con el corazón henchido de felicidad y turbada por la más viva emoción, ella prosiguió lentamente su camino conservando el lazo simbólico sobre sus hombros: ¡los destinos de los jóvenes estaban unidos para siempre!

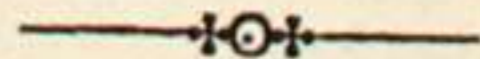
Ella había dicho: ¡Sí!

VIII

Pedro, radiante de felicidad, irguió la cabeza y entró en el curato.

¡Dichoso enamorado! Iba a rogar al Sr. Cura fuese a pedir la mano de la graciosa María!

Y al día siguiente, en la madrugada, como una prueba de que era hombre capaz de mantener el fuego del hogar, depositó una carga de leña a la puerta de la cabaña de su futura esposa!



28. El Domador de Caballos

I

¡Cuánto polvo! ¡Cuánto ruido!
¿Qué sucede? ¿Por qué gritan?
Ora corren y se agitan,
Ora se escucha un bramido.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!—los vaqueros
Exclaman. Y con la espuela
Pican al corcel, que vuela
Como flecha en los potreros.

¡Cuánto charro corredor!
¿Son centauros? ¡Lo parecen!
¿No ves que se desvanecen
Cual sueño fascinador?

Las cámaras, los morteros,
Y mil cohetes estallan,
Mientras excitados *rayan*
Sus caballos los rancheros.

Del arpón los graves sonos
Vibran como clarinada,
Y acude la *rancherada*
En alegres pelotones.

—¡Los herraderos! ¿No vamos?
Dice un guapo mocetón.

—Me lo preguntas, Zenón?
“De *juerza, rete* que vamos”.

—¿Y echas piales?

—Y manganas,

“Y hasta *pue* que *jinetié*”.

—Pos yo te vengo, José.

—Pos le entraremos con ganas
“Pa probar que en el Diamante
“No hay quien nos bufe”.

—¡Bien dicho!

—Y si me agarra el capricho...

—¿Qué?

—Te lo diré adelante.

Y luego el *mariachi* vibra
Con sus sonoros arpones,
Excitando con sus sonos
De los rancheros la fibra.

II

En el corral de la Hacienda
¡Cuánto polvo! ¡Cuánto ruido!
Toros, becerros, caballos,
Muletos, vacas, potrillos,
Se confunden como abejas
De un enjambre enfurecido.

Los vaqueros van y vienen,
Sudorosos, atrevidos,
Buscando con la mirada
Algún potro, algún novillo,
Que no hayan sido marcados
Por el hierro enrojecido.

Si lo hallan, lanzan al aire
Sus sogas haciendo giros,
Y lo sujetan del cuello
Y de pies a un tiempo mismo.

Y luego tiran y parten
En diferente sentido;
Y el bruto bufando cae,
Saludado por los gritos

De aquel concurso excitado,
Por un gozo que es delirio.

Del fogón sacan el hierro
Y lo aplican al cautivo.

La marca silba al hundirse
En la carne. Un torbellino
De humo brota del flanco
Del animal abatido,
Que temblando se retuerce
De dolor dando un relincho
(Si es un potro vivaracho
Que de la sierra han traído),
O conmoviendo la tierra
Con sus sonoros bramidos
(Si es un torete salvaje,
De gran empuje y de brío).

Y por fin libre lo dejan,
Ciego, rabioso, aturdido;
Ensancha el bruto las fauces;
Y un olor fresco, indeciso,
Como de yerbas y arbustos,
De resinas o tomillo,
Llega hasta él: es el bosque,
Su patria, su hogar, su nido,
Donde ha morado a sus anchas,
Donde entró como potrillo,
Donde pastó alegremente
En las márgenes del río!

¡Sus! Y se arranca al punto
Corriendo al bosque vecino
Como un loco, olfateando
De su querencia el retiro.

III

A la sombra de un árbol inmenso
De menudas y múltiples hojas,
Hay un palco adornado con palmas,
Margaritas, orquídeas y rosas.

Es el palco del dueño, del amo,
Del Sr. D. Ramón de Pamplona,
Que no tiene más que una sobrina
Agraciada, muy guapa y hermosa.

Allí está. Le acompaña en el palco.
—¿Has estado contenta, mi Lola?
D. Ramón le pregunta. —Sí, tío.
—¡Pues que siga adelante la cosa!

Los vaqueros un potro han lazado,
Que respinga mordiendo las sogas,
Que relincha y espuma de rabia
Erizando la crin y la cola.

¡Un momento de lucha! Furioso
Se encabrita y al fin se desploma,
Y le graban con hierro candente
La señal en su piel temblorosa.

Iban luego a aflojarle las ligas...
—¡No! ¡Que esperen!—gritó el de Pamplona.
“¿No hay alguno que suba a ese potro?
“¿Quién se luce con él? ¿Quién lo monta?”

Todo el mundo quedóse en silencio
Como el mar cuando callan las olas.
—¿No hay quien guarde el honor de la Ha-
[cienda?

“¿Ya no hay hombres?”—gritó con voz ronca.
—¡Yo lo monto!—contesta un vaquero,
Indignado, con voz estentórea;

Su corcel espolea, y se arrisca
El sombrero con mano orgullosa.
Llega al frente del palco y saluda,
Como allá en edades remotas,
Saludaban a César Augusto,
Gladiadores del circo de Roma.

IV

De entre las gentes que miran
Esta escena, sólo hay una
Que palidece, que tiembla
Bajo una mortal angustia.

Es Dolores, la hacendada,
La hermosa como ninguna,
Que oyendo hablar al vaquero,
Quedó sin aliento y muda.

Dirige al punto a su tío
Una mirada de súplica,
Y al joven otra le envía
Llena de amor y profunda;
Pero él la esquiva, no sea
Que su promesa no cumpla.

Entretanto el noble bruto
Se tuerce, relincha y bufa,
Con ojos sanguinolentos,
La boca llena de espuma.

V

Le amarran al vientre con soguillas
La diestra pata y la siniestra mano,
Un labio le estiraron con un nudo,
Y en seguida en dos pies lo levantaron.

El potro quedó inmóvil, cual de bronce,
Rígido, quieto, sin temblor ni paso;
Un bozal y un tapojo le pusieron,
Y en el dorso la silla le arrojaron.

Se estremeció. Jamás sentido había
Aquel estorbo que le abrumba tanto,
Aquel cincho oprimiéndole los músculos,
Los estribos botándole en los flancos.

Pero él está impotente. Fuerza extraña,
Nueva, invencible, le ha paralizado;
El impetu se ahoga en su cerebro,
Cesan los nervios de excitar al salto.

El jinete registra sus espuelas,
Sujétase el calzón amameyado,
Y se acerca sereno hacia la bestia,
Que arroja por la boca espumarajos.

Dolores está pálida, afligida,
Bajo el chal retorciéndose las manos,
Trémula, ansiosa, dirigiendo al joven
Los ojos hacia él desmesurados.

Pero él no quiere verla ni un instante.
Es fuerte y atrevido. Sin embargo,
Su Dolores tal vez le vencería
Con una flecha de sus ojos gárzos.

Montar aún al potro es peligroso,
No obstante el nudo que le tira el labio;
Pero entonces le muerden las orejas,
Y en su dolor lo van arrodillando.

Y lo arrodillan. ¡Crítico momento!
El garboso vaquero, dando un salto,
En la silla se sienta valeroso,
Con voz tonante: “¡Suéltlenlo!” gritando.

VI

Salta el potro sorprendido,
Libre ya de todas ligas,
Como si oculto resorte
Lo hubiese lanzado arriba.

El tapojo que lo ciega,
Lo detiene, lo intimida,
Y tiembla todo su cuerpo,
Y de impaciencia relincha.

Mas el jinete está firme,
Como clavado en la silla,
Con el valor en el pecho
Y en los labios la sonrisa.

Y viendo entonces que al potro
La cólera paraliza,
Con gran valor temerario
La venda a sus ojos quita.

El animal espantado
Al mirar la luz del día,
Que a torrentes se introduce
Por sus feroces pupilas,
Sacude su crin dorada
Que al punto de rabia eriza:
Abre sus anchas narices,
El aire fresco respira,
Y entonces, como blasfemia,
Furiosamente relincha.

Sus ojos ensangrentados
Ven la sabana vecina
Que él ha cruzado corriendo
Tan libre como la brisa;
Y al aspirar el perfume
De la yerba humedecida,

Que crece cerca del borde
De corriente cristalina,
Las fauces abre de nuevo
Y de nostalgia relincha.

Jamás su espalda ha sentido
La opresión de aquella silla,
Ni el duro cincho de cuero
Que le ahoga y que le asfixia.
Contrae sus potentes piernas
Con ansiedad infinita,
Y salta como una ola
O cual vorágine gira.

Y airado doblega el cuello
Lanzando bravas mordidas,
Con sus dientes afilados,
A los estribos que oscilan,
Donde sonando se ocultan
Las espuelas que le pinchan
Y que le surcan el vientre
Con un tesón que le irrita.

Luego en sus piernas traseras
Violentemente se empina,
Y cual torre desquiciada
Verticalmente vacila...

El vaquero en ese instante
Las grandes espuelas hinca
En el flanco sudoroso
De la bestia enfurecida.

Pero el potro no obedece;
Hacia adelante no brinca;
Y se echa hacia atrás, de espaldas,
Pesado como una encina.

Un grito de espanto suena
Entre las gentes que miran

Aquella escena terrible.
¡Pobre Lola! ¡Pobre niña!
Pero el vaquero, previendo
Aquella recia caída,
A tierra ligero salta,
Como una rápida ardilla.

VII

Un momento después, entre una nube
Del polvo que se alzó,
El potro se levanta relinchando
Con ímpetu feroz.
Pero al instante, audaz, como una flecha,
El hábil domador,
Sobre la silla salta nuevamente
Causando admiración.
A su vez el vaquero estaba loco
De cólera y furor,
Y en el vientre del potro las espuelas
Hunde sin compasión.
Aquella lucha se prolonga un tanto,
Recia, ardiente, feroz,
Hasta que al fin el bruto queda inmóvil,
Cubierto de sudor.
Entonces del estrado y de las cercas
Un aplauso surgió;
Gritaron vivas los demás vaqueros
Con grande exclamación;
Y cuando iban a estrechar la mano
Del hábil domador,
Este, ciego quizás por la victoria,
Tuvo una inspiración.
—¡No se acerquen!—les grita a sus amigos,

“¡Aún falta lo mejor!”
Y del cañón de su amarilla bota
Un cuchillo sacó.

VIII

—“Eh! ¡Upa! ¡José! ¿Qué es eso?”
Don Ramón gritó indignado.
“¿Vas a degollar al potro?”
“¿Qué es lo que intentas, muchacho?”
En las pupilas de Lola
Brilló un siniestro relámpago
Al pensar que algo terrible
Iba a cometer su amado.
Más él escuchar no quiso,
Ni mirar siquiera al palco;
Y una sonrisa de orgullo
Vagó tranquila en sus labios.
Alzó el cuchillo y con calma
Cortó la brida de un tajo,
Quedando así en un instante
A merced de aquel caballo
Que no ha mucho relinchaba
Indómito por el llano.
El animal, al sentirse
De su bozal libertado,
Abrió el espumoso hocico,
Y sus narices silbaron.
Pero entonces, sin gobierno,
Y ciego, como un relámpago,
En impetuosa carrera,
Se abalanza contra un árbol,
Cuyo tronco enorme estaba
Hacia la tierra inclinado.

¡Nada salvar parecía
Ni al jinete ni al caballo!

¡Víctimas de su locura
Morirán despedazados!

¿Qué hace la barca que flota
Perdida en el oceano,
Sin timón que la dirija,
En medio de los peñascos?

Pero el valiente vaquero,
El peligro adivinando,
Su sombrero de anchas alas
Se quita y pone al caballo
Por delante de los ojos,
Ligero como un relámpago.

El animal se sorprende
Y da para atrás un salto,
Imprevisto, prodigioso,
Gigante, desmesurado.

Entonces vieron las gentes
Un peregrino espectáculo:
Un jinete valeroso
Dirigiendo su caballo
Sin brida, con su sombrero,
Hábilmente manejado,
A la derecha, a la izquierda,
Al frente y a todos lados.

Nuevos vivas, nuevos gritos,
Y atronadores aplausos:
¡Aquel valeroso joven
Era en verdad un centauro!

IX

El orgullo y la gloria del triunfo
Al vaquero de gozo lo embriagan;
Un fulgor en su frente se esfuma
Como un nimbo de luz dulce y blanca.

Ya por último, hincando en el potro
Sus espuelas, lo azuza y lo avanza
En violenta carrera hacia el palco,
Donde todos con vivas lo aclaman.

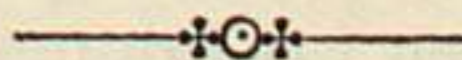
Al llegar, bruscamente se inclina
Hacia atrás con vigor y elegancia,
Y a la par lanza un grito salvaje
Con su ardiente y sonora garganta.

Y la bestia detiéndose al punto
Suspendiendo la rápida marcha,
Obediente a la voz del vaquero,
Y de miedo y cansancio humillada.

Ya delante de Lola, el jinete
Cortésmente se inclina con gracia,
Colocando en debido homenaje
Aquel bruto a los pies de su amada.

Un ardiente rubor a la niña
Las mejillas le tiñe de grana,
Y orgullosa, confusa y alegre,
Manda al joven amante mirada,
En que un mundo de dichas sin cuento
Le promete en castísima llama.

Y cual premio de aquella victoria,
Que con tanto valor conquistara,
Le sujeta un racimo de flores.
En el pecho con mano turbada.



29. Martín Chiquillas

I

Era de oficio talabartero.

Sabía repujar las vaquetas con la misma habilidad con que las bordaba de oro o plata empleando raros arabescos, grecas aztecas o guías de vid con alternados racimos de uvas.

El había puesto su mano en todas las sillas de montar de los vecinos del pueblo. Sus bordados lucían en los cinturones y en las *víboras* de los rancheros, en las fundas de machetes y pistolas de los de *armas tomar*, en las espuelas de los vaqueros y en los tapojos de las mulas.

Era modelo de formalidad y de honradez, lo cual le había hecho apreciar del vecindario.

En su persona mostraba grande aseo. Usaba el típico *calzón blanco* de las tierras calientes, ceñido a la cintura con una banda roja, cuyas barbas dejaba caer por delante como si usase el tapa-rabo o *maxtlatl* de los aztecas. Su camisa planchada y siempre albeando era de lino, debajo de la cual se ponía una camisa interior de *Arabia roja* para dar un matiz rosado al lino, lo cual constituía un lujo entre las gentes de su clase. Calzaba comúnmente *huaraches*; pero *huaraches* bordados en la pieza que cubría el empeine del pié y en las taloneras. Su sombre-

ro usual era de palma o de *soyate* con toquillas y chapetones de cuero.

Sin embargo, los domingos se *encatrinaba*. Entonces calzaba botas de vaqueta con sus iniciales bordadas de plata; metiase los calzones dentro de las botas para lucirlas en todo su esplendor; substituía el sombrero de palma por uno de fieltro, ancho y galoneado. Y salía a la calle con un sarape del Saltillo bien doblado y colgado al hombro, dando pasos de perdonavidas, echando miradas de desdén a diestra y siniestra, y fumando olímpicamente un largo puro.

Pues aquel hombre honrado tenía un defecto (alguno había de tener): la echaba de valiente y de matón. Pero todo el mundo sabía que su presunción era falsa.

Dentro de la bota, cuando de catrín andaba, o fajado en la pantorrilla, debajo de los calzones, en los días de entresemana, traía un cuchillo *chopo*, muy filoso y bien guardado en su funda. Aquel cuchillo era su compañero inseparable.

II

En los domingos y días de fiesta de guardar, solía detenerse en la plaza después de oída la misa mayor, a conversar con sus amigos. Y eran de oírse sus *echadas*. Sus amigos que lo conocían bien, le picaban el lado flaco para que los divirtiera.

—A ver, Martín, le decían. ¿Cómo estuvo aquello del pleito de Zapotlán?

El talabartero levantaba la cara para ver alto, movía sus pies como D. Juan Tenorio, aspiraba el humo del puro y lo lanzaba con fuerza, escupía por un colmillo, y con acento de desdén, decía:

—Aquello no vale la pena de recordarlo. Fue una muchachada. ¡Y decían que era el más valiente del pueblo! Figúrense ustedes al tal Juan Solís... ¡Bueno! No quiero decir que era un mandria. Al contrario; tenía cara de ser muy hombre. Y usaba unos bigotes, así, muy arriscados. Todo el mundo le tenía un miedo de gallina: temblaban delante de él. Pues bien, un amigo me convidó a tomar pulque en la mera magueyera, como saben que allá se usa. Y fui. Otros habían ido también por su lado. Había bastante gente. El tal Juan Solís llegó con una carpanta de amigos, y al verme, le gusté. Y yo le eché una de esas miradas que acostumbro y que sólo yo sé echar, como diciéndole: “¡Fu!” Entonces él pidió unos jarros de pulque y me dijo ofreciéndome uno: “Amigo: bébase éste a mi salud”. —“¿Yo?” Y escupí por un colmillo, y le dije sonriendo: “Todavía no nace el *endevido* que me obligue a tomar con su *mercé*”. El se enjoscó. “¿Todavía no?” Me dijo dando dos pasos *pallá* y dos pasos *pacá*. “Le voy a *prebar* que el hijo de mi madre es ése”. —“Pues ya me canso de esperar”, le dije yo a mi vez. El me echó una mirada como queriendo comerme. “Le voy

a echar este jarro en la cara”.—agregó con un ronquido—“y el otro se lo vaciaré en el *gaznate*”. “Ja, jaaaaa!—solté yo así la risa, diciéndole: “No tenía ganas de *rirme*, pero sus palabras me han hecho cosquillas”! Mas él me tiró el jarro en la cara y me lo quebró en la pura frente. Yo pegué un salto *patrás*, como un venado, y saqué mi *chopo*. Al verme así, tiró lejos el otro jarro y sacó una punta-espada que llevaba oculta, encajada en la *centura*, debajo de los calzones. “¡No me asusta su espadín”—le dije—“con mi *chopo* tengo. Y ahora va a saber quién es Martín Chiquillas!” ¡Y nos agarramos! ¡Qué bonito estuvo aquello! Todos los que estaban allí nos hicieron rueda. El tal Juan Solís me tiró una punta. Pero yo no más brinqué, como yo sé brincar. Ustedes saben que al brinco nadie me gana: parezco pájaro. Pues bien, brinqué, le saqué el cuerpo; él se fue de frente y cayó de bruces en el suelo. Yo podía haberlo clavado en la tierra con mi cuchillo; pero yo soy hombre y no me gusta pegar a la mala; y le dije: “¡*Alivántese*, talísimo, que le quiero dar en la *chapel l'alma!*” Se levantó. Nos pusimos frente a frente, y comenzó luego una pelea digna de verse en un circo. El me tiraba puntas y más puntas; pero yo, como siempre, le sacaba el trapo con mi habilidad en el brinco, esperando una oportunidad para alcanzarlo con mi cuchillo. ¡Y sucedió! En uno de tantos brincos quedó, él muy cerca de mí y —¡pobrecito!— le clavé mi *chopo* en la mi-

tad del corazón. ¡Ni pío hizo! ¡Zas! Cayó de espaldas. “¡Bueno!—dije yo—“eso quiere decir que puedo escapar”. Pues ustedes saben que cuando el muerto cae de cara, los *cuicos* le echan a uno el guante luego luego. Y corrí por la magueyera...

—¿Saliste con bien? ¿No te agarraron los *cuicos*?

—¡Qué me habían de agarrar! ¡Soy un venado en la corrida! Yo siempre he escapado.

—¿Así es que nunca has estado en la cárcel?

—Nunca, no sé si por mala o por buena suerte. Dicen que la cárcel se hizo para los hombres; pero hasta la fecha no se ha hecho para mí. Y todo se debe a mi viveza. Además, soy *maistro* de disimulo: nunca se me echa de ver nada.

—Hasta la fecha, ¿cuántas muertes debes?

—Debo seis nada más. Pero me late que la séptima no está muy lejos. Ya no hallo la hora de que, al pasar, digan todos con admiración: “Ahí va Martín Chiquillas, el que debe siete muertes”.

III

Conversaciones por el estilo de la anterior eran bastante frecuentes. Sus otros hechos de valor guardaban cierta semejanza con el relatado. Siempre se despachaba al

más valiente de un barrio o de un pueblo sin recibir ni siquiera un rasguño.

Pero si con sus pláticas era inofensivo y hasta atrayente, se ponía intratable en ciertas ocasiones. Eso sucedía tan sólo dos o tres veces al año, cuando se emborrachaba. Paseaba su borrachera por todo el pueblo y en cada cuatro esquinas lanzaba gritos provocativos llamando a los valientes a reñir con él.

—¡Ayayay! —gritaba como un salvaje. ¡Aquí está Martín Chiquillas, el padre de los hombres! ¡Si alguno de esos tales que me están oyendo se cree hombrecito, que no más me brote! ¡Ujule! ¡No crean que yo vengo de *arriar* gallinas con pistola! ¡Soy el tata de los valientes! ¡Y válgame San Cuilmas el Petatero! ¡Martín Chiquillas no se raja nunca! ¡Es el amo de los planchados! ¡Es el terror del barrio! ¡No hay quien me bufé! ¿Usted...? ¡Usted no me sirve ni para limpiarme la cola! ¡Ajajay!

Al decir cualquiera de tales cosas, raspaba su cuchillo en el empedrado.

Y avanzaba las otras cuatro esquinas para gritar lo mismo, agregando algunas veces el siguiente verso:

Y fue tanta la pujanza
Del señor San Baltasar,
Que una vez llegó a ensartar
Ciento cincuenta en su lanza.

—¡Ajajayyyyy! Pero aquí está Martín Chiquillas, que es el mero padre de San Baltasar!

Los hombres se reían por lo bajo, las mu-

jeros le tenían lástima. Sólo los muchachos se aterrorizaban. En ocasiones le ladraban los perros. Los *cuicos* no sólo lo dejaban hacer, sino que hasta lo cuidaban para el caso de que alguno tomara en serio sus baladronadas.

—¡Pobre Martín Chiquillas!—decían algunas personas. Si no supiéramos que es tan buen hombre y tan inofensivo como una paloma, creeríamos que es verdad todo lo que dice. ¡Tiene el delirio de la valentía! ¡Pero no es capaz ni de matar un pollo!

IV

Y sucedió que un día, cuando andaba en la borrachera y se sentía más valiente que San Baltasar, ocurrió una riña entre dos verdaderamente valientes. Al ver a los rijosos que se tiraban tremendas cuchilladas, lanzándose las más atroces injurias, se metió en un zaguán, con el rostro más pálido que la cera. Era visible el temblor de su cuerpo y ni siquiera osaba asomarse para ver la pelea.

Por fin uno de los rijosos pasó corriendo por en frente del zaguán llevando en la diestra un cuchillo ensangrentado.

Martín Chiquillas sacó la cabeza y vió tirado, en la mitad de la calle, el cadáver del vencido.

La calle estaba desierta.

Todas las gentes se habían metido en sus casas por temor de complicaciones, pero más

particularmente para no ser llamadas al juzgado a declarar. ¡Causan tantas molestias los jueces! Cuando más ocupado está uno, una cita: “Sírvese concurrir a este Juzgado mañana a las diez de la mañana para la práctica de una diligencia, apercibido de que si no se presenta, incurrirá en el delito de rebeldía”. Y tiene usted que presentarse, aun dejando moribundo a su más querido pariente.

Por eso aquella gente se preparaba a decir “que nada había visto del pleito ni conocía a los rijosos”.

Después de asegurarse de que nadie aparecía por la calle, Martín Chiquillas avanzó un paso hacia afuera, luego otro; volteó hacia todos lados; no vió a nadie; avanzó un paso más, luego otro, y observó de nuevo: ¡nada! ¡Ni siquiera un *cuico* perfilaba su figura por aquellos contornos!

Una idea luminosa cruzó por la mente del talabartero. Sacó su cuchillo *chopo*, brillante como de plata: ¡era un cuchillo virgen! ¡jamás había servido para matar! ¡nadie, ni un conejo siquiera, había caído bajo su luciente filo!

Chiquillas avanzó cautelosamente, observando por todas partes, y llegó al fin junto al cadáver, que yacía en un charco de sangre, con el rostro en tierra. De uno de sus costados brotaba una fuente roja. Mojó en la abierta herida su cuchillo hasta la cacha, tomó sangre con las manos y se manchó con ella la camisa, hasta se tiñó un cachete

con aquella púrpura humeante aún y, no contento con aquello, atascó la copa de su sombrero de blanca palma en el charco rojo....

Se enderezó, dió unos pasos trágicos al redor del muerto y, no viendo a nadie, comenzó a gritar:

—¡Salga todo el mundo a contemplar la obra de Martín Chiquillas, el padre de los hombres! ¡Al fin sucedió lo que tenía que suceder: Martín Chiquillas, el famoso valiente, ha completado sus siete muertes! ¡Salgan a ver qué buen gallo me he llevado entre los espolones! ¡Y conste que ni corro siquiera, porque el pobrecito cayó de cara, y ahora sí que me llevarán los *cuicos* a la *chinche*! ¡Pero la cárcel se hizo para los hombres, y allá va Martín Chiquillas, el tata de todos, a recibir su castigo!

A los gritos desahorados del ebrio talabartero, comenzaron a salir los vecinos, pues si azorados se habían metido, más azorados salían ahora al oír las locas baladronadas de aquel inocente.

Un policía ¡por fin! llegó “al teatro de los sucesos”.

—¡Aquí estoy, valedor!—le dijo en alta voz el talabartero. Martín Chiquillas la debe, Martín Chiquillas la tiene que pagar!

El guardián público, a pesar de todo, estaba perplejo; veía al talabartero todo manchado de sangre en su rostro, manos, ropas y sombrero; veíale el cuchillo, rojo hasta la cacha; y sin embargo...

—¡Yo soy el mero petatero! ¡Me llevé a ese tal entre las espuelas! ¡Soy Martín Chiquillas, el que nunca se raja! ¡Yo no corro de nadie, ni de la justicia! ¡Me entrego voluntariamente! ¿Qué espera que no carga conmigo?

En eso, un vecino se acercó al gendarme y le dijo:

—No se lo lleve; no fue él; ya usted lo conoce. Yo no quería mezclarme en este asunto por evitarme molestias. Pero este hombre me obliga a intervenir. Yo sé quien dió muerte a este desgraciado que está a nuestros pies; y no es justo que Martín Chiquillas, nada más por lucir su valentía, sufra las consecuencias.

Otras personas dijeron lo mismo al gendarme.

Pero Martín Chiquillas se enfurruñó terriblemente.

—¿Qué están ustedes diciendo, canallas, mal nacidos? ¡Mal haya sea...! ¡Yo soy el valiente que mató a ése! ¡Andele, *cuico*, *jijo* de la tiznada: cargue conmigo!

Los vecinos le hicieron una seña maliciosa al gendarme, como diciéndole: “Lléveselo, es bueno que duerma la borrachera en la cárcel”.

—¡Acompáñeme, pues, matón desgraciado!—le dijo el gendarme poniéndose en el mismo tono. ¡Camine!

Y era de ver cómo iba por la calle Martín Chiquillas, con pasos quijotescos, blandiendo su cuchillo ensangrentado, que ni siquie-

ra le quitaron, pregonando su valentía en cada cuatro esquinas, a grito herido.

—¡Aquí va Martín Chiquillas, el padre de los hombres! ¡Hoy lo ven marchar a la cárcel; pero ya lo verán muy pronto marchar al *pie de gallo*, allá en la Cruz Verde, para que lo fusilen!

El asombro del pueblo era general.

V

Al día siguiente, después de dormir la mona en un calabozo, salió Martín Chiquillas de la cárcel, bien amonestado.

El verdadero criminal había sido arrestado en una de las casas de las orillas del pueblo; y a pesar de su mala suerte al verse en las garras de la justicia, se rió a carcajadas cuando le contaron lo de Martín.

—¡Pobre! Por él me hubiera presentado yo voluntariamente, que al fin yo maté en buena lid y en defensa de mi derecho.

Y desde entonces quedó entre la gente del pueblo como dicho corriente, cuando alguno la quería echar de bravo, esta expresión:

—¡A poco te querrás hacer como Martín Chiquillas!

O bien:

—¡Quítate de aquí, Martín Chiquillas!



30. El sueño del pobre y el sueño del rico

I

Entre los recuerdos de mi niñez, guardo uno, bastante vívido, referente a un riquísimo hacendado de Zapotlán.

Todo él es legendario.

Y es que en torno de la riqueza, el pueblo gusta de forjar leyendas, del mismo modo que las forja en torno de un sombrío torrente, de una misteriosa gruta, de una escondida laguna, de un valiente aventurero o de un generoso capitán de ladrones. La historia no es más que la leyenda despojada de lo misterioso y pintoresco. La leyenda, tan despreciada en un tiempo por los historiadores, ha recuperado en los tiempos modernos su antiguo prestigio, y hoy reclama su puesto como origen o madre de la historia.

Pues bien, cuando yo era un rapaz, gustando mucho de los cuentos y de las relaciones fantásticas (y en esto era yo como todos los niños), oí hablar mucho de un rico hacendado de Zapotlán, apellidado *Manzano*. Nunca supe su nombre de pila. Es seguro que hoy existen descendientes suyos.

Aseguraban las versiones vernáculas que era riquísimo, inmensamente rico. Pero no

se atribuía su riqueza a su genio emprendedor, a su enérgico carácter, a sus hábitos de orden y de economía, a su talento y a su claro conocimiento de los negocios, etc.

No.

La gente creía que tenía un *familiar*.

Un día pregunté qué cosa era un familiar.

—Un familiar, me dijo una grave señora, es un pequeño animal, apenas del tamaño de un *cuyo*, y muy parecido a él. Tiene los ojos muy grandes, dado el tamaño de su cuerpo, tan grandes como unos tostones, si el animal es blanco; y tan grandes como medias onzas de oro, si es amarillo, y en ambos casos con el brillo del propio metal. Los hay, pues, blancos y amarillos. Nadie los ve más que el dueño, y siempre están encerrados en cofres. Dicen que si les da la luz del sol, se deshacen y se evaporan.

—Pero en qué consiste que esos animalitos dan la riqueza?

—¡Ah! Pues *ponen* como las gallinas, sólo que ellos no ponen huevos, sino pesos u onzas de oro. Si son blancos, ponen pesos, nuevecitos; si son amarillos, ponen onzas de oro, recién acuñadas. Pero no creas que un peso o una onza al día, sino chorros de onzas o de pesos todos los días...

—¡Oh! ¡Yo quisiera tener uno, aunque fuera blanco!!

—¡Cállate, niño! ¡Sólo los da el diablo!

—¿Cómo?

—A cambio del alma del que los pide.

—¿Luego ese rico Manzano...?

—Le vendió el alma al diablo.

—¿Y...?

—¡Está condenado!

II

Ya adolescente, me contaron que había en Sayula una casona antigua, abandonada por sus dueños, en virtud de que en ella *asustaba*...

Habían pasado por ella muchas familias que habían intentado habitarla. Y todas se habían ido de allí aterrorizadas.

No había ya quién la alquilara.

Y llegó un tiempo en que nadie quería vivir en ella *ni de balde*.

La casona inspiraba miedo hasta por fuera. Su ancho zaguán permanecía constantemente cerrado: sus ventanas ya desvencijadas, permitían ver el interior de unas piezas húmedas, sucias y oscuras, por donde la gente se imaginaba que transitaban fantasmas blancos o frailes vestidos de negro. Por sobre las altas tapias del corral o de la huerta, surgían viejos y altos árboles, contribuyendo a hacer más sombrío el interior de aquella siniestra mansión.

Contábase que un pobre zapatero remendón, no hallando dónde meterse, pidió permiso de instalarse con su mujer en la fatídica y lúgubre casona, lo cual le fue concedido fácilmente por sus dueños, los cuales deseaban que, al menos, aquella propiedad se conservase.

El tal zapatero era de alma fuerte. Decía que no le tenía miedo ni al diablo mismo.

Sin embargo, la gente, que creía que aquel dicho era sólo una baladronada, esperaba, con el fundamento de la tradición, que antes de los ocho días saldría de la casona, más muerto que vivo, como habían salido todos los que habían pretendido vivir allí. Y se sorprendían de verlo diariamente en el ancho zaguán, sujetando con el *tirapié* el zapato que remendaba, golpeándole los tacones o las plantas con su incansable martillo y cantando alegremente.

—Maestro, le preguntaban: ¿qué tal?

—Buen tal. Ya sé por qué me lo pregunta. Aquí no pasa nada.

—¿Nada? Pues todo el mundo dice que aquí asusta.

—A eso vine: a que me asustaran. Pero hasta los fantasmas saben quiénes son valientes y quiénes son cobardes. Tengo un gran deseo de verlos. Y si tienen dinero enterrado, vengo a que me digan dónde está. Quiero salir de pobre. Pero como le digo: aquí no pasa nada.

—¿Luego son puras habladurías....?

—Yo no sé si serán. Pero aquí, hasta ahora, no ha pasado nada. De noche y de día ando por todas partes, diciendo: “¡Muertos!! ¿En dónde están que no los veo?” Y todo inútilmente. ¡Nadie responde! Ya le digo: aquí no pasa nada.

Su interlocutor se mostraba contrariado.

—¿Luego el fraile que dicen que sale de

junto al brocal del pozo y se pierde entre los duraznos....?

—Pues no ha salido. Ha de estar cansado.

—¿Y la mujer vestida de blanco, a manera de monja, que se pasea por los corredores rezando su rosario...?

—Tampoco. Tal vez se resfrió en alguna de las noches pasadas, y tiene catarro.

—Hombre, no se burle usted. Es cosa seria

—Hablo en serio.

—Bueno. ¿Y la calavera de ojos centellantes que camina a brincos por las habitaciones?

—¡Nada, hombre, nada!

—¿Y...?

—Y la mula prieta de ojos de lumbre que tira patadas? ¡Tampoco, hombre! Ya le digo a usted que aquí no pasa nada. ¡Nunca he vivido en una casa más quieta y callada que ésta!

III

Mas una noche el zapatero soñó que un fraile negro, con su espeso capuchón sobre el rostro, se acercó al pobre petate en que dormía con su mujer. Por largo rato el fraile permaneció mudo e inmóvil, como pensativo e indeciso. O quizás rezaba. El zapatero esperaba que algo dijera; mas al ver que nada decía. Iba a interrogarlo, cuando de entre el capuchón salió una voz ronca y fría que pronunció claramente estas palabras:

—¡Manzano te hará rico! ¡Ve con él!
Y desapareció.

El zapatero era madrugador. Aún estaba obscura la mañana, cuando despertó, recordando el sueño en todos sus detalles.

—¡Vieja! ¡Vieja! ¡Levántate!

—¿Eh? ¿Qué dices?

—Que te levantes. Quiero que me echas unas *gordas*, pues tengo que ir a Zapotlán.

—¿Te has vuelto loco?

—Levántate. Después te contaré.

Mientras la buena mujer molía el *nixtamal* y echaba las *gordas*, su marido le platicaba del sueño.

—¡Ay, viejo—le decía ella. ¡Cuánto temo que echas tu viaje de balde!

—¿Por qué lo he de echar? Yo creo que este es un aviso de Dios. Ten fe.

—Quiero tenerla. ¿Te parece poco que salgamos de pobres? ¡Dios quiera que sea cierto! Pero...

—¿Pero qué, mujer?

—Manzano no es capaz de darle agua ni al gallo de la pasión!

—Pos vamos a ver. En último caso, nada perdemos. Sólo echaré de balde mis patadas por el camino.

IV

El sol salía cuando nuestro zapatero iba ya de marcha. Movía con ardor sus piernas. Hasta se sentía más joven. Y cantaba salu-

dando a la aurora, como la saludaban los gallos y los pájaros.

Llegó a Zapotlán y se dirigió derecho a la casa de Manzano, preguntando por él.

—Se fue al campo. Si quiere esperarlo, espérello.

El que así le respondía, examinó al recién llegado de pies a cabeza, no encontrándole trazas de gañán.

—¿Se puede saber para qué quiere usted al Sr. Manzano?—le preguntó.

—Es un negocio particular entre él y yo.

—¿Quiere usted trabajar en el campo?

—No lo sé todavía. Ya le dije que mi negocio es enteramente particular con el Sr. Manzano.

—Es que tardará mucho.

—No le hace. Esperaré pacientemente hasta que venga.

Y sentándose en una banquita que estaba en un rincón, sacó de su morral unas *gordas* y se puso a comerlas filosóficamente.

Muy tarde ya, casi de noche, llegó el riquísimo hacendado. Desmontó de su mula y entró en la estancia haciendo resonar sus espuelas en el pavimento.

—Aquí hay un hombre, le dijeron, que se empeña en hablar con usted.

—¿Qué quieres, muchacho?—dijo el rico dirigiéndose al zapatero. ¿Vienes a buscar trabajo?

—No, señor: a otra cosa vengo con su *mercé*.

—Es raro, porque aquí todos vienen a pe-

dirme trabajo. Dinero ya saben que no lo doy nunca.

—Pues para que a usted le parezca más rara mi venida, le diré que a algo por el estilo vengo, aunque no estoy seguro de si yo le vengo a pedir dinero o no y usted tenga que dármelo; usted sabrá el modo de que yo lo tenga. Ya verá.

—No te entiendo ni jota de lo que dices.

—Ahorita me va a entender. Anoche soñé que un fraile negro me decía: "*Manzano te hará rico. ¡Vé con él!*"

—¿Y has venido...?

—A que usted me haga rico. Usted sabrá el modo.

El hacendado lanzó una ruidosa carcajada y se paseó por la estancia tosiendo y riendo.

—¡Eres chistoso, hombre!

Y no dejaba de reír, atacado a la vez de tos y de risa.

Luego, deteniéndose frente a frente del zapatero, habló entre risas y veras:

—Si a sueños vamos, yo también puedo aumentar mi riqueza yendo a Sayula. Pues has de saber que anoche soñé que una mujer vestida de blanco, a modo de monja, me llevó a Sayula y me metió en una casona del pueblo, de ancho zaguán, con las ventanas ya casi cayéndose, con grandes árboles en su corral y huerta, y, por más señas, habitada por un zapatero y su mujer. La monja me condujo a la huerta, y me dijo: "Allí, entre aquellos dos duraznos viejos, que es-

tán junto al pozo, hay enterrado un tesoro". Ya ves, pues, que yo también he soñado riquezas. Pero como no soy tan simple como tú, no hago viaje a Sayula, movido por semejantes patrañas....

A medida que hablaba el hacendado, el zapatero iba sintiendo que todo su interior se iluminaba.

—Conque... ¿entre dos duraznos viejos que están junto al pozo?

—Si, hombre! Las señas no pueden ser más claras.

—Gracias, Sr. Manzano. ¡Adiós!

V

Cuando el zapatero llegó a su casa, dijo a su mujer:

—¡Vieja! ¡Parece que la voz del fraile fue siempre aviso de Dios!

Y le contó el sueño de Manzano.

Ambos se pusieron a escarbar con ardor entre los dos duraznos viejos que estaban cerca del pozo, por donde decía la voz vernácula que andaba penando el fraile negro.

Y dieron con un cajón todo lleno de onzas de oro.

Los dos sueños se habían completado: ¡Manzano había hecho rico al pobre zapatero!

31. El retablo del padre Pinto

I

En un lugarejo distante unos cinco kilómetros de la ciudad de Colima, llamado el Rancho de Villa y que después dieron en llamar “Lo de Villa”, hay una humilde iglesia y en ella un crucifijo mediano, casi pequeño, conocido con el nombre del *Señor del Rancho de Villa*, muy milagroso y de gran fama en todo el Estado.

Dos grandes romerías se hacen anualmente a dicho rancho: una el martes Santo y otra el martes de Pascua, de las cuales es más notable la segunda. De muchacho, gustaba mucho de ir al Rancho de Villa el martes de Pascua, debido a que mi madre manifestaba siempre mucho entusiasmo por dicha peregrinación. Y ya en el rancho, el primer cuidado que ella tenía, era comprarme una *medida del Señor* para ponérmela al cuello, me llevaba al templo a rezar un rato y luego me daba libertad para que fuera a mecarme en las ramas colgantes y elásticas de los copudos tamarindos que había abundantemente en los potreros vecinos y bajo cuya fresca sombra mucha gente iba a descansar para luego comer, calentado en fogatas, el sabroso bastimento de tortillas do-

bladas con sopa de arroz, carne de puerco en chile y frijoles fritos.

He dicho que mi madre me compraba una *medida*. ¿Qué era aquello? Era un listón de raso, angosto y de colores variados, que se cortaba del *tamaño* del Señor del Rancho de Villa; es decir, era la medida del Cristo crucificado. Se vendían a *cuartilla* y muchas veces a *medio real*; y la devoción consistía (porque estaban *benditas*) en colgárselas del cuello. ¡En cuántos cuellos, de hombres, mujeres y niños, figuraba la medida del Señor! Y era orgullo ostentarla al volver a la ciudad.

El camino del rancho se llenaba de peregrinos y de penitentes, que realmente iban por devoción religiosa. Pero entre ellos, a pie, a caballo y en burro, ¡cuántos otros iban por mera diversión! Aquel día era también día de excursionistas alegres, que iban a todo, menos a rezar.

Romería de cerca, mucho vino y poca cera, dice el proverbio español. Y en verdad, entonces se veían también muchas cosas profanas.

Entre los devotos que iban a pagar *mandas*, me impresionaban mucho los hombres que caminaban coronados de espinas y cargando cruces auestas. Una vez ví a un penitente que caminaba con *grillos* de hierro; los pies le sangraban; unos cuantos centímetros avanzaba a cada paso.....

Y ya en la entrada de la plazuela del lugar, muchos hombres y mujeres, vela en ma-

no, caían de rodillas para caminar sobre ellas hasta la iglesia, que estaba en el otro extremo. La devoción de los asistentes consistía en tenderles rebozos y frazadas para que caminaran sobre ellos; y se decía que con esa acción se ganaban *indulgencias*.

Y recuerdo un hecho que se me grabó en mi mente infantil para siempre: de repente, observo grande movimiento, olas humanas que se mueven encrespadas entre el gentío de la plaza; oigo gritos de mujeres; todos se atropellan; muchos quieren huir, ignorantes de lo que pasa, pero con la conciencia de que existe algún grave peligro; se abre la multitud, y veo a un hombre a caballo esgrimiendo un cuchillo sobre otro que va a pie y que huye atemorizado. El fugitivo queda casi debajo del encuentro del caballo, a lo cual se debe que el jinete no pueda alcanzarlo con su corto acero. Y así pasan al través de la plaza, hasta salir de ella y entrar en un potrero....

Nunca supe el final de aquella aterradora escena.

II

Huyeron presto los años de la infancia.

Y cuando más tarde volví al Rancho de Villa, me detuve en la iglesita a contemplar los numerosos retablos que a manera de documentos, están allí comprobando los milagros hechos por el Señor del lugar.

¿Os imagináis qué gruesos volúmenes po-

drian escribirse con los relatos que encierran los retablos? ¡Qué de historias piadosas o espeluznantes se ilustran en esas pinturas torpes, pero modelos de sencillez y de ingenuidad! ¡En todas ellas palpita patente y arrolladora la fe religiosa! Casi todas ellas son escenas en que algún hombre o una mujer o una familia entera se ven en graves peligros, en situaciones angustiosas, en difíciles trances, en tierra o en mar, en caminos solitarios, en bosques espesos o en libres desiertos, atacados por fieras, por bandidos, por borrascas oceánicas o por mortales enfermedades!

En algunas, el pintor anónimo, por desconfianza de que su cuadro no sea entendido o quizás mejor para darle mayor precisión, escribe en las bocas de los personajes las palabras que pronuncian en los momentos críticos!

Y entre los retablos que se guardaban en aquella iglesita, estaba uno que me llamó poderosamente la atención por la persona a quien se refería.

—Ese retablo, me dijo mi acompañante, es del Padre Pinto. El Señor del Rancho de Villa le hizo el milagro de salvarle la vida, y él, en agradecimiento y como un testimonio de gratitud y de fe, lo mandó pintar y colocar en este sitio.

III

El padre representado en aquel retablo se llamaba D. Vicente Pinto.

Todo el mundo le llamaba sencillamente el Padre Pinto. Era de todos conocido. Jamás hubo en Colima un sacerdote más popular. Era alto, delgado y de suave color blanco. Su voz era benignamente afable y su acento de misionero. Era bueno con los pobres y bueno con los ricos. Su caridad era inagotable y tenía olor de santidad. Yo lo conocí desde mi infancia y tenía por él verdadera veneración.

De él se contaban muchas cosas impresionantes que consagraban su beatitud.

Dijose una vez que una mujer, maltratada cruelmente por su marido, huyó y fue a refugiarse en el curato que regenteaba el Padre Pinto. A poco llegó el airado marido reclamando enérgicamente a su mujer; pero el cura, al verlo tan colérico, se negó a entregársela, temiendo por ella, lo cual no fue del agrado de aquél, haciéndole desatarse en injurias contra el sacerdote y hasta en amenazas de muerte.

—Mira, hijito, le decía el manso sacerdote, no entiendas que quiero retener indebidamente a tu mujer, puesto que es tuya. Pero estás muy enojado en estos momentos y puedes causarle un mal. Serénate, y cuando te hayas calmado, ven por ella.

Pero aquel hombre no entendía de razones y seguía injuriando al cura.

—Oyeme, continuaba diciendo el cura; por lo que dices, veo que estás lleno de pecados. Entra a confesarte. Confesaré también a tu mujer. Yo los reconciliaré a los dos. Y

de aquí se irán luego como esposos amantes.

Mas el marido no escuchaba reflexiones, retirándose, al fin, con la amenaza en los labios.

—¡Pronto me la pagará, cura tal!—fue lo último que dijo.

Aquel hombre era, en verdad, de muy mala entraña; de manera que, al retirarse, se fue derecho a ver a un su amigo, de su misma calaña, para contarle lo sucedido y decirle:

—Necesito que me ayudes a darle su merecido a ese maldito cura. Voy a fingirme enfermo, y tú irás a llamarlo para que me confiese, sin decirle que soy yo. Nada sospechará, porque no sabe cuál es mi casa. Y cuando entre, y se me acerque, lo despacharé al otro mundo de una puñalada. ¡Yo le enseñaré a no guardarse las mujeres ajenas!

Como se lo rogaron, así lo hizo el amigo fiel.

El padre montó a caballo, porque el caso era urgente, haciéndose acompañar del desconocido y de un mozo de confianza, también montado.

Al llegar a la miserable cabaña que habitaba el enfermo, en los arrabales de la villa, era ya casi de noche; el cuarto estaba oscuro, por lo cual el cura encendió un cerillo procurando alumbrar la pequeña estancia. Fijó su mirada en un rincón del cuarto y exclamó en seguida:

—¡Pero Dios santo! A este hombre lo han matado!

¡Había visto al fingido enfermo, en el lecho, con los brazos abiertos y un enorme puñal clavado en la mitad del corazón!

IV

Pero hablábamos de un retablo.

He aquí la historia que él relataba:

Después de confesar a un enfermo grave, a cuyo lecho había sido llamado violentamente, el Padre Pinto tomó por los arrabales de la ciudad y siguió por una vereda extraviada, deseoso de hacer ejercicio, hasta salir al campo. Después de un buen rato, caminaba, caminaba, sin saber a dónde conducía aquella vereda. Pero algo así como una voz interior le decía que iba a hacer una buena obra. Y así, caminando, distinguió una humilde casa que estaba en pleno campo, un tanto aislada de las demás. Y a ella se dirigió, tocando a su puerta. Una voz débil le respondió, apenas, desde adentro.

—Tal vez aquí hay un enfermo grave, pensó el buen sacerdote.

Y entró.

En efecto, postrado en un lecho de carrizos yacía un hombre enfermo.

—¿Estás muy malo, hijito?—le preguntó.

—Sí; y creo que voy a morir.

—Entonces he llegado a tiempo. Estoy seguro de que Dios ha guiado mis pasos hacia aquí, puesto que sin que nadie me llamara, he venido derechito a tu casa para cumplir con mi santo ministerio. Dí tus pecados.

—¿Por qué los he de decir? ¿Quién lo ha llamado a usted? ¿Quién le ha dicho que deseo confesarme?

—Nadie. Pero, ya que providencialmente he venido, es mi misión hacer que te confieses, para que te salves.

—¡No quiero salvarme! ¡Retírese!

—Pero es que yo vengo a darte la absolución.

—¡No quiero absolución! ¡Déjeme morir en paz!

—Es bueno que te calmes. Estando, como estás, a la orilla del sepulcro, ya no se habla así. Debes pensar en Dios.

—¡No quiero pensar en Dios! ¡He dicho que se largue! ¡No me haga usted morir desesperado!

El enfermo, al decir tales cosas, veía por sobre el hombro del padre, como si alguna persona estuviese haciéndole señas. Eran tan insistentes las miradas del enfermo, que el padre volvió el rostro buscando a alguien. Mas no vió nada.

—¿Qué es lo que miras detrás de mí?—preguntó al moribundo.

Pero éste no respondió. Sin embargo, continuaba fijando sus ojos en algo que estaba detrás del confesor.

—Tú ves algo, hijito. Dime qué es. Tal vez puedo ayudarte.

—Padre, dijo el enfermo, como sobreponiéndose a algo terrible; es verdad. ¡Ayúdeme! Veo a un hombre que desde antes de que usted viniera ha estado aconsejándome que

no piense en Dios, y ahora me dice que no me confiese. Y me amenaza y me grita: “¡No te confieses!”

—¿Y por eso no quieres confesarte?

—Por eso, padre, porque tengo miedo de ese hombre. ¡Y es tan horrible! ¡Es tan monstruoso! Me dice que si me confieso, me arrancará el alma y la arrojará en un abismo de fuego!

—Pero ha de ser todo lo contrario, hijito. Si te confieras, si muestras arrepentimiento y yo te absuelvo en el nombre del Señor, tu alma será salvada y te irás a la gloria. Pero si no lo haces, ese hombre espantoso que te hace señas, de veras te llevará al abismo de fuego, que es el infierno. Te habla con engaños, porque su oficio es engañar.

—Mírelo, padre, mírelo y vea qué gestos tan horrorosos hace!

—De mí no se dejará ver. Es a tí a quien quiere asustar, porque, si es el diablo, como yo creo, está procurando llevarse tu alma. Te vió aquí tan abandonado, tan solito, que creyó segura su presa, pensando que no pasaría por aquí ningún sacerdote. Pero Dios ha guiado mis pasos; y aquí estoy para asistirte. Aprovecha bien tus últimos momentos, hijo, y no pierdas tiempo.

—Está bien, padre; habla usted como un santo: me confesaré.

El moribundo cerró los ojos, quizás para no ver la aparición, y recitó sus pecados fervorosamente y con grande contrición.

—¡Yo te absuelvo!—exclamó el sacerdote con la solemnidad del instante.

Y el moribundo espiró guardando en su rostro la señal de la paz.

V

Salió el sacerdote y dió parte del fallecimiento al vecino más inmediato, tomando en seguida por la mitad del campo.

Adivinábase en su semblante, en sus ojos, en su talante todo, hasta en el modo de marchar, la gran satisfacción que llenaba su alma. ¡Había ganado una ruda batalla al diablo!

Pero cuando se hubo alejado bastante de las últimas casas, se vió acometido repentinamente por un animal furioso. Era un cerdo negro, de ojos como de llamas, colmillos salientes, hocico espumoso y pelaje erizado.

El padre no llevaba arma ninguna, ni bastón siquiera para defenderse.

Quiso correr.

Pero el animal le atajó el paso y le dió una mordida en una pantorrilla, desgarrándole horriblemente los pantalones.

El sacerdote, acostumbrado a las luchas morales, jamás se había visto en el trance de luchar con el cuerpo. Encomendó su alma a Dios; pero recordó el dicho de que “Los Padres Nuestros sólo son buenos con pedradas”; y acto continuo, cogió piedras del camino y atacó con ellas a la fiera, que así parecía aquel cerdo enfurecido. Mucho

le valió su acto de valor, pues logró algunas ventajas sobre su enemigo, permitiéndole subirse a un árbol. El cerdo se volvió colérico y embistió el tronco, clavando en él sus colmillos.

En tanto, el sacerdote, instalado en una rama, se vió la herida: era grande y de ella manaba mucha sangre. Para evitar en lo posible la abundante hemorragia, se quitó la banda o ceñidor que usaba, y con ella se vendó cuidadosamente la herida.

El cerdo continuaba en su propósito de subir al árbol, poniéndose al fin a dar vueltas al rededor del tronco, levantando y abriendo el hocico de cuando en cuando, como diciendo al sacerdote: “¡Aquí te espero!”

La tarde declinaba, y la noche pronto llegaría.

El Padre Pinto dió voces pidiendo auxilio. Lanzó gritos largos y en todos los tonos. Pero nadie se acercaba. Estaba lejos de todo ser viviente, excepto del cerdo que lo acechaba.

Entonces se encomendó al Señor del Rancho de Villa.

—¡Sálvame, Señor!—exclamó afligido. ¡Te ofrezco una vela, un retablo y entrar de rodillas en tu templo!

En ese preciso momento, se oyó el galope de un caballo. ¡Era un vaquero que, habiendo oído las voces del sacerdote, acudía a prestar su auxilio al que lo pedía con tanto dolor.

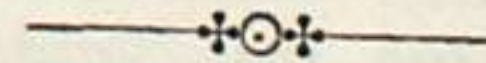
El hombre se dió cabal cuenta de la situación. Sacó su machete, espoleó su caballo y acometió al cerdo, exclamando:

—¡Ave María Purísima!

Ante aquel grito, el engrifado animal gruñó de dolor, como si hubiese recibido un golpe, y huyó por el campo, desapareciendo bien pronto en las primeras tinieblas de la noche.

¡Aquel cerdo era el diablo mismo que quería vengarse del padre por la batalla perdida!

Todo lo cual estaba pintado y figurado en el ingenuo retablo del Padre Pinto.



32. El Gentil

Revolviendo un día mis papeles viejos, me encontré un pálido manuscrito, de letra izquierdilla, que trata de un tema legendario de la costa.

Aquel viejo manuscrito, decía:

I

La puesta del sol había sido regia. El globo de fuego, de fúlgido cobre, había descendido entre doradas nubes hasta la superficie del océano, y allí simulaba una barca metálica navegando en el confín del horizonte. El disco se destacaba sobre un fondo azul de reflejos violetas, que era el cielo de la tarde, lleno de luces en aquella hora poética del crepúsculo. El mar mostraba una faja dorada, de orillas imprecisas y de rápidas facetas juguetonas, que venía desde el astro hasta nuestros ojos, pasando por encima de las gigantes olas de la playa, férvidas y arrolladoras: era el reflejo fulgurante del astro en la superficie de la llanura líquida.

Entre el variado y rico celaje, de todos colores, algunos rayos solares pasaban más allá de las nubes, por encima o debajo de ellas, rectos, como líneas geométricas, contrastando con las formas curvas de las mismas, hasta perderse bajo otros cúmulos o extinguirse insensiblemente en el pálido azul

matizado de vividos colores: era un esplendente abanico, de fúlgidas varillas, abriéndose y cerrándose, tomando como punto giratorio el sol.

El astro se iba hundiendo bajo las aguas. Y no era el astro, sino su imagen, pues los sabios dicen que el sol continúa visible después de haberse hundido en el horizonte por razón de la refracción luminosa.

Por fin, el astro desapareció. Pero la luz continuó en el cielo y en las nubes; y la faja dorada de orillas imprecisas que flotaba en el mar, se extinguió dulcemente.

—¡Qué bello crepúsculo!—exclamé arrobado.

II

Aquella tarde caminaba a caballo por la orilla del mar, no por el arenal de la playa, que sería intolerable para mi cabalgadura, sino pisando el morir de las olas, donde la arena enjuta, recién mojada, ofrecía mayor resistencia.

No iba solo. Tras de mí caminaba, también a caballo, un mozo de rancho, de poca o ninguna instrucción. Ibamos a la Boca de Pascuales, donde desagua el río de la Armería, en la costa colimota, y después de allí, pasaríamos a ciertos negocios a las Salinas del Real y de Guazango.

El bello crepúsculo desapareció al fin. Las estrellas tachonaron los cielos con sus vividos diamantes. El mar se obscureció. Apenas

distinguíamos la *ola verde*, envuelta en gasas blancas al estallar. Mas las otras, después de correr mansamente, venían a extinguirse a nuestros pies con ligero rumor. Pero el tumbo de las olas, semejante a cañonazos, y el ruido del eterno oleaje, de intensidad y tonos diversos, era la música que halagaba nuestros oídos. Las pisadas de nuestros caballos se ahogaban en medio de aquel bullicio de aguas agitadas.

Yo iba absorto en mis pensamientos. Pero hubo un momento en que, a pesar de todo, pude oír claramente a mi espalda esta voz:

—¡El Gentil!

Quise saber quién hablaba.

—¿Hablas tú, José Antonio?

—Sí, *señor*.

—¿Qué has dicho?

—He dicho el Gentil.

—¿Qué es eso?

—El Gentil, *señor*.

Detuve mi caballo y repetí mi pregunta:

—¿Qué es eso del Gentil?

—El Gentil, *señor*.

Emparejé mi caballo al del mozo.

—Te he pedido una explicación y no me has dicho nada. Háblame claro.

—Yo *creiba* que *usté* sabía del Gentil. Como *toa* la gente está al tanto.....

—Nada sé, José Antonio. Dime de qué se trata.

—¡Ah, *señor*! Es una aparición...

—¿Un fantasma?

—No sé que será eso. Pero por aquí aparece.

—¿Es un ladrón?

—Ladrón..... *Pué* ser.

—A ver: *explicate*.

José Antonio se rascó la cabeza, e hizo un gran esfuerzo para decir:

—Durante las noches, por estos lugares, sale un hombre del mar.

—¿Un hombre de carne y hueso?

—Lo *inoro*. Pero *pué que sí*. Es un gigante.

—Dime todo lo que sepas, José Antonio.

—Dicen que es un gigante. Tiene dos tamaños de nosotros. Tiene *muncho* cabello, y es largo, hasta la *centura*. Su barba es tupida y le tapa el pecho. Sale encuerado. Yo no sé si tiene pies de cristiano; pero según los dícere, son de chivo.

—¿Es blanco o negro?

—Es blanco como la espuma del mar, y su pelo y barba son dorados como el sol.

¡—¡Vaya! Pues es bonito el Gentil. Pero vamos: ¿por qué le llaman el Gentil?

—Pues *ansina* le dicen desde los tiempos *antigos*.

—Según eso, ¿es muy viejo el Gentil?

—El no: es siempre joven; y como *usté* dice, es bonito. Tiene ojos azules. Pero hablan del Gentil las gentes viejas; y las que se murieron, también hablaron, y otras más.

—¿Y a qué sale?

—¡Ah, *señor*!

—¿A qué...?

—¡A robar hombres! ¡Le gustan los hombres!

—¡No más eso nos faltaba! Ahora ya no me gusta el Gentil. Si le gustaran las mujeres, me parecería hermosísimo. ¿Recuerdas de las sirenas?

—Sí, *siñor*, a ellas les gustan los hombres, y los llaman al fondo del mar; y les tocan músicas, y les cantan con guitarra las canciones más *rechulas*.

—Veo que estás enterado. Pero que al Gentil le gusten los hombres, eso no me cabe.

—Tampoco a mí me cuadra. Por eso yo no quepo en mí cuando ando de noche por estas playas.

—¡Ah! ¿Sale de noche?

—Nada más de noche sale. Ya se ha llevado a innumerables pescadores y a *muchos* caminantes. Dicen que brota de *súpito*; que ataca como fiera, y se lleva a los hombres abrazados, entre las olas, más allá de la reventazón, quien sabe *hast'onde*. Pero dicen que *pur* allá tiene un jardín encantado, una casa de corales y muebles de perlas finas.

—Es un rey.

—Un rey del mar inmensamente rico.

—¡Hombre! Quisiera verlo!

—¡Dios no lo permita, *siñor*!

—Pero, hombre: ¿no ves que vamos armados?

—¡No hable *usté ansina*! El Gentil es invulnerable.

—¿Invulnerable? ¿Cómo sabes esa palabra?

—*Ansina* dicen las gentes; y es para *decir* que el Gentil es inmortal.

—Hombre, hombre! La cosa se pone fea. De manera que si nos saliera en la obscuridad....

—¡Nos llevaria en seguida sin la menor resistencia a su casa de corales!

III

Ambos nos quedamos en silencio. Cada quien estaba preocupado, José Antonio hablaba con la fe del campesino, fe dura e inquebrantable. Ningún argumento hubiera hecho mella en sus creencias. Nada le habría hecho variar sus ideas.

Y, sin embargo, yo pensaba en el Gentil sin poderlo evitar. Venía a mi pensamiento como una mosca tenaz. Lo ahuyentaba, y él volvía en seguida.

¡El Gentil! La expresión era rara, y más aún en la boca de un campesino. Gentiles eran los no cristianos, es decir, los idólatras, los paganos. ¿Tendría aquello un origen religioso?

Pero "gentil" es adjetivo que equivale a *brioso*, *galán*, *gracioso*. El Gentil lo era: era un soberbio hombre, nacido en la imaginación de un artista. Era una gran creación. Era la juventud misma. Imagináoslo con su estatura mayor de tres metros. Su talla era de estatua, propia para descansar en un be-

llo zócalo, en un jardín florido. Blanco como la espuma del mar, es decir, tan blanco como Venus. Tenía cabellos dorados, abundantes y largos. Asimismo, barba dorada, hasta cubrirle el pecho. Era rubio como el sol. Y los demás pelos y vellos de su cuerpo, rubios también. Y era natural que sus ojos fueran azules, tan azules como un girón de cielo. Por esas fachas, era un extranjero: de otra raza. Y aquella estatua descansaba en pies de cabra, para indicar sus inmensos apetitos, su amor extra-humano. Y era fuerte como Hércules, invulnerable como Aquiles, tan rico como Creso. Más que una hada, era lujoso, con su casa submarina, de perlas y corales. Todo un misterio: más profundo que un arcano. Sus manos serían aspas, su voz sería un clamor, o un rayo o un trueno. Correría en la tierra como un gamo y nadaría en el mar como un pez. Aparecería y desaparecería como un relámpago. Una aparición....

Mientras más pensaba en él, más multiplicaba sus cualidades o atributos. Y hasta bordaba en mi mente aquella misteriosa figura, haciéndola más bella o más brutal. Y mi paleta y mi pincel trabajaban....

Pensaba en el pobre pescador. Me lo imaginaba en aquellas desiertas playas, en la absoluta soledad de la noche; acostarse en la arena floja; dormir bajo la brisa del mar; despertar poco antes de la hora del lucero; incorporarse lleno de esperanzas para la buena pesca; rezar como un profeta en aquel

gran templo, sobre la arena y el cielo arriba, que Dios está en todas partes; dejar en tierra su pobre ropa, sus huaraches y su sombrero de palma; y marchar, vestido con calzones cortos, llevando un costal fajado en la cintura para guardar los peces, y su atarraya al hombro, cargada de plomos; marchar, bajar a la mojada playa, a donde las olas mueren con plácido rumor.....

Y era tan fuerte mi imaginación en aquel punto de mi visión interior, que veía mentalmente al pescador, bajo un reflejo de luna, en una noche tropical y luminosa, bajar a la playa hasta donde los olas mueren. Y, repentinamente, veía al Gentil salir de las olas, con su estatura colosal y sus cabellos de oro, y arrojarse sobre el pescador. Quise gritar; mas mi grito se ahogó en mi pecho. Y en aquel instante, un clamor terrible, producido detrás de mí, me sacudió de pánico....

—¡El Gentil!—aulló José Antonio, corriendo en su caballo.

Aquel grito hizo temblar mi cerebro.

Inconscientemente, lancé mi caballo a correr sobre la angosta playa en donde van a morir las olas, José Antonio iba adelante y yo detrás, huyendo de un oscuro misterio, de un misterio que venía de tiempos viejos, de un misterio que estaba vivo, de un misterio que nacía de la superstición, de la superstición que de repente brota en nuestra alma, en el mismo momento en que brota en el alma ajena, preocupada por las mis-

mas ideas. ¿No habéis sentido ganas de cazar una zorra cuando repentinamente se os muestra en el camino y corre junto a vos, por la yerba? Lo que creíais muerto en vuestro cerebro: el instinto de caza, resucita de improviso.

A la derecha resonaba el mar con sus tumbores sonoros y sus ondas pérfidas, y a la izquierda, la orilla del bosque, negra como un cuervo, nos enviaba el mugir espantoso de las fieras. Sin poder desviar nuestro camino, corriamos hacia adelante, en aquella calzada de dura arena, recién mojada por las olas. ¡ay! sintiendo el terror, el terror inmenso en nuestras espaldas. Sentiamos los dedos del Gentil que tocaban nuestros cabellos; sentiamos que sus enormes brazos rodeaban nuestras cinturas, endebles como cañas; sentiamos que el vello de su barba de seda rozaba nuestros hombros, y aún sentiamos que íbamos en el aire, en sus brazos, caminando al mar, en medio de un encanto divino, al jardín misterioso y a la casa de corales.

Y corrimos, corrimos, corrimos, hasta perdernos de vista en lo más hondo y profundo de aquella noche negra, tan negra como el propio misterio que nos ahuyentaba...

Corrimos.....



33. La Sirena

—¿Es cierto, Basilio, que existen las sirenas?

—Tan cierto es que existen como yo llamarme Basilio, contestó el pescador.

—A mí no me parece que sea tan cierto, y en cuestión como ésta, yo soy más desconfiado que Santo Tomás.

—¿Ver y creer? Pues yo vi y por eso creo.

—¿Tú has visto? ¿Has visto sirenas? No delires. Habrás sido juguete de un engaño.

—¡Juguete de un engaño! No, señor. ¡Si lo recuerdo como si hubiese sido ayer! Aquella aventura la tengo aquí en la frente, como una fotografía en su estuche. Todavía me horrorizo al considerar el peligro que corrí. Mas no hagamos recuerdos pavorosos, señor. ¡Mejor es beber!

El pescador apuró su vaso de aguardiente hasta la mitad. Llevóse la pipa a la boca y arrojó luego una bocanada de humo que envolvió en una nube su cabellera de alborotados rizos.

—¿Y cómo son las sirenas?

—¡Oh! Las sirenas son hermosísimas! Tienen medio cuerpo de mujer y medio cuerpo de pez. Cantan con una voz dulcísima y armoniosa y dicen que se llevan a los hombres a unos palacios de nácar y coral que tienen en las peñas submarinas. El que se deja seducir por el canto de una sirena, es perdido.

—¡Tomemos otro trago a la salud de las sirenas!

—¿A salud de las sirenas? ¡Bebamos! Uds. son unos incrédulos empedernidos.... ¡Pues bien! Voy a contarles lo que a mí me sucedió, para que ya no tomen a burla lo que les digo. Esa sonrisita.... ya, ya tendrán Uds. que suprimirla!

—Pronto va a hacer diez años, continuó Basilio. Era la cuaresma. Pescaba yo siempre en la madrugada. Jamás he usado otra cosa que la atarraya, y mi sistema ha sido recorrer las playas desiertas con el agua a la rodilla o a la cintura, según el vaivén de las olas.

Una mañana (aún brillaban algunas estrellas en el cielo) me llamó la atención un objeto que se movía allá lejos, sobre la arena, a la orilla del mar. La mortecina obscuridad no me permitía distinguir bien aquel objeto. Sentí grande curiosidad por saber lo que era y al instante me dirigí hacia él. Mientras avanzaba, mi vista se fijaba con insistencia en aquel punto, y pronto adquirí la certidumbre de que se trataba de una persona tendida en el suelo. ¿Pero esa persona que hacía allí? Las olas, en su intermitente ir y venir, la medio cubrían y luego se alejaban dejándola aislada en el declive arenoso. Algunas aves zancudas agitaban sus nerviosas piernas muy cerca de ella persiguiendo las sardinillas que plateaban la orilla líquida. ¿Se trataba de un naufrago? Pensé que aun sería tiempo de salvarlo. “¡Eh!

¡Oh!”—grité con todos mis pulmones, y apreté el paso. Mas casi al instante, aquella persona se incorporó y se deslizó rápidamente hacia el mar en cuyas olas desapareció como por encanto.

Mi estupor fué grande. ¿En presencia de qué estaba? ¿Era forma humana la que yo había visto? No me cabía duda, pero había algo de extraño que yo no podía explicarme. Empecé de nuevo la marcha y llegué al lugar del misterio. Las olas habían borrado toda huella que me diera luces, y por tal razón lancé ansiosamente mis miradas al agua para explorar las olas. Y ví, sí, señor, ví una cabeza humana que sobresalía en la espuma. ¡Qué ojos tan penetrantes clavaba en mí! A pesar mío, sentí un frío inmenso, un miedo que me heló las venas. Grité no sé qué exclamaciones inarticuladas, y ví que la cabeza desapareció bajo el amargo líquido.

Las olas se sucedían sin interrupción y algunas se elevaban allá lejos como muros de transparente esmeralda. Yo estaba como clavado en el suelo; mas no podía apartar la vista del mar.

Surgió de nuevo la cabeza muy cercana de las grandes olas. En ese momento la mar se hinchaba, una arruga creciente se deslizaba con lentitud, se adelgazaba y se elevaba absorbiendo el agua de la base con ansia de tromba; muy pronto era una larga muralla líquida orlada de un encaje de espuma; se detuvo un momento, erguida, vacilante, próxima a desplomarse.... ¡Ah! Mis pupi-

las se ensancharon como dos cráteres! ¿Qué veía?

En el cristal glauco del tumbo, ví dibujarse la luminosa silueta de una sirena, con su medio cuerpo de mujer y su medio cuerpo de pez. La ola perdió el equilibrio y se derribó con estruendo, disolviéndose aquella mágica visión. Así como cuando un muro sólido produce al caer una nube de polvo, un remolino de espuma argentina se elevó a grande altura disipándose por la gravedad y el viento. Mis ojos anhelantes buscaban a la sirena entre la quebrada superficie del mar.....

—¿Y la volviste a ver?

—Por entonces toda pesquisa mía fué inútil, pero después.....

—¿Después? ¿Cuándo?

—Era el Domingo de Ramos. Pescaba con ardor, pues había grande demanda de pescado. La luna, próxima a hundirse, alumbraba el mar con plateados fulgores. El agua me daba a la cintura y sentí que un cuerpo extraño había tocado el mío. Se agitó el agua y ví muy cerca de mí la cabeza de la sirena alumbrada de lleno por la luna. Me miró un instante y se hundió.....

—¿Nada más?

Por entonces nada más; pero después....

—¿La volviste a ver?

—¡Ah! Plugiera a Dios habérmelo evitado! Era el Jueves Santo. La luna, brillante como un foco de arco, parecía una inmensa perla colgada en el vacío. La pesca era abun-

dante. Lanzaba mi red, que se abría en el espacio como un grande disco, cayendo luego en armonioso rumor en el cristal de las aguas y hundiéndose bajo el peso de sus plomos. Los peces quedaban prisioneros. Con mi red al hombro, salía hasta la arena enjuta y allí sacaba los pescados y los guardaba en mi costal. Afanoso andaba. Armé mi red y la arrojé con enérgico impulso sobre una ola. La red se desenvolvió en el aire.

Oh! Dios mío! Bajo la red, ya en descenso, surge la sirena. Todo fué inevitable y rápido como un relámpago. Oí un grito y yo me sentí atraído hacia el mar. "¡Me lleva la sirena!" pensé. Y en efecto me llevaba. Acostumbraba a atarme la cuerda de la red en la mano izquierda y por ella sentí la tracción. ¡Horror! La sirena estaba presa en la red y pugnaba por libertarse. Entre tanto a mí me faltaba la respiración, pues iba entre dos aguas, y la mar era profunda. Por fin la red se hizo pedazos, y esa fue mi salvación. Dejé de ser arrastrado, me ví en medio de un laberinto de olas y perdí la noción del rumbo en que quedaba la orilla: estaba aturrido. Permanecí así flotando algunos instantes. Unos ojos brillaron sobre las olas: ¡eran los de la sirena! ¡Me sumergí y nadé desesperadamente; una ola inmensa me envolvió, me hizo girar por unos momentos y casi perdí el conocimiento. Con la azorada vista exploré a mi rededor, y en cada rizo, en cada pequeña ola, en cada fugitiva onda, en cada arruga, en cada ángulo,

creí ver a la sirena con su busto y su cara fascinadores. Mi oído se aturdió y percibió sonidos jamás escuchados. ¡Qué dulces acentos! Truena una ola junto a mí y siguen las demás como una salva de artillería. Giro, me sumerjo y la ola me arrastra con irresistible fuerza. Ya estaba casi exámine cuando mis rodillas tocaron el fondo arenoso; me arrastré penosamente y me tendí como un difunto sobre la playa: así me sorprendió el sol cuando asomó su rutilante faz por la suave curva de los médanos.

—¿Y la sirena?

—Nunca más he vuelto a verla.

—¡Pobre Basilio! Tu propia credulidad y tu aturdimiento te han engañado. ¿Conoces las focas?

—¿Las focas? No, señor.

—Tienes razón: no son propias de nuestro clima, pero suelen presentarse. Tu aventura con una sirena no es más que una aventura con una foca.

—¡Digo que no!,—exclamó con vehemencia el pescador. ¡Fué una sirena!

Y acabó de un sorbo el resto de su segundo vaso de aguardiente.



INDICE

	Págs.
DEDICATORIA.	
1.—Un drama salvaje.....	7
2.—El guarda virreinal.....	18
3.—La barranca del muerto.....	26
4.—La piedra de Juluapan.....	34
5.—El guapo.	46
6.—La laguna de Alcuzahue.....	58
7.—La ciudad encantada.....	68
8.—Perdido en la montaña.....	77
9.—La Ciudad de las Palmas.....	89
10.—Los volcanes de Colima.....	114
11.—Al volcán de Colima.....	119
12.—Los fusilados.....	120
13.—Cuál era la mejor escuela.....	127
14.—¡Levántate, José Alejandro!.....	136
15.—El balneario de Cuyutlán.....	147
16.—Juárez en Cuyutlán.....	157
17.—Manzanillo	161
18.—Anclaje	168
19.—Notas y paisajes de Manzanillo.....	171
20.—Fusilamiento de caimanes.....	197
21.—Un velorio	210
22.—La pesca del tiburón.....	215

INDICE

	Págs.
23.—El cayuco del diablo.....	226
24.—El tigre	231
25.—Ojo de Mar.....	239
26.—El Montero	246
27.—¿Me quieres por esposo?.....	253
28.—El domador de caballos.....	260
29.—Martín Chiquillas	272
30.—El sueño del pobre y el sueño del rico... .	283
31.—El retablo del padre Pinto.....	292
32.—El Gentil	304
33.—La Sirena	313

